

CRIMEN & CIA.

B.M. Gill

**ME MUERO
POR
CONOCERTE**



Lowell Marshall —que fue un brillante concertista de piano—, se ve acosado por unas terribles pesadillas en las que sueña que estrangula al director de su oficina, al compás de la música de Grieg..., y decide refugiarse en una tranquila casa de campo a salvo de su aburrido trabajo y su posesiva esposa. Allí, sin embargo, descubre el retrato victoriano de una hermosa muchacha, y a la vez, conoce a una joven que tiene una sorprendente semejanza con la del cuadro, y comienza a tener el presentimiento de que si lo que buscaba era tranquilidad, no parece que haya elegido el lugar más apropiado.



B. M. Gill

Me muero por conocerte

Crimen & Cia. - 38

ePub r1.4

Titivillus 09.08.2015

Título original: *Dying to Meet You*

B. M. Gill, 1988

Traducción: Esperanza Pérez

Diseño de cubierta: Jordi Paris

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



1

ESTABA ESTRANGULANDO a Peterson al compás del *Concierto para piano en la menor, opus 16, tercer movimiento*. Y no era una pesadilla. La música de la sala contigua le martilleaba la cabeza, le golpeaba el corazón y le hacía latir el pulso a través de sus dedos y de sus manos agarradas alrededor del cuello larguirucho de Peterson, mientras no cesaban de salir palabras de su boca. Y el muy cabrón no dejaba de hablar. La habitación era oscura y estrecha, y reducía su visión de forma que todo lo que podía ver era la boca de Peterson abriéndose y cerrándose, abriéndose y cerrándose, como un pez tras un cristal.

Y entonces paró la música.

El silencio produjo en la habitación una impresión física, separando las paredes. Empezó a respirar con normalidad, a ver con normalidad. Peterson, sentado aún tras la mesa, le miraba perplejo.

Podría haberte matado, pensó Lowell, sobresaltado. En mi mente te estaba realmente matando. ¿Qué es real? ¿Aquello o esto? Se sirvió un vaso lleno de agua de una garrafa que estaba sobre la mesa y bebió unos sorbos. Había una silla al otro lado. No le habían invitado a que se sentara, pero tenía que sentarse. De aquella forma, él y Peterson estaban frente a frente.

Peterson, inconsciente de lo cerca que había estado de una extinción repentina, preguntó al hombre más joven si no se encontraba bien. Lowell, todavía incapaz de responder, negó con la cabeza.

Peterson le dejó unos minutos para que se calmase y luego

repetió lo que le había estado diciendo anteriormente, pero esta vez con bastante menos censura en la voz.

—No estoy sugiriendo que no intenta usted dar lo mejor de sí mismo en el trabajo —dijo evasivamente—. Es solo que no comprende lo que se espera de usted. Veamos los hechos: esta es una compañía pequeña. Los pianos que fabricamos aún no son conocidos. Lo serán con el tiempo, pero hasta que lo sean tenemos que importar de Europa, y también del Extremo Oriente. Algunos de los pianos que importamos son de primera. Ahí en la sala de exhibición hay un surtido para todos los gustos y todos los bolsillos. Su trabajo, señor Marshall, es venderlos. Por tanto, si un cliente no puede pagarse un instrumento de calidad superior, no denigre lo que él pueda permitirse y no pierda una venta. ¿Le parece que soy poco razonable al hacérselo ver?

Lowell bebió más agua. Notaba el vaso frío en sus dedos: las terminaciones nerviosas empezaban a palparle menos. No hizo caso de la pregunta.

Peterson levantó burlonamente una ceja, esperó y luego prosiguió:

—Los vendedores no nacen necesariamente con el don de la venta; aprenden la técnica. Pero necesitan la debida motivación, y yo no creo que usted la tenga. Está usted obsesionado con su pasado de concertista de piano de éxito... No puede aceptar el hecho de que sus manos artríticas han terminado con él. Es duro. Lo siento. Pero otros músicos más grandes han aprendido a vivir con sus incapacidades —Le echó una mirada a un busto de plástico de Beethoven que había en un estante a la derecha de la ventana—. Él también tenía sus problemas, como bien sabe usted. Ni siquiera podía oír su música.

Pero yo puedo oír la mía, engreído hijo de puta. Todo lo que puedo componer ahora es una mierda de cancioncitas.

Peterson, sin esperar respuesta esta vez, continuó:

—Cuando la suerte te da una patada en los dientes, tienes que cambiar de dirección, y la gente, normalmente, responde comprensivamente. Cuando *sir* Howard Bentham me habló en su favor, le hice pasar delante de mejores aspirantes.

Compañeros en Cambridge, recordó Lowell, recordó aquello y el masónico apretón de manos. El pensar en un apretón de manos,

carne sobre carne, le inquietaba.

—Su tío confiaba en su habilidad para adaptarse a un nuevo medio y respeté su parecer. Pero nos ha decepcionado —Peterson sacudió tristemente la cabeza—. Se da usted cuenta de eso, ¿verdad?

Le estoy viendo sentado ahí, hablándome, y no me atrevo a mirar su cara impasible o, ¡que el Señor me ayude!, volvería a suceder de nuevo.

Miró hacia otra parte. La oficina estaba amueblada con opulencia en tonos neutros, pero aparte del busto de Beethoven, no había ningún otro nexo con el mundo de la música. De la pared colgaban un par de óleos originales, sedantes escenas campestres. Era más fácil hablar con Peterson si los miraba.

—Esta semana he perdido tres ventas por ser honesto sobre la artesanía de tres instrumentos de baja calidad. Vendí uno que valía la pena —Su voz sonaba más calmada de lo que se sentía—. Me sentiría orgulloso de tocarlo, si aún fuese capaz de hacerlo. Le dije al comprador que era calidad Lowell Marshall, lo cual suponía una recomendación que él quería oír. Y esa fue su principal razón para cogerme a mí. Mi nombre todavía pesa.

Peterson no podía negarlo. El emplear a aquella arrogante excelebridad de treinta y cinco años, de aspecto demacrado, había sido un truco para vender más. Carteles mostrándole en escenarios de conciertos en Londres, Roma y París adornaban el vestíbulo de entrada. No había esperado que fuese un buen vendedor, y no lo era. No había esperado que fuese devastadoramente honesto en detrimento del negocio, pero lo era.

—Su nombre irá perdiendo valor según vaya pasando el tiempo —le dijo con crueldad no intencionada—. La gente olvida.

Era cierto. La mayoría de las cosas que Peterson le había dicho eran ciertas. Siempre lo eran. Hacía once meses que trabajaba para la compañía y el sermón de aquel día era uno de tantos. El último de tantos. Hasta entonces había conseguido mantener la calma.

Se levantó y le dijo a Peterson que dimitía.

—Es una decisión precipitada. Dese tiempo —Peterson consiguió disimular su alivio—. ¿Por qué no se toma usted las vacaciones y se lo piensa?

Su respuesta fue educada más que persuasiva.

Lowell le sugirió tomarse unas vacaciones en lugar de darle un mes de aviso.

Después de unas cuantas mentiras más, Peterson estuvo de acuerdo. *Sir* Howard le había advertido que su sobrino podía ser problemático. Un tipo incómodo. Un brillante músico frustrado. Le había prometido, con cierto humor, que no retiraría sus acciones de la compañía si Peterson le despedía, aunque despedir no era fácil en aquellos tiempos de legislación contra despidos improcedentes. Un desgaste de confianza, la erosión de un ego sensible, habían conseguido justo lo que quería.

Para cuando Lowell había escrito y roto tres cartas de dimisión en el despacho de fuera (¿qué demonios ponía uno? ¿Dejo esta asquerosa pocilga antes de que llegue a matarle?), y consiguió finalmente hacer algo lacónico y aceptable, eran las cinco. Salió de allí al mismo tiempo que los obreros de la fábrica. Eran artesanos honestos y lo que fabricaban no estaba mal. Él había dicho a los clientes que no era malo, ni tampoco lo bastante bueno. En sus tiempos había sido un intérprete honrado, según los críticos musicales, un intérprete inspirado. Pero aquel no era el mundo de la música, aquello era comercio, y la dicotomía era inaceptable. La violencia de su reacción hacia Peterson, si bien expresada interiormente, le horrorizó. Le había parecido tan real que había creído que estaba sucediendo. Todavía tenía la camisa empapada de sudor y los sobacos de su traje gris mojados. Su traje gris de vendedor. Un traje servil con una correcta corbata a juego. Zoe y él habían ido a comprar el uniforme cuando su esposa le convenció de que aceptase el trabajo. Al menos el comienzo tenía una conexión con la música, le hizo observar ella, y no había nada más. Zoe, la pragmática. El dinero era calderilla comparado con lo que ella ganaba como dentista. Y el sueldo de su esposa había sido calderilla comparado con lo que él ganaba antes de que sus manos se agarrotasen. En el sube y baja de las finanzas matrimoniales ella estaba ahora arriba y su dimisión no supondría una gran diferencia en sus ingresos. Pero aunque hubiera supuesto una penuria total, también hubiese hecho lo mismo.

De regreso a casa se detuvo en el Centro de Salud, no hizo caso de la recepcionista y anduvo por el pasillo hasta los gabinetes de los médicos. Hacía una media hora que había comenzado la visita

vespertina y había un par de pacientes, mujeres mayores, esperando a la puerta de Ben. Les dijo que necesitaba ver urgentemente al doctor Sprackman y asintieron. Supuso que era porque se le veía tan mal como se sentía.

Ben, sorprendido de ver a su vecino y amigo, tampoco dijo nada. Él tenía todo lo que no tenía Lowell. Estaba satisfecho, era feliz en su matrimonio, era padre de tres hijos. Como médico de cabecera iba avanzando, esperando que sus pocos errores no fuesen demasiado graves. Gustaba a sus pacientes y confiaban en él mientras atendía a sus crisis con tranquila eficiencia. ¿Qué le pasaba a Lowell ahora?, se preguntó.

—Siento irrumpir así, saltándome la cola.

Lowell cerró la puerta tras él y se apoyó contra la madera. Por unos momentos le faltó la energía para cruzar la habitación, el corazón aún le latía demasiado aprisa y tenía la boca seca. El gabinete no era tan relajante como había esperado. Desde su última visita profesional, hacía unos meses, lo habían vuelto a decorar. El anterior papel de las paredes era un gris pálido a rayas estilo Regencia que combinaba con la moqueta del suelo. La moqueta era aún la misma, pero las paredes presentaban un color amarillo brillante entretejido con blanco. Era inquietante. Cuando uno busca un refugio que le es familiar no espera encontrar que lo han vuelto a decorar con llamativo mal gusto.

Hubiera sido más fácil decirle a Ben lo que tenía que decirle si el entorno no hubiese estado cambiado.

Se esforzó.

—He tenido una especie de pérdida de consciencia temporal... justo antes de venir... en la oficina de Peterson. Él estaba hablando, machacándose los nervios, y entonces empecé a sentirme... no sé, como desorientado. Podía verle... pero no podía oírle. Solo tenía en la cabeza aquel ruido de la música. El corazón me iba demasiado deprisa y... —Se detuvo. La verdad era imposible de pronunciar. Se dirigió al otro lado de la mesa—. Por el amor de Dios, ¿aún tienes *whisky* en ese cajón de arriba?

Ben tenía, pero decidió no sacarlo. Recordaba que Peterson era el director gerente de Pianos Peterson. Había habido hostilidad antes, contada por Lowell con amargura. Esta vez, aparentemente, la confrontación había sido más tensa de lo normal.

—¿Y qué ha pasado? —le preguntó.

Lowell le dijo que había dimitido y no dio más detalles.

A Ben no le sorprendió. Hacía casi un año que Lowell tenía aquel trabajo lo que, dadas las circunstancias, mostraba un cierto grado de aguante. En privado, Louise y él le habían pronosticado seis meses, todo lo más. Por supuesto, no se lo habían dicho a Zoe. Según ella un hombre necesitaba trabajar por dignidad: el que fuese como pedirle a un Rembrandt de nuestros días que vendiese botes de pintura para anuncios en unas galerías, no se le había ocurrido. Ni se le ocurriría. Se acordó de que Louise y él tenían que reunirse más tarde con Lowell y con Zoe para una barbacoa y se preguntó si debían optar por no ir para que el marido y la mujer pudiesen pelearse en privado.

—Creo que me ha subido la presión —dijo Lowell—. ¡Y, por Dios, necesito beber algo!

Ben, sonriendo, sacó el tensiómetro.

—Quítate la chaqueta y súbete la manga.

Lowell tenía la tensión alta, lo que era de esperar. La ira provocaba eso. Los problemas emocionales tenían síntomas físicos. Algunos de los pacientes que esperaban para verle harían mejor en visitar a un psiquiatra. En el caso de Lowell, los síntomas físicos, la artritis, habían llegado primero. Le miró las manos. El doloroso estado inflamatorio había pasado, dejando una cierta deformación. El delicado toque de un concertista de piano ya no era posible, pero no estaba inválido, en absoluto. Si pudiese descargar su ira aporreando algo de Scott Joplin en un viejo piano de taberna, le haría mucho bien.

Le preguntó por qué no se hacía socio del club deportivo local.

—¿Qué?

Lowell se estaba poniendo de nuevo la chaqueta. Lo había oído, pero no se lo creía. ¿Estaba Ben haciéndose el chistoso?

—Ejercicio, con moderación, es terapéutico, física y emocionalmente. Y... no, no te voy a llenar de alcohol. En tu estado de ánimo conducirás peligrosamente y no te puedes arriesgar a que te hagan la prueba de alcoholemia.

Hubo una vacilante llamada a la puerta y Ben fue a abrirla. Una de las pacientes debía coger un autobús, ¿creía el doctor que tardaría mucho? Ben prometió que solo serían un par de minutos y

volvió con Lowell.

—Te veré esta noche en la barbacoa, a menos que prefieras que no vayamos.

Lowell se había olvidado de la barbacoa. Mirándolo bien, era mejor que Ben y Louise estuviesen allí. Zoe habría comprado los filetes y se pondría de peor humor si no los utilizaba. Toda esta situación se ha trivializado, pensó. He venido a buscar ayuda y no he podido pedirla. Para comunicar los más profundos sentimientos de uno, incluso cuando eran normales y comprensibles, se requería una excepcional sensibilidad en el que escuchaba. Y aún más, cuando la situación era alarmante y extraña. Deseó poder llegar hasta Zoe, pero entre ellos se habían levantado barreras hacía mucho tiempo. Encararse con ella esta noche sería difícil, sabía que no debía esperar de su esposa ninguna comprensión.

Le dijo a Ben que le vería más tarde, como habían quedado.

El doctor puso una reconfortante mano sobre su hombro mientras le acompañaba a la puerta.

—Los síntomas desaparecerán —le dijo— cuando te calmes. La frustración es cosa mala. No hay pastillas ni pociones contra ella. Hiciste bien en dejar tu trabajo. Zoe se dará cuenta de lo prudente de tu decisión... con el tiempo.

Parecía como si Ben se lo creyese, pero Lowell no estaba muy seguro. Ben no conocía a Zoe como él. Ya nada era grato ni fácil.

Zoe llegó a casa media hora antes que su esposo e hizo una rápida inspección de las habitaciones de abajo. Hoy era el día que la señora Hayman limpiaba y le había pedido que cogiese todo el cobre y lo abrillantase. Y lo había hecho satisfactoriamente, de modo que los objetos centelleaban aquí y allá. La casa, pseudogeorgiana, no tenía carácter, pero era agradable. Era una de las cinco de la Long Ashton Road, justo a la salida de Bristol, buena combinación para ir a la ciudad y no demasiado lejos del campo. Los jardines de delante eran abiertos y ella había convencido a Lowell para que pusiese una valla, o más bien para hacer que Ben pusiese una valla mientras Lowell miraba. Ben reconoció de buena gana que sus niños podían ser una molestia y la valla impediría que pasaran, así que ambas familias la habían costado a medias. Hacía casi diez años que eran vecinos y la amistad había sobrevivido a la proximidad. Durante los dos últimos embarazos de Louise, Zoe la

había ayudado tanto como le permitía su ocupación, principalmente preparando refrigerios en la desordenada cocina de Louise y vigilando al hijo mayor. A cambio, Louise era una persona que escuchaba con simpatía cuando necesitaba descargar sus preocupaciones sobre Lowell. Durante el tiempo que estuvo parado se había divertido componiendo y tocando las composiciones, lo mejor que podía, en el piano de cola Bechstein del salón. Ella le convenció para que tomase alumnos de música de la escuela local por las tardes, pero no tuvo éxito. Insistía en la perfección e intimidaba a los alumnos cuando no la conseguían. No es que les dijese nada. Solo se levantaba y miraba coléricamente por la ventana hasta que se escabullían. Ella devolvió a los padres el dinero de su propio bolsillo. Todo eso se lo había contado a Louise quien, por extraño que parezca, lo había encontrado divertido. En algunas cosas ella y Lowell eran iguales: poco prácticos y dependientes de sus parejas para sobrevivir.

Cuando la señora Hayman limpiaba la parte de abajo no tocaba los dormitorios, pero por supuesto, ella los miró.

Zoe los había ordenado rápidamente antes de irse de casa por la mañana y había advertido a Lowell de que no dejase el cuarto de baño revuelto. Él se levantó en el último minuto, reacio a dirigirse a un trabajo que no le gustaba. Ella lo sabía, pero no lo animaba a que se quejase. A ella tampoco le gustaba la odontología, ¿a quién podía gustarle?

El cuarto de baño, con baldosas verde pálido y adornos florales más oscuros, no estaba mal. Se desnudó y se duchó, poniéndose con cuidado el gorro de ducha verde a juego. Su peluquera le había hecho una permanente demasiado fuerte y Ben le había dicho que los rizos apretados parecían palomitas de maíz. Si se lo hubiera dicho Lowell se habría molestado. Dicho por Ben sonaba cariñosamente divertido. Ella y Ben se llevaban bien; él adoptaba una actitud sana y normal ante la vida. Si se hubiese encontrado en la situación de Lowell habría actuado positivamente por propia voluntad. A Lowell se le tenía que perseguir para que aceptase lo que tenía que ser aceptado.

Salió de la ducha y se vistió para la barbacoa, sin importarle demasiado lo que se ponía. Gracias a Dios era viernes. Estaba cansada, pero Lowell no se daría cuenta. Nunca lo hacía.

Pero sí que se dio. Y la sorprendió pidiéndole que se sentara mientras él ponía las bebidas. Eso estaba pensado para prepararla a recibir la noticia, pero no funcionó así. Cuando ella se sentó para beber su *gintónic* vio las marcas de sudor en el traje. La tarde veraniega era calurosa, pero no tanto. Así que estaban ante otra crisis emocional. Ella no quería oír nada de eso. Aún no. Y si era posible, nunca.

Desvió la conversación hablando sobre la casa que habían planeado ir a ver aquel fin de semana. Un viaje a los Cotswolds sería agradable, le dijo. Había tenido una semana muy ocupada en la clínica, con pacientes exigentes y malhumorados. Sin descanso. Pero pocos trabajos eran perfectos. No se quejaba, de veras. ¿Para qué? Simplemente había que seguir, ¿no era así? Al menos tenían el fin de semana para relajarse.

Relajarse, pensó él. ¡Por Dios! Sería más fácil decírselo más tarde. En aquel momento era imposible. Se ofreció a encender la barbacoa antes de cambiarse de ropa.

—Tu traje necesita ir a la tintorería —le dijo y se levantó rápidamente antes de poder continuar con el delicado tema—. Encontrarás una camisa limpia en el cuarto de secado.

Él la miró salir de la habitación. Una vez, hacía mucho tiempo, se había sentado en la primera fila mientras él daba conciertos y sus ojos brillaban. ¿Hubieran necesitado el éxito para seguir amándose?

Ambos se habían licenciado en la Universidad de Edimburgo, pero él se había graduado dos años antes que ella y ya estaba empezando a hacerse un nombre cuando ella terminó. Él estaba actuando en Edimburgo cuando ella obtuvo su Licenciatura en Odontología y le invitó como amigo ocasional a una fiesta para celebrarlo. Después de aquello su relación creció, aunque a ella en el fondo no le gustaba la música. Bueno, mejor. Él también era incapaz de entusiasmarse por su trabajo. A pesar de eso el lado sexual funcionaba bien. Sin duda mejor que bien. Pero ahora no.

Se lo dijo aquella noche cuando se hubo terminado la barbacoa, en medio de un ambiente bastante tirante; Ben y Louise deseaban marcharse. Estaban en la cama, el uno al lado del otro, sin tocarse. No le contó su reacción hacia Peterson.

—Lo siento —dijo ella en la oscuridad—, siento que tu trabajo te aburriese.

Él permaneció callado.

—Ya sé —prosiguió ella— que un jefe de ventas no está al mismo nivel que un artista.

—Vendedor —dijo él— y artista suena a títere.

—Después de todo lo que *sir* Howard hizo por ti...

—Le dieron el título por vender guisantes.

—¿Tienes que burlarte de todo?

—Me limito a los hechos.

Deseó que llorase, o que le gritase, para así poder cogerla en los brazos e intentar consolarla. En lugar de eso intuía que, en su desdicha, estaba fría como el hielo.

—Si te hubieran despedido —le dijo— lo hubiese soportado.

—Una dimisión suena bastante mejor —apuntó él—. Puedes decir a tus amigos que tu esposo, un jefe de ventas, dimitió porque la promoción a la Junta Directiva no parecía inminente.

Ella sabía que él lo decía sarcásticamente, pero la consoló un poco. Eso era precisamente lo que les diría a sus amigos, especialmente a su socia, una dentista mayor que recordaba a Lowell en su apogeo y tendía a ser embarazosamente compasiva por lo que ella llamaba su trágica caída.

Empezó a pensar en términos prácticos.

—No podremos permitirnos a la señora Hayman dos veces por semana.

—Yo limpiaré el maldito cobre.

—Ni a Manders para el jardín.

—Yo segaré el maldito césped.

—Menos mal que no tenemos hipoteca.

—Sí, tenemos un techo.

Era poco afortunado, pensaron ambos, que en su actual humor tuviesen que compartirlo.

2

EL SÁBADO AMANECIÓ PLÁCIDO. Lowell había dormido muy poco y se levantó a las seis, se hizo un café y salió al jardín. Jirones de niebla llegaban a tocar la hierba en algunos sitios, transformando el verde en un gris delicado. Macizos de geranios resplandecían como pequeños y bien cuidados fuegos a lo largo del borde del césped. Aquí todo era contenido, pulcro, no como en la casa de al lado en la que Louise había tendido los *shorts* de su hijo mayor, y al lado, media docena de pañales. Estaban completamente mojados por el rocío de la mañana. Louise era una mujer agradable y consoladora, la madre tierra personificada. Si Ben se hubiese excedido y le hubieran despedido como médico, no se habría quedado toda la noche en su cama de matrimonio totalmente absorta en su propio pesar.

¿Ayudaban los hijos a un matrimonio? En su caso, probablemente no. Zoe estaba orientada hacia su profesión. Y tal como había estado diciendo durante los últimos años, ¿acaso no era bueno lo que había hecho? Lo estaría diciendo ahora, más alto que nunca.

«No dejes que tu cólera vaya en aumento».

Practica como esposo de una casa de las afueras. Mantén bien arreglado este trocito de jardín. Gánate el sustento cortando unas cuantas rosas de por allí.

No lo hizo.

Cuando Zoe se levantó a las siete y media le pudo oír tocando melodías irregulares al piano. Sintió una punzada de piedad, pero

pronto se convirtió en irritación. Quería decirle que su habilidad musical se había acabado, que debería dejar de suspirar por lo que ya se había ido.

Desde la cocina le preguntó:

—¿Quieres *bacon* para desayunar?

—¿Nos lo podemos permitir?

¡Maldita sea!, pensó Zoe, pero sabía que era por culpa suya. El desayuno aquella mañana fue aún más silencioso que de costumbre.

No había razón para aplazar la visita a la casa de campo, como habían planeado. El viaje daría sentido al día. También les ayudaría a hablarse de nuevo con naturalidad. Decidieron utilizar el Datsun de ella, en lugar del Volvo de él, pero tuvieron buen cuidado en no decir que gastaba menos gasolina. Normalmente ella conducía su coche, pero hoy, con tacto inusual, se sentó en el asiento del acompañante. Era un pequeño detalle, pero él lo comprendió.

—Con el tiempo —dijo él— todo se arreglará.

Alargó el brazo y le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Sí —respondió ella, poco convencida.

Él tampoco lo creía, pero eran gestos que debían hacerse.

Pensar en la casa de campo le animó un poco. El haberla heredado de forma inesperada a la muerte de Mary Marshall, una anciana pariente a la que no había conocido, había sido como si le hubiese tocado una pequeña quiniela. Muy pequeña, según el notario. Desde que le llegó la carta, la había dibujado de muchas maneras en su imaginación, todas distintas, todas atractivas, un retiro a la vida rural largamente deseado en el que podría componer música en completa intimidad.

Les llevó dos horas de viaje y búsqueda hasta que por fin dieron con su heredad, una casa de campo desmoronada en medio de montículos de un tono marrón claro, a unos pocos kilómetros de Fairford. Se llamaba «Verdes pastos». «Sí, aunque voy a través del valle de la sombra de la muerte, ¡tú me conduces a él!», entonó Zoe, contemplándolo malhumoradamente. No habían podido continuar con el coche más allá del campo del fondo y la casa, a la que se accedía por un camino de hierba alta y tupida, estaba casi quinientos metros más allá. Según la gente del pueblo que les había guiado, a la casa se la conocía como la casa de Marshall. Hacía tres años que estaba vacía.

La casa de Marshall. Lowell le puso una «C» mayúscula en su cabeza. Su casa. Su codiciada, soñada, maldita caricatura de una casa. La verja estaba fuera de los goznes y apoyada contra un arbusto de fucsias color púrpura. Margaritas silvestres y ortigas tocaban los podridos alféizares de las ventanas. Aquí, ante la puerta principal, era como estar en un plato caliente al sol, con los cerros elevándose suavemente hacia la protección contra el viento de los olmos.

—A pesar de la zona solo debe de valer unas cinco mil —aventuró Zoe— si es que hay alguien lo bastante loco como para comprarla.

El interior era un poquitín mejor. No había moho en las paredes. Olía a húmedo, pero no estaban empapadas. Había restos de leños quemados en el hogar de piedra; obviamente alguien encendía fuego allí de cuando en cuando. Una pesada viga de roble atravesaba el techo, desprendido en algunas zonas, pero no hundido. Una estera polvorienta ocultaba parte del gastado suelo; Lowell la apartó y sintió alivio al comprobar que no tapaba grietas ni agujeros. Frente a la chimenea había un raído sofá tapizado con zaraza descolorida y a los lados dos sillas que no hacían juego.

Zoe fue la primera en ver el piano antiguo en una alcoba entre la salida y el dormitorio. Su humor salió a la superficie:

—¡Por Dios! ¿No puedes huir de ellos, verdad?

Levantó la tapa e intentó tocar *Los tres ratones* con el índice derecho. Gran parte de las notas se atascaba.

—Solo sirve para leña —dijo Lowell— como algunas de las porquerías que Peterson quería que yo vendiera.

Era increíble que el vagabundo o quienquiera que hubiese estado viviendo en aquel lugar, no lo hubiese hecho astillas todavía.

Consciente de que el comentario era inoportuno, dejó a Zoe y entró a inspeccionar la habitación. Estaba austeramente amueblada con un armario de teca, una silla y un armazón de cama de hierro sin colchón. Las cortinas de la ventana pequeña eran de la misma zaraza que cubría el sofá, pero más descolorida. Tiempo atrás habían sido azules. La ventana estaba entreabierta por la parte de arriba y entraba un fuerte olor a una hierba que no conocía.

Su desilusión inicial iba lentamente dando paso a una inesperada sensación de tranquilidad. Aquello era muy tranquilo.

Como el final del límite.

Zoe estaba inspeccionando el cobertizo junto a la puerta trasera cuando él se reunió con ella.

—Supongo que aquí es donde cocinaba tu pariente —le dijo señalando un hornillo de petróleo que había cerca de un fregadero muy sucio. No había grifo. El agua llegaba por una bomba exterior y una zanja en el suelo transportaba el vertido hasta una acometida de alcantarilla que salía por la pared.

No era salubre.

El retrete al final del jardín, al lado de un cobertizo de herramientas cubiertas de telarañas y herrumbre, era totalmente objetable.

Lowell dio vueltas por el jardín y examinó el campo de más allá. El cielo, color turquesa y salpicado de pequeñas nubes, se mezclaba en la distancia con un campo de ganado *Charolais* color crema que se movía lentamente. Por primera vez desde su aterradora reacción con Peterson, se sintió en paz consigo mismo. La casa de campo, a pesar de sus inconvenientes, de una forma indefinible, le daba la bienvenida. Era una vivienda que valía la pena trabajar, restaurar. Aquí, tuvo la impresión de que se curaría.

Zoe, escogiendo con cuidado su camino a través de la hierba enmarañada, llegó hasta el muro limítrofe y se quedó tras él.

—Es un desastre total, ¿verdad?

La pregunta era retórica.

—Yo no diría eso.

—¿Quieres decir que el terreno puede valer algo? —Ponía voz de sorpresa—. Pero no hay mucho y no tiene un buen acceso.

—Peores sitios se han arreglado.

—Ya, pero piensa en el coste. Se tendría que tirar y hacerlo de nuevo.

—No lo creo. El techo parece firme. Tejas de *Cotswold*. Y las paredes parecen sólidas. No hay derrumbes.

—No hay electricidad, ni desagües.

—Hay gente que ha vivido aquí sin eso.

—¿Te refieres a tu singular pariente?

—Y otros antes que ella. Según el notario, llegó aquí en los años treinta.

—Y no arregló nada.

—Probablemente no tenía dinero.

—Ni nosotros tampoco.

Ya estamos otra vez, pensó esta vez sin irritación.

—Si lo arreglásemos y lo pusiéramos razonablemente presentable podría venderse —sugirió—. Está demasiado apartado para conectarlo a la electricidad; quien lo comprase podría instalar su propio generador.

—Es demasiado pequeño para un gasto como ese.

—Sí, tal como está. Pero podría ampliarse.

—¿Y qué me dices del agua? Nadie va a comprar una casa con una bomba y un repugnante retrete exterior.

—Alguien que le viese las posibilidades podría... Podría hacerse atractivo sin gastar demasiado. A los artistas, a los escritores, les gusta esta clase de lugares. Pagarían una gratificación por la soledad.

Y los músicos, pensó.

Zoe notó su entusiasmo y estaba asombrada. Aparte de la deteriorada condición de la casa, la atmósfera era hostil. Se sentía mucho más feliz fuera, al aire libre, que dentro.

—Me da grima —Miró nerviosamente hacia la ventana del dormitorio—. Siento que me vigilan.

Ahora le tocaba a él sorprenderse. Normalmente no era dada a fantasear. Si hubiese un observador, tendría que ser amistoso. De repente, sintió el calor del bienestar.

Comieron en Fairford por el camino de vuelta y lo discutieron comiendo lenguado de Dover. (¿Podemos pagar el plato más caro del menú? No preguntes). Él dijo que no le importaría arreglar la casa. Reponer los marcos de las ventanas, por ejemplo. Volver a poner la verja en los goznes. Una mano de pintura aquí y allá.

Ella no se lo tomó en serio. Nunca había hecho trabajos manuales. Sus manos eran demasiado preciosas.

Ya no, le contestó él con amargura.

¿Y la artritis?

No estaba tan mal como para impedirse. Además, el ejercicio podía ser bueno. Ben se lo había dicho el otro día.

Él no tenía ni la menor idea de eso.

Podría aprender, ¿o no? Y si armaba un follón al intentarlo, no podía estropear la casa más de lo que lo estaba.

Eso era cierto.

Lo dejaron así, sin llegar a una decisión y fueron a ver los rosetones de la iglesia de Fairford. Su sugerencia... no era buena. Zoe se quedó mirando el rosetón del lado oeste con la representación del Infierno Eterno. Los condenados, todos mujeres, eran empujadas hacia él por demonios de enérgica apariencia.

Lowell pasó la mañana del domingo en cama con «The Sunday Times» y el «Observer». Y pensando. No hablaron de la casa. Tenía dos alternativas: una era quedarse allí y morirse de aburrimiento; la otra era ir a la casa y ver lo que sucedía. No confiaba en su habilidad para los trabajos manuales, pero no importaba. La casa le había calmado ayer y si algo sucedía, sería un suave deslizamiento hacia algo agradable. ¿No sería así? ¿Y qué quería él decir con eso? Una separación de Zoe sin conmociones. Si iba a cualquier otra parte sería una manifestación de intenciones, un motivo de pelea. En estos momentos no podía soportar más violencia, no después de lo de Peterson. Con el tiempo quizás pudiera.

Se levantó y se bañó. Y permaneció durante un rato largo en el agua jabonosa. Normalmente era muy delicado con su persona. Sería necesario comprar algún tipo de baño para la casa. En los dos siglos aproximadamente de la vida de la casa la gente se había bañado allí. En bañeras tapadas, de las antiguas. De la clase que los mineros acostumbraban poner delante del hogar. Cualquier tipo de recipiente serviría. La paz mental era más importante que las comodidades humanas. Necesitaría una pequeña nevera, una que funcionase con butano. ¿Existían? Probablemente. Se llevaría con él sus libros. Hacía mucho tiempo que no leía poesía. La poesía era sedante. Y se llevaría la radio.

Se afeitó, se vistió de sport con pantalones de algodón azul oscuro y una camiseta y bajó a ver cómo iba el asado. Zoe le había dicho que bajase el fuego a las doce y media. La cocina tenía toda clase de comodidades, pero Zoe había estado pensando en comprar una cocina nueva. Ahora no la compraría. Otro motivo de discusión. Empujado por un sentimiento de culpa, fue al comedor y puso la mesa.

Cuando volvió de la iglesia le dijo que había utilizado el mantel que no debía, el de damasco era para cuando tenían invitados, y el de lino para cada día. Entre los dos lo quitaron.

Aquella noche cenaron con una pareja que hacía poco que habían ido a vivir al barrio. Ambos eran contables. De dinero, un tema doloroso, no se habló. Intentaron que Lowell hablase de su música, un tema aún más doloroso, pero ellos no lo sabían. Él contestó educadamente, pero se sintió deprimido.

Hasta que volvió a pensar en su casa de campo.

El lunes por la mañana, después de que Zoe se hubiese ido a ejercer de dentista, Lowell salió con el coche y fue a verla de nuevo. La sensación de paz, allí solo, sin Zoe, fue incluso mayor. Era como una mano caliente y seca que tomara la suya. Aquel día, una brisa ligera movía las hojas que se golpeaban unas a otras atrapando la luz. Un amargo olor a capuchinas sazonaba la dulzura de un rosal trepador silvestre. Nada empalagaba. Entró para inspeccionar la salita y el dormitorio, y hacer una lista de lo necesario. Había que fregar la casa a fondo; quizás lo haría alguien del pueblo.

El viaje hasta Mardale le llevó por toda la sierra de Cotswold, donde la panorámica era amplia y uniforme. El pueblo, poco más que un villorrio, estaba en una carretera secundaria. Su única calle, con casas escalonadas estilo Cotswold y unas cuantas tiendecitas, era estrecha y solo se podía aparcar en una zona cercana a la oficina de Correos. Dejó allí el Volvo y entró.

La chica de Correos le sonrió amablemente, pero no era servicial.

La gente de por allí, le dijo, se lo «hacían» solos.

—De todos modos —añadió— la casa Marshall está demasiado alejada del camino y, por lo que he oído, en mal estado; no tiene agua caliente. Además, ¿cómo se puede pasar el aspirador sin electricidad?

Él le explicó que lo que necesitaba era algo más básico que pasar el aspirador.

—Lo siento, rey, pero no le puedo ayudar. Los tiempos de las asistentas se han acabado.

Le molestó lo de «rey» y luego se preguntó por qué. Ella no le estaba tratando con aire condescendiente. Estaban a finales del siglo xx; el pueblo podría guardar un antiguo sabor —desde luego la casa sí lo tenía— pero las actitudes habían cambiado. El concepto de igualdad de Orwell tenía grietas, pero aquí era sólido y auténtico. Cada cual fregaba lo suyo. Era así de sencillo.

Él le preguntó si el reparto de cartas llegaba a la casa.

Ella se giró y puso una docena de cajetillas de cigarrillos en el estante que tenía detrás, antes de responder:

—En tres años que hace que estoy aquí, la casa ha estado vacía. Hay una mujer que hace la ronda. Forma parte de su contrato de trabajo el repartir las cartas de la zona, pero si iría a la casa Marshall, eso ya no lo sé.

Le preguntó qué quería decir, pero ella se negó a dar más explicaciones.

En la oficina de correos también se vendían periódicos y comestibles. Todo, le dijo ella, tenía que irse a buscar. Notó que la empleada sentía curiosidad por su persona y le agradeció que no la hubiese expresado. Era una mujer llenita de unos cuarenta años, de cabello rubio cuidadosamente peinado y dentadura demasiado perfecta. No formaba parte del sueño rural.

—Soy un Marshall —le dijo a la mujer de correos—, y supongo que seguirán ustedes llamando así a la casa. La heredé de la antigua propietaria junto a unos cuantos muebles.

Le habló de la ceniza de la chimenea.

—¿Había alguien del pueblo que se cuidaba de airear la casa de la señora Marshall?

—No que yo sepa. No he hablado de ella con nadie.

Se preguntó si estaba siendo evasiva... Se suponía que todos los de pueblo chismorreaban.

—¿Hay por aquí algún vagabundo, alguien que pudiese querer utilizar una casa vacía de cuando en cuando para cobijarse?

—No podría decírselo.

¿No podía, o no quería? De todos modos, no importaba. Dio las gracias a la mujer y salió de la tienda, sintiendo todavía que nada podría empañar su nueva posesión.

Tres días más tarde se vendió el Volvo y se compró una furgoneta. Zoe, al llegar a casa a las cinco y media del jueves por la tarde, la vio aparcada en el camino. Y no sabía de quién era. Christopher, el hijo de seis años de Ben, estaba botando una pelota roja contra la oxidada puerta amarilla, y Louise acababa de salir para reñirle.

—Lowell te va a matar —le dijo severamente, y le guiñó un ojo a Zoe.

—¿Lowell? No es de Lowell.

Zoe leyó la expresión de Louise. ¡Cielo santo, lo era!

Louise asintió solemnemente y luego sonrió. Aquella última crisis en el hogar de los Marshall tenía su lado divertido. No había motivo para que Zoe estuviese tan tensa. Por primera vez en muchos meses a Lowell se le veía feliz.

—Parece ser que necesitaba algo mayor que el Volvo para llevar cosas —dijo—. O eso me dio a entender cuando llegó hace aproximadamente una hora.

Zoe miró el garaje vacío.

—¿Dónde está el Volvo?

Louise, apartándose y apartando a su hijo pequeño del campo de batalla, murmuró que el té de Christopher ya estaba a punto y que había dejado solo al bebé en el sofá.

—Te veré más tarde.

Con palabras suaves y un *gintónic* y un enorme deseo de abofetearte. Tu marido tiene un nuevo juguete. Que lo disfrutéis.

Lowell tenía preparados todos sus argumentos y después de la primera explosión de Zoe los expresó con calma. Estaban en la cocina, el uno frente al otro, cada cual a un lado de la mesa. Acababa de hacerse una jarra de café cuando llegó ella. Por el Volvo le habían dado dos mil quinientas, le dijo, lo que para los años que tenía, era un buen precio. La furgoneta, que tenía cinco años, le había costado seiscientas. También un buen precio. En la transacción los beneficios ascendían a mil novecientas. La pintura, las herramientas y demás útiles no costarían más de cien o así. Tenían mil ochocientas libras más. No estaba mal por unos días de desempleo.

Le alargó Su café. ¿Lo quería? Todavía no había bebido.

No. Se lo devolvió. Los ojos de Zoe, muy azules, siempre se oscurecían por la ira. En aquel momento estaban casi negros.

Siguió hablando. Así pues, desde el punto de vista financiero, el negocio era bueno. También había sido un paso sensato el vender el Volvo antes de que se lo robaran. Como la casa no tenía un acceso en condiciones, cualquier vehículo que utilizase debería aparcarlo en pleno campo. La furgoneta era menos tentadora para los ladrones que un buen coche, pero si se la robaban, no importaría tanto. Mientras la tuviese le daría una utilidad práctica, llevando

todo lo que necesitase a la casa, como una bañera y un colchón.

¿Como qué?

Le dijo que había visto una bañera en un trapero. De inválido. Muy corta y con un asiento. Cabría en el cobertizo. La cogería al día siguiente. El colchón era el que habían guardado en el trastero cuando compraron el nuevo. Probablemente también cogería el somier de la habitación libre.

Ella estaba empezando a temblar.

—¿Estás intentando decirme que te vas?

No, en absoluto, la calmó. Pero era mucho más barato a la larga quedarse en la casa mientras hacía las reparaciones. El viaje diario, aparte de ser cansado, gastaría mucha gasolina. Pasaría los fines de semana en casa, por supuesto.

No sabía cómo tomárselo, o qué decir.

Siguió con aire conciliador:

—En cuanto a la furgoneta, si te molesta verla, cabrá justo en el garaje si dejas el Datsun fuera. Así solo será molesto entrar y salir los sábados y los lunes.

Evitó hacer ningún chiste sobre el paso de la imagen del artista al artesano. Ya la había irritado bastante.

Zoe sacudió la cabeza, sin hablar. Él podía disfrazar la situación con las palabras que quisiera, pero aquello era una separación deliberada. Ella levantó la vista hacia las losetas estropeadas de la pared que había detrás de su marido, donde había intentado poner un estante. Era más fácil expresar sus sentimientos sobre aquello.

Su voz tembló con furia contenida.

—¡Por el amor de Dios!, si quieres practicar, no lo hagas aquí.

En quince días la casa estuvo habitable. Lowell fregó el suelo y se le levantaron ampollas en las manos, de modo que la pintura tenía que esperar. Ben le recordó que hiciese analizar el agua. Era pura. Tiró el fregadero y lo sustituyó por otro mejor que consiguió en el trapero. El retrete tenía ahora una taza química y media docena de rollos de papel higiénico guardados en una caja de plástico para protegerlos de las arañas. Los artículos caros habían sido la cocina y la nevera de butano. Después se podrían vender, le dijo a Zoe, y ella se preguntó si hablaba en serio.

Fue idea suya que hicieran una fiesta para darle calor a la casa en la primera noche que pasara Lowell allí, un lunes, y se lo había

dicho a Ben y a Louise. Quería que vieran la chabola en la que se había metido Lowell.

—No es más que una choza —le confió a Louise—, pero no es eso lo que me preocupa... Es la atmósfera.

No había sido capaz de expresar sus temores.

—Verás lo que quiero decir cuando vayas allí.

La fiesta empezó a las siete. Una suave luz crepuscular inundaba la sala como el agua amarilla en una playa desierta. Hacía demasiado calor para encender un fuego y pusieron las latas de cerveza en el hogar de piedra. Colocaron la comida (jamón, salchichas, pan de ajo y frutas variadas) sobre un mantel de plástico que cubría la desvencijada mesa que Lowell había encontrado en el cobertizo.

No fue ni mucho menos una reunión alegre. Lowell, adivinando los motivos de Zoe, había accedido a la fiesta solo a regañadientes. La casa no estaba preparada aún para recibir visitas, ni él tampoco. Quería que le dejaran en paz allí. Los invitados, aunque se tratase de viejos amigos, eran una intrusión.

Ben, normalmente sociable, se encontró luchando por encontrar palabras, charla social, y se dio cuenta de que decía trivialidades. Louise habló de los niños, un tema demasiado tópico para ella y que generalmente evitaba. Edward, a los diez años, tenía que empezar pronto la escuela preparatoria. Horrible, ¿verdad? ¿Qué le iban a hacer al pobre crío? ¿Estaban locos? Se suponía que tenía que sonar alegre, pero no le salió así. Vio que Zoe la miraba y desvió la vista. Sí, pensó, tenías razón. Hay algo extraño aquí.

Antes de irse fue por el jardín al retrete. El campo se veía de un suave color grisáceo y los árboles de carbón contra el color bronce del cielo. Una hora más y ya no habría luz. Tenía miedo de entrar en el retrete y se detuvo a la puerta. Estaba comportándose ridículamente. Era asquerosamente tosco, pero esa no era la razón. No quería estar encerrada sola en ningún lugar de aquella casa. Desde aquel lado no podía ver la ventana de la sala y sintió una aterradora necesidad de contacto humano. Pero en un plano más físico, también necesitaba vaciar su vejiga, y lo hizo, agachándose en la alta hierba, con el corazón latiéndole. Cuando volvió a la casa miró de nuevo a Zoe y en un extraño momento de comunicación sin palabras, las dos mujeres se comprendieron y sintonizaron.

¿Por qué, por el amor de Dios, se preguntaba Louise, le gusta tanto a Lowell? Conserva la casa como un viejo escudo familiar, y está deseando que nos vayamos.

—Cuídate, cariño.

Ella se le acercó y le besó cuando les acompañaba a la puerta.

Le sorprendió que estuviese tan cariñosa y se dio cuenta de que no podía despedirse de Zoe sin mostrar igual efusividad. La tomó en sus brazos y la besó brevemente en los labios.

—¿Estás segura de que no quieres quedarte?

—Lo siento, no puedo. —No es que no quiera. No puedo.

Él intuyó lo que ella no había dicho y la dejó ir con suavidad.

La despedida de Ben fue fríamente práctica.

—En un par de meses —le dijo— la habrás dejado tan bien como para venderla.

Era de suponer que la despedida de un amigo fuera reconfortante, pero Lowell no se podía librar de ellos lo bastante deprisa.

Aquella noche durmió como no lo había hecho durante meses.

Su cuerpo estaba satisfecho y relajado como si hubiese hecho el amor. En los últimos tiempos era infrecuente tener sexo con Zoe, siempre rutinario y nunca le dejaba sintiéndose así. La habitación era muy oscura y olía a hierbas. Volvió a dormirse de nuevo, profundamente y sin sueños.

Cuando se despertó eran las diez. El día era tan brillante como los botones de oro y dejó de desayunar para ir a pasear. Los cerros se extendían en todas direcciones, pero eran más altos hacia el oeste. Se preguntó qué había tras ellos. Un día se subiría allí y lo vería. Hambriento ya, volvió a la casa y se hizo un par de huevos pasados por agua y una tostada. Se los comió sentado en una silla de lona plegable de su casa (pero aquella era su casa) en el rústico jardín. Las abejas libaban néctar de un arbusto de hierbas que había detrás suyo cerca del muro de la vivienda. Estaban tan juntas como los guisantes en la vaina y le zumbaron cuando se movió, pero estaban demasiado interesadas en su festín como para dejarlo. Pensó que debería levantarse y hacer algo, como por ejemplo segar la hierba. Pero ¿para qué molestarse?; el día era demasiado caluroso. Sería agradable darse una ducha fría, pero no era posible. Llenó un cubo con agua de la bomba, se lo llevó fuera, se desnudó y

se lo tiró encima, empapándose el grueso y oscuro cabello, cayéndole por el torso, las piernas y rodándole los pies. Luego se secó al sol y se adormeció todavía desnudo como el primitivo Adán en una despoblada soledad.

El miércoles fue más fresco. Intentó asegurar la verja, pero necesitaba cemento para fijar el nuevo puntal y no tenía. El arbusto de fucsias la había estado abrazando durante mucho tiempo sin perjuicio, así que dejémoslo estar. Sus manos mejoraban, las ampollas se estaban curando, y al día siguiente desordenaría la ordenada hilera de latas de pintura quitando una y utilizándola en la pared de la salita. Mientras tanto, puso una cinta de *Acis Galatea*, la serenata pastoral de Haendel y varias cintas de selecciones de sus propias interpretaciones al piano. Allí por fin, en la casa, las podía escuchar sin dolor.

Al final de la semana había pintado de blanco una pared de la salita, y deseaba no haberlo hecho. Había cambiado un poco el carácter, como poner una de las batas quirúrgicas de Zoe sobre un deshilachado y ligeramente coloreado vestido. Una ligera tonalidad beige sería mejor. ¿Valía la pena? Sí, la casa estaba asociada a él. Tenía su propia personalidad fuerte. El blanco no le iba.

Cuando llegó a casa intentó explicarle a Zoe algo de eso, pero ella le miró desconcertada. Y cambió de tema.

—¿Has hecho algún plan para el fin de semana?

Le recordó que tenían invitados a cenar el domingo por la noche, los contables les devolvían la visita.

—¿Y tenemos que hacerlo?

—Estamos obligados.

—La rutina social: yo te invito, tú me invitas. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que el comportamiento llamado civilizado puede evitarse?

Ella no le hizo caso. Y continuó sin hacérselo durante la mayor parte del fin de semana. Lowell, feliz, volvió a la casa el lunes. Los días calientes y secos habían dado paso a un período de abundantes lluvias y el olor a húmedo era muy fuerte en el interior. Hubiera tenido que encender el fuego, pero no tenía leña.

Examinó el piano y a regañadientes reconoció que no se podía reparar. Se hubiera deshecho tranquilamente de algunas de las porquerías modernas de Peterson, pero por aquel viejo instrumento

sentía algo más que una sensación de tristeza. Había sido bueno en sus tiempos, quizás querido por alguien. Los candelabros de cobre que reposaban sobre el teclado estaban intrincadamente labrados. Los quitó. En invierno podían ser útiles. Había que ser práctico. Tocó unos cuantos acordes. Las teclas estaban tan tiesas como sus condenadas manos. No había esperanza de recuperación. Había que hacerle frente. Seguir con el trabajo. No estás actuando vandálicamente. Necesitas leña. Debido a su tamaño decidió desmontar el piano donde estaba, pieza a pieza, y le quitó los tornillos como un cirujano llevando a cabo una delicada operación. O como un forense separando trozos de un cadáver. La analogía era desagradable. Deseó no haber pensado en ello.

La carcoma se había comido la mayor parte del panel de atrás y un trozo estaba cubierto con un pedazo de tela de sarga color verde oscuro, que a su vez también estaba hecha trizas. La arrancó. Un pequeño marco dorado que debía de haber estado sobre el piano anteriormente y se había caído por la destrozada tela, bajó los últimos centímetros hasta el suelo de piedra.

Lowell lo cogió. Una gruesa capa de mugre sobre el cristal roto oscurecía la fotografía. Le dio la vuelta y quitó con cuidado los clavos oxidados que sostenían el marco.

Instintivamente, presintiendo que aquel hallazgo era importante, se sentó sobre sus talones saboreando el momento. La lluvia había dejado la casa a oscuras. Aquello debía ser mirado a la luz. Lo llevó hasta la ventana y entonces, suavemente, le quitó la foto color sepia.

Mientras sostenía la fotografía en sus manos, era tremendamente consciente de que aquello era el principio de algo, no sabía de qué.

3

ERA DE UNA CHICA vestida a la moda de finales del siglo XIX. Tenía el cabello negro y los gruesos rizos apartados de su rostro ovalado. Los labios sonreían suavemente y sus ojos le miraban como si ella estuviese escudriñando su mente y le gustase lo que allí encontraba.

Había habido acontecimientos en su vida que habían quedado en su memoria, clara e intensamente, que no olvidaría nunca. Lo bueno y lo malo vívidamente grabado. La estructura del cambio. Sintió un estremecimiento de intenso placer. ¡Cielo santo, qué guapa era!

Le devolvió la sonrisa al risueño rostro.

—¡Hola! —le dijo—. ¡Hola!, quienquiera que seas.

Y según hablaba, Lowell se sintió impulsado a averiguar algo más.

Edwin Leeson tenía alquiladas unas salas para su negocio de fotografía, en una calleja que daba al Haymarket en el concurrido centro comercial de Bristol. Su reputación de buen profesional había ido creciendo con los años y, con el tiempo, esperaba tener un gran establecimiento. Su ambición era concentrarse en retratos y no tener que preocuparse por llevar los asuntos de revelado y copias. Las fotos de las vacaciones de sus clientes le aburrían, sin embargo, la nueva moda de reproducir fotografías viejas color sepia era distinto. Los árboles genealógicos adornados con los frutos de fotógrafos muertos hacía mucho tiempo eran una tentadora incursión en el pasado.

Y aquella fotografía era soberbia.

—Es increíblemente buena —le dijo a Lowell.

—Por eso te la he traído.

Los Marshall y los Leeson habían sido amigos, o mejor dicho, conocidos, durante unos cuantos años. Leeson había hecho las fotografías comerciales y las de los reportajes gráficos de Lowell cuando actuaba en Bristol y en Bath. No había sido un buen modelo, porque le disgustaba enormemente lo que él consideraba como el lado folklórico de la música seria, pero Leeson le había convencido para que aceptase. Después de varias sesiones se dieron cuenta de que se entendían lo suficientemente bien como para acabarlas tomando unas copas en un bar cercano. La mujer de Leeson, Jane, ayudaba en el trabajo de oficina y hacía de recepcionista. Ella y Zoe habían descubierto un mutuo interés en el arreglo floral, mientras Lowell se sometía al purgatorio de posar en la sala del fondo. A partir de entonces se encontraban cada invierno en un club de manualidades y, de vez en cuando, en sus respectivas casas.

Aquella, pensó Leeson, no era Zoe. Ni ningún familiar suyo. Aquella chica era un bombón.

Le preguntó a Lowell quién era.

—No lo sé —le respondió y luego le explicó lo de la casa y dónde había encontrado la fotografía.

Leeson estaba intrigado.

—La última que me trajo un cliente fue encontrada debajo de un sofá. Había estado allí cincuenta años o más. Compró el sofá en el mercado de antigüedades de Clifton y lo estaban desmontando para tapizarlo de nuevo. Era de un hombre con barba de chivo, posando junto a una cómoda.

Miró la fotografía con más detenimiento.

—Esta chica también está posando al lado de algo, aunque está tapado por la montura. ¿Te importa que la quite?

Lowell sintió una punzada de aprensión.

—Ten cuidado, por Dios. No la rompas.

Se dio la vuelta e hizo ver que sentía interés por un grupo familiar que posaba contra una pared de libros.

—Ya puedes mirar —dijo Leeson divertido—. La señorita está intacta.

Sin la montura, la fotografía mostraba que la chica apoyaba

parte de su mano derecha sobre una urna de piedra; el resto de la urna no salía en la fotografía.

—Un soporte innecesario —criticó Leeson—, mal colocado. El fotógrafo probablemente pensó lo mismo cuando la reveló y dispuso la montura para taparlo. Unas bonitas manos, ¿verdad?

Se dio cuenta demasiado tarde de que el comentario era hiriente y se sintió azorado por su falta de tacto. Las manos eran un tema tabú. Debió haberlo recordado.

Lowell estuvo de acuerdo. Eran hermosas: pequeñas y bien formadas. Sanas. Normales. No como las mías, pensó con amargura.

Desde su descubrimiento había soñado dos veces con ella. Habían estado tendidos el uno junto al otro sin tocarse. En sus sueños ella era virginal. Pura.

—¿Una prostituta? —dijo Leeson pensativamente.

Sin darse cuenta de la expresión de asombro de Lowell, siguió examinando la fotografía.

—Bueno... ¿quién sabe? A juzgar por los ojos yo diría que había corrido lo suyo. Y tenía algún lío con el fotógrafo, por la forma en que le miraba.

Lowell quería que se callase. Ella me mira a mí. ¡A mí!

Tardó unos momentos en controlar su cólera por los comentarios de Leeson y poder hablar con calma.

—En aquellos tiempos ¿no se metían los fotógrafos detrás de sus cámaras tapados con un trapo negro?

Leeson sonrió:

—Con una cara fea como la mía podría ser una ventaja. Quizás estaba pensando en su amado.

Lowell le preguntó bruscamente si podía fechar la fotografía.

—Aproximadamente cuando Conan Doyle dejó de ser un aficionado de talento. Entre mil ochocientos setenta y mil ochocientos ochenta. Y hablando de Doyle, si quieres que haga de detective, tengo un amigo que es archivero. Él podría precisar la fecha con más exactitud.

Lowell dijo que le bastaba con la aproximación.

Cualquier investigación la haría él en la casa y en sus alrededores... La actitud de Leeson le había hecho sentirse su protector. Ella solo le concernía a él y a nadie más.

—No quiero dejársela a nadie. Te la he traído para que me hagas

una ampliación. Quiero que me la hagas lo más grande que puedas sin que pierda definición alguna.

Leeson estaba sorprendido. La salita de Zoe, como él la recordaba, solo tenía un dibujo de Lowry.

—¿Tanto le gusta a Zoe?

Lowell le dijo que ella no la había visto.

—Es un regalo —mintió—, así que no quiero que me la envíes a casa. La vendré a recoger cuando esté lista. ¿Cuánto tardará?

Leeson, presintiendo urgencia, dijo que la haría en una semana. Estaba muy ocupado, pero aquello era algo especial. La chica de la fotografía era una presencia absorbente. Era difícil creer que ya no estuviese viva.

Era a mediados de semana cuando Lowell le dejó la fotografía a Leeson. Miércoles, el centro de cinco días de maravillosa soledad. A Zoe se la podía olvidar cuando no se estaba con ella, pero cuando estaban juntos era difícil ignorar su constante resentimiento y los insignificantes enfados. Los lunes descansaba su espíritu herido después de haber sido maltratado los fines de semana. Los martes, miércoles y jueves se sentaba por allí o se iba a pasear, pero nunca lejos. Los viernes, la perspectiva del fin de semana le enervaba y le empujaba a la actividad para poder informar a Zoe de cómo progresaba el trabajo. Hasta el momento la había convencido para que no fuese a mirar. Todo lo que había hecho se reducía a un intento no demasiado entusiasta de reponer un trozo de zócalo podrido y a dar otra mano de pintura a la pared blanca, de forma que tenía casi su tonalidad original color cerveza diluida. Pero no exactamente. ¡Fuera las manos!, parecía estar diciendo la casa. Deja de hacer chapuzas. Ya estoy bien como estoy. Déjame estar.

Pero no era una chapuza el poner un tablón de corcho en la pared del dormitorio para poder enganchar la foto de la chica cuando estuviese lista. Para eso necesitaba una lezna y algunos tacos y podría recoger al mismo tiempo los documentos del seguro de su coche. Acababan de dar las tres y Zoe estaría fuera hasta las cinco.

La señora Hayman ya había limpiado el suelo de terrazo de la cocina y estaba sentada en el comedor leyendo una de las revistas de moda de Zoe y tomándose una copa de jerez cuando él llegó. Se miraron con cierta alarma. Había olvidado que era su día de

limpieza y se disculpó por haberla asustado.

—He venido a buscar una lezna.

Sonó incomprensible y la forma de decirlo contribuyó a ello. Se levantó sintiéndose culpable, con su gruesa cara sonrojada. Ella quería decir: «No se lo diga a la señora Marshall», pero no lo consiguió. Él quería decirle lo mismo, pero la discreción prevaleció. Juntos encontraron la caja de herramientas que ya no estaba en el cuarto de calderas, sino en el trastero de la cocina. En ella había leznas de varios tamaños, pero no había tacos. Debió haber ido primero a la ferretería y haber dejado los documentos del seguro para el fin de semana.

—Necesito hacer un agujero —dijo— en una pared que se desmorona cuando uno respira cerca. ¿Cuál me aconsejaría?

La señora Hayman, consciente de que le estaba dando conversación para ser amable, sintió que lo que le quedaba de culpabilidad se desvanecía. Era un hombre agradable, que en un tiempo hizo buena música. Ahora estaba, según la presumida de su mujer, arreglando una residencia de verano que había heredado recientemente.

—El hombre que le hace los trabajos —dijo ella— probablemente las necesite todas.

—Entonces las tendrá —respondió Lowell.

Eran más de las seis cuando regresó a la casa. Mezclado con el olor familiar de polvo y madera vieja, había otro olor más fuerte. Puso el corcho y las herramientas en el suelo y olió como un setter tras el rastro de una bestia negra. No era un olor desagradable. Era penetrante. Hacía años que lo había olido por última vez. ¿En una de sus giras por el extranjero? No, en Edimburgo, en sus días de estudiante. Marihuana.

Un intruso audaz había ido a su casa a fumar hierba y había encendido el fuego: aún había una chispa en un trozo de leña chamuscada en el hogar.

Si hubiese llegado antes hubiera sorprendido al intruso al igual que lo había hecho con la señora Hayman. Aquel encuentro les había violentado. La pobre vieja se podía haber bebido una botella de *whisky* por lo que a él hacía, pero el desconcierto se contagiaba. Este encuentro hubiese sido de distinto carácter. Interesante... quizás divertido. Aquí la vida tocaba otra música. Los acordes altos

y agudos de la vida en las afueras de la ciudad, en los que la sisa de una copa de jerez era importante, no daban lugar a notas más profundas y misteriosas. Sentía curiosidad, no estaba enfadado. La casa, una vez se habían corrido los cerrojos de las puertas, era inexpugnable. De día, con los cerrojos descorridos, cualquiera podía entrar. Por supuesto, podía poner una cerradura de seguridad, pero ¿para qué molestarse? No se sentía amenazado. La fuga podía tomar forma un día.

Zoe llegó a casa una hora después de que Lowell se hubiese ido. Estaba cansada al cabo de un día difícil, una muela del juicio impactada se había roto, un par de niños rebeldes se habían resistido al tratamiento, nada había ido bien. La escasa dedicación de la señora Hayman en la casa era evidente y estaba a punto de comentárselo cuando la mujer le habló de Lowell. Su llegada inesperada, le dijo, le había restado tiempo.

Habían tenido que buscar la caja de herramientas.

Zoe, consciente de que la engañaba con una excusa, estaba demasiado molesta para discutir. Lowell había ido y se había marchado deliberadamente a una hora en la que ella no estaba. Ni siquiera había dejado una nota.

Aquella noche fue a la casa de al lado a hacer de canguro mientras Ben y Louise asistían a un concierto sinfónico en el Colston Hall. La habían invitado a ir también, le dijeron que sería bastante fácil encontrar otro canguro, pero ella no quiso. Antes había valido la pena ir a los conciertos en los que Lowell era la estrella del espectáculo. Le daban la mejor butaca. La mimaban. No era divertido ser un apéndice de un matrimonio feliz escuchando una interpretación extraña. Pero descubrió que aún era menos divertido dar el último biberón a Clarissa en un esfuerzo por calmar sus gritos.

Cuando Ben y Louise volvieron, encontraron a su niña dormida en el capazo en la sala y a Zoe, pálida y cansada, dormitando en una silla.

—Nuestra vecina —le dijo Ben a Louise algo después de medianoche cuando la casa estaba en calma y Zoe se había ido— necesita «c. t. a.».

Louise, animada después del concierto y dispuesta a hacer el amor, se acercó a él en la cama de matrimonio. Los cuidados tiernos

y amorosos de Ben eran para ella.

—Es frígida —dijo ella— eso, es lo que le pasa. Está siempre metida en un perpetuo cinturón de castidad. Emocionalmente. Y Lowell no la puede sacar de ahí, si es que quiere. No puede sentir las heridas que importan, solo las insignificantes. Lo sabe todo sobre el orgullo... y sobre las apariencias... y conoce toda la aflicción de estar sola. Es introvertida. Es Zoe, no Lowell. Me apostaría algo a que nunca le ha golpeado con rabia apasionada, ni le ha dejado señales de mordiscos de amor... ni... —Se puso sobre la espalda mientras Ben la hacía callar con su lengua indagante y le hacía el amor lenta y expertamente—. Ni ha tenido un orgasmo —dijo luego, soñolienta.

La fotografía de la «chica» era excelente: grande, clara y con todas las calidades de un retrato de primera. No se le ocurrió a Lowell pedir el retrato original. No sabía nada del proceso de ampliación y supuso que se habría estropeado inevitablemente. Una pena, pero aquella hermosa imagen frente a él le compensaba con creces su pérdida. Leeson, por su parte, tuvo cuidado en no mencionarla. Lowell había dicho que no quería dejársela a nadie, pero él no le había prometido no hacerlo. Aquella mujer, aquella chica, quienquiera que fuese, no había ido por la vida hacía un siglo sin dejar unas interesantes huellas. Era un presentimiento, podía equivocarse, pero Leeson tenía una sensación creciente de que una búsqueda a través de los periódicos de la época podría revelar su identidad. Si así era, podría decirle su nombre a Lowell. Había visto a novios atontados mirando retratos de sus novias con la misma expresión que tenía Lowell en aquel momento. Era algo más que una valoración artística. Era sorprendente y hasta cierto punto desconcertante. Parecía obsesionado.

—Es maravilloso. Parece viva —dijo Lowell despacio—. Has hecho un trabajo buenísimo. Podría estar aquí en esta habitación con nosotros.

Pero no lo está, pensó Leeson. Ella es lo que sus contemporáneos Victorianos llamarían unos restos mortales, un esqueleto. Está muerta, amigo mío, muerta.

Le preguntó a Lowell si tenía tiempo de ir con él a tomar algo.

Lowell le dijo que no; tenía trabajo que hacer en la casa.

Aquel miércoles no fue a casa. Zoe había estado rencorosamente

callada casi todo el fin de semana por su breve visita de la semana anterior. Ir y volver sin haber esperado para verla había sido insultante, le había dicho. Seguramente así era, y él no había intentado defenderse; en lugar de eso le había comprado un frasco de su perfume preferido y se lo había dejado sobre el tocador después de que se hubiese ido a trabajar el lunes por la mañana. Había sido imposible dárselo en mano. Hubiese parecido un San Bernardo llegando con una botella de coñac con varios días de retraso. Sería mejor que ella lo encontrase y le dijese a la casa vacía que (a) él no podía pagarlo, (b) no la iba a apaciguar así, y (c) ¿qué significaba aquel gesto? Quizás el siguiente fin de semana estaría de mejor humor. Lo dudaba, pero empezaba a no importarle.

Había clavado el tablero de corcho en la pared frente a su cama, a punto para recibir la fotografía ampliada y la enganchó cuidadosamente con chinchetas. Leeson le había sugerido que la enmarcara, pero él no quiso. Encerrar a la «chica» en oro o plata sería como dibujar un círculo de tiza alrededor de una mujer viva y decirle que permaneciese dentro de él. Una idea loca que se guardó para sí. Ella necesitaba poder acceder a su cama, a sus sueños, a su imaginación erótica.

Ella. La «chica». ¿Quién?, ¿Anna?, ¿Esther?, ¿Harriet?, ¿Charlotte? Ninguno de aquellos nombres le iba.

Se preguntó de qué color tenía los ojos. ¿Castaños?, ¿verdes? Calculadores, como los de Zoe, con las cejas, finamente arqueadas, le llamaban para que se encontrase con su mirada. El cuello de su vestido estaba ribeteado de encaje y cortado recatadamente alto, pero se ajustaba sobre el pecho. Un cinturón de piel rodeaba su talle, o quizás el cinturón estaba hecho de tela gruesa; era difícil de decir. Un camafeo en el cuello completaba la ornamentación de la época. Se la imaginó vestida de rojo. Y luego, se la imaginó vestida de nada. El suave desnudo de una encantadora criatura.

Una mujer que había ido a casa. Aquella era la casa de ella. La casa de Marshall. La casa de él.

Ahora, cuando soñaba por las noches, Lowell soñaba constantemente con ella. A veces sensualmente, a veces tranquilamente, como si hiciera mucho que fuesen amantes y hubiesen alcanzado la satisfacción. Y cuando se despertaba por la mañana ella estaba allí, con la mirada burlona, y con sus suaves y

carnosos labios medio sonrientes.

Había veces en las que se reprendía a sí mismo por actuar como un adolescente, excitado sexualmente por una fotografía clavada en la pared. Para un hombre experto de su edad era una aberración. Lo sabía y no le importaba. Había habido otras mujeres en su vida antes que Zoe, y distintos grados de placer sexual. Zoe era virgen cuando se casó con ella y él la había iniciado amorosamente. El amor, pensó, lo había puesto todo él.

Y con esta, con la «chica», todo lo ponía él. La interpretación de un solo. Una alucinación durante un período de privación.

Era la voz de la razón, pero no quiso creerla. Ella estaba dentro de él, a su alrededor, a un paso, un olor de piel cálida, una mano en la suya. Los ojos de ella denotaban comprensión de su necesidad. No podían, pero lo hacían. Él le hablaba y ella le respondía en su cabeza, diciéndole lo que él necesitaba que le dijeran. Con ella él se sentía completo, lleno de confianza, capaz de cualquier cosa.

La urgencia de componer música había estado latente durante un tiempo, pero ahora, en su presencia, se había despertado. Emborronó unos cuantos compases de un nocturno y lo silbó quedamente, probando su musicalidad, y le gustó. Era para ella. Un comienzo de algo que quizás valiese la pena. Excitado, encantado de estar trabajando en algo que le gustaba, no quiso dejar la composición cuando llegó el fin de semana.

Llamó a su casa desde una cabina del pueblo. Había letreros en las paredes, un corazón tocado por una flecha, una unión de nombres. El aire estaba viciado y dejó la puerta abierta apuntalándola con un listín manoseado.

Zoe estaba escuchando las noticias de la tarde cuando sonó el teléfono. El mundo real era lo suficientemente malo, pensó, mientras escuchaba las excusas de Lowell para no ir a casa, pero su tentativa de retirarse al mundo de la música era peor. ¿Cómo podía componer sin un piano? Él era un instrumentista, no un compositor. Lo sabía, le dijo él pacientemente, pero tenía una cierta habilidad y lo que estaba componiendo no era basura. Pues escríbelo en casa, le dijo ella no sin razón, y pruébalo en el Bechstein. Lo haría, se lo prometía, pero no aquel fin de semana. Necesitaba quedarse allí, donde la atmósfera era adecuada, y seguir con ello.

—Si necesitas seguir con algo —le regañó—, entonces sigue

mejorando la casa, haz que se pueda vender, para eso estás ahí, ¿no es así?, ¿no es así? —repitió, medio llorando.

Él le dijo fríamente que su pequeño cambio estaba casi acabado.
—Tengo que colgar.

Ella le preguntó por el número de la cabina para poderle llamar.
—Tenemos que hablar.

¡Oh, no!, pensó. ¡Oh no, Zoe! Ya hemos hablado demasiado. Y durante demasiado tiempo. Y de forma excesivamente destructiva. Hizo ver que no le había oído y colgó el teléfono.

Como siempre, el contacto con ella le alteró y en lugar de volver directamente a la casa intentó quitarse el malhumor andando. La tarde era suave y los trigales tenían un brillo dorado como el de la seda. Cogió el camino hacia el oeste de la casa y se dirigió hacia los bosquecillos de árboles, más allá de los campos del ganado *Charolais*. Un toro vagaba entre el ganado, una enorme criatura blanca de recios lomos. Quedándose en el lado seguro del muro, siguió subiendo hasta que vio la finca al otro lado de la colina. Tenía la apariencia de un antiguo priorato, un bonito edificio de piedra de Cotswold y mucho más antiguo que las cuadras y los establos que lo rodeaban. Lo admiró sin codiciarlo. Una casa agradable en un paisaje agradable. Impersonal.

Su propia casa, aún más empequeñecida por la distancia, se veía achaparrada y escuálida. Fea, y sin embargo acogedora. Quizás en tiempos de «ella» habría sido mejor. El jardín habría estado cuidado; ella podría haber sembrado la madreselva que subía exuberante por toda la pared. Era desconcertante colocarla en el pasado al que pertenecía. Culpó a Zoe. Zoe decía: «Este es el mundo tal como es ahora. ¡Míralo!». Y por un momento lo miró.

Volvió sobre sus pasos. La furgoneta, claramente visible desde allí, se acurrucaba a lo lejos cerca del camino, como un monstruoso escarabajo amarillo. La furgoneta que tanto disgustaba a Zoe. Su disgusto echaba un velo sobre todas las cosas. Le sacó la música de la cabeza y cegó sus ojos para ver a la «chica» hasta que pudo mirarla de nuevo como lo había hecho antes de la llamada telefónica. La magia era frágil y se rompía fácilmente. Era más prudente romper el suelo.

Cavó durante una hora o más, limpiando de malas hierbas un pedazo de jardín. La tierra estaba blanda y era fácil trabajar. Un

cultivo desconocido había sido plantado allí, y no hacía tanto tiempo. Se preguntó qué era y quién se habría molestado en plantarlo. Más tarde, justo cuando empezaba a cansarse, dio en un terreno más duro y estaba a punto de dejarlo cuando la pala echó fuera un fragmento de piedra labrada. Lo recogió y le quitó la tierra; el dibujo de la llave, entrelazada por hojas de vid, le era familiar. Sintió una oleada de excitación.

La tarde empezaba a oscurecer y tuvo que llevarse dentro la piedra y encender la lámpara de la habitación antes de poder hacer la comparación. Y después estuvo seguro. Era parte de la urna sobre la que la «chica» apoyaba la mano. Si hubiese necesitado alguna prueba de que ella había vivido allí alguna vez, ahora la tenía. Todos los pensamientos sobre Zoe salieron de su cabeza. Esta era su realidad. La tocó con los dedos, como ella lo hacía en la foto. Si hubiese más, enterrada en el jardín, podría ser capaz de reconstruirla, sería un trabajo agradable, el juntar pacientemente algo que ella había tocado. Con euforia, levantó la lámpara y le sonrió.

4

UTILIZA EL FIN DE SEMANA de forma positiva, se dijo Zoe. No te sientes ni dejes que Lowell te haga esto. Haz un buen uso de su ausencia. Ahora tienes la oportunidad de ver a *sir* Howard. Él le encontró un trabajo anteriormente. Le encontrará otro. Utiliza tu sentido común. Muévete.

Era un brillante y ventoso sábado por la mañana y el camino hasta la casa de campo de *sir* Howard en Worcestershire era agradable. Zoe llegó sin haber llamado previamente por teléfono: era mejor arriesgarse a que estuviese fuera que darle la oportunidad de mentir, y encontró a la familia almorzando. La invitaron, pero rehusó; había tomado algo por el camino. Aceptó el café.

Sir Howard, notando el ambiente tenso, le sugirió añadir un poco de Cointreau... ¿o prefería *whisky*? La llamaba «querida» con su marcado acento de Midland y ella se encontraba a gusto con él.

Él no se sentía totalmente cómodo con ella. Aquella mujer joven con el pelo rizado y expresión resuelta no estaba allí de visita. Quería verle para hablar de Lowell... otra vez.

Su mujer también lo suponía. Se retiraría discretamente después de una segunda taza de café. Un momento después, murmurando una vaga excusa, les dejó.

—¿Cómo está Lowell? —preguntó Howard— y se sentó a escuchar mientras ella se lo contaba.

Presintiendo que él podría ya saber la verdad, Zoe no se molestó en envolverlo en una sarta de excusas. A Lowell no le había gustado su trabajo. No iba con su temperamento. Se había despedido. Desde

entonces había pasado el tiempo renovando una propiedad que le habían dejado. Quizás él estaba enterado de lo de la casa...

Sí, lo había oído.

Mary Marshall estaba emparentada con la familia del marido de su hermana, pero aparte de eso, él no sabía mucho de ella.

—Creo que se ganaba la vida vendiendo hierbas.

Zoe hizo una descripción del estado de la casa.

—Con el tiempo, cuando Lowell la haya mejorado, la venderemos. Pero no por mucho. Es la perspectiva de su largo desempleo lo que me preocupa. No es bueno para él emocionalmente. Y, desde luego, necesitamos el dinero.

Por si él pudiera pensar que había ido a que le hicieran un préstamo, rápidamente siguió diciendo:

—Mi sueldo es adecuado, aunque nuestro nivel de vida ha bajado. Es el futuro lo que me preocupa. Las cosas no pueden seguir así.

No pueden seguir así ¿para quién?, se preguntó Howard. Aquella mujer joven tan segura se había casado con su sobrino cuando su carrera estaba en el cénit. Normalmente Lowell hubiese permanecido en la cumbre de su carrera musical durante mucho tiempo y hubiesen vivido juntos ricamente, en todos los sentidos del término. El fracaso era empobrecedor, en todos los sentidos. La corona del éxito les había sido brutalmente arrebatada y se necesitaría un buen matrimonio para superar su pérdida.

—¿Le quieres? —le preguntó bruscamente.

La pregunta, procedente de aquel hombre grande y franco de ojillos astutos, era sorprendente y embarazosa. Zoe miró más allá de donde él estaba, al extenso césped que se veía tras la puerta de dos hojas.

—Pues claro.

No supo si creerla o no. Lowell era como había sido su padre: emocionalmente inestable, difícil. Había heredado su habilidad musical de su madre, la hermana de Howard. El matrimonio de Ann en la familia Marshall había terminado con su carrera musical. En aquellos tiempos una mujer se quedaba en casa. Si había habido un trauma, nadie lo sabía. En el mundo actual Lowell enseñaba sus heridas. Podía enseñarlas.

—Como sabes —dijo— moví unos cuantos hilos y le conseguí a

Lowell el trabajo en la compañía de pianos. —Sonrió irónicamente recordando el ácido comentario de Peterson: Un acto de sabotaje. La próxima vez descárgale sobre tus enemigos. Te garantizo que él los hará quebrar para ti.

—Espero —admitió Zoe— que mueva usted de nuevo unos cuantos hilos.

Le hizo notar que había mucho paro y que Lowell solo estaba especializado en un trabajo que ya no podía hacer.

—Creo que Lowell estaría dispuesto a considerar cualquier cosa ahora. Con preferencia algo de ejecutivo.

—El nepotismo —le replicó Howard secamente— solo es excusable si fomenta el negocio familiar —Vio la expresión de ella, se apiadó, e intentó ser constructivo—. Si hiciera un cursillo de empresa, se familiarizase con las computadoras, por ejemplo, podría encontrarle un hueco en una de mis oficinas. Sin eso, tendría que ser un empleado más en la fábrica de conservas.

Se quedó silenciosa.

Muda, supuso, de desdicha.

Se esforzaría; al fin y al cabo, estaba casada con el hijo de Ann. Si Ann estuviese viva, esperaría que él hiciera algo más.

—Hay una pequeña filial de mi empresa en Gloucester —le dijo—. El gerente podría probarle durante un tiempo prudencial, y Lowell podría tomarse un día de permiso para hacer un curso de empresariado. Le abriría muchas puertas.

Le dijo que iría a por la dirección y el número de teléfono a su despacho y que se sirviera más café.

En los cinco minutos que le llevó el conseguir la información pensó en algo aún mejor. Al negocio de Hong Kong le quedaba un tiempo limitado, arriesgarse a que metiera la pata no importaría. Podría aguantar a un pasajero.

—Otra alternativa —le dijo a Zoe cuando volvió— sería que Lowell se fuese al extranjero.

Le explicó la situación, pero con cierto tacto.

—Es una experiencia corta, pero valiosa. Dos o tres años fuera de la base podrían mejorar sus perspectivas, ayudarle a amoldarse.

Su mano temblaba al dejar la taza de café.

—Eso no me parece conveniente. No quiero perderle.

—Tú también podrías ir.

—Soy una mujer con una profesión —observó con tirantez—. No puedo dejar la odontología, así, de ese modo.

Entonces dile a Lowell que se ponga en contacto con Stephenson en la oficina de Gloucester dentro de un par de semanas —Le dio su tarjeta de la empresa—. Tendré que escribirle unas líneas antes de que Lowell solicite el puesto. A ver si puede inventar un cargo que suene verosímil y que no parezca abiertamente falso.

Esperaba provocar una sonrisa, pero su expresión era amarga.

—No tiene nada válido que ofrecer.

—Excepto brillantez musical —le recordó Howard—. Aún está allí en su mente. Solo que sus manos no pueden interpretarla.

—Nada que tenga un valor práctico —insistió Zoe.

—Bueno, no todos podemos ser dentistas —respondió Howard secamente, perdiendo temporalmente la paciencia.

Por primera vez sintió algo de simpatía por su sobrino. Aquella mujer tenía agallas y energía y a la larga conseguiría meter en algo a su marido, como si fuera un sargento mayor, pero ¿por quién lo estaba haciendo?

—Anímate, querida —le dijo con energía—. La vida solo puede mejorar.

—Tiene que mejorar —dijo Zoe sombríamente.

¿No le quedaba, se preguntó *sir* Howard, ninguna alegría dentro, en alguna parte?

Para Lowell era difícil recordar en qué día de la semana estaba. Especialmente porque prefería no acordarse. Con la «chica» en su pared, presidiendo la casa durante el día, llenando sus sueños por la noche, el sábado, todo el fin de semana, se convirtió en algo inoportuno, que era mejor ignorar. Simplemente, había parado el reloj y vivía como sus antepasados, guiándose por el sol. No se le ocurrió que su terapia curativa fuese rara. Funcionaba. Se sentía maravillosamente y solo eso le importaba.

Vivía de comida empaquetada y enlatada y de leche en polvo. Al final tendría que ir al pueblo a comprar, pero aún no. Aquí en su casa y en el jardín había paz. Su nocturno iba creciendo lentamente como una planta tierna. Era para su mujer de noche. Para su mujer de día cavaba el jardín buscando fragmentos de urna, pero no pudo encontrar ninguno. No importaba. El aire era tan claro como el sonido de las campanas. Había música en él. Se dedicaba a sí mismo

muchas sonrisas y no tenía que esconderlas poniendo una mano ante sus labios; allí no había nadie que se burlase de su mansa locura, si es que lo era. Y había dejado de cuestionar la posibilidad.

Cuando Zoe llegó a la casa el sábado por la tarde le encontró removiendo un montón de piedras y examinándolas con atención como si estuviese en una excavación arqueológica. Había limpiado de maleza un gran trozo y la había amontonado, probablemente para quemarla en algún momento. Así que estaba trabajando... a su manera. Era un día caluroso e iba desnudo hasta la cintura, con la piel roja por el sol y acalorado. Parecía un peón. Quizás podría ocupar un puesto en una línea de montaje después de todo... engrasar robots. ¿Por qué no?

Su furia, sombría y contenida, hizo aparecer el cuadro y sintió satisfacción. ¿Cómo se atrevía a no ir a casa? ¿Cómo se atrevía a no telefonarla siquiera?

—Así que no estás enfermo —dijo mordaz.

No la había oído acercarse y su voz aguda y entrecortada le sobresaltó. Se volvió rápidamente y la miró. Estaba de pie, a la puerta del jardín donde la fucsia dejaba caer pétalos como hojas sobre sus zapatos grises de tacón alto. Como gotas de sangre, pensó.

—¿Enfermo? —dijo extrañado. ¿Por qué tendría que estar enfermo?

—No has ido a casa. Estaba preocupada por ti. —Y me has puesto en ridículo, le acusó mentalmente. Louise ha preguntado por ti y no he sabido qué decirle.

—¿Así que es sábado? —Lowell dejó la pala y se dirigió hacia ella—. ¡Cielos!, no me he dado cuenta.

El deber requería un beso. No se sentía obediente. Ella se apartó de él antes de que pudiera tocarla.

Se adelantó hacia la casa que aún estaba tan sucia como la recordaba. ¿Qué le había estado haciendo a la casa, si es que había hecho algo? Había un olor a decadencia, dulzón y polvoriento. Una débil luz solar llenaba la habitación sin calentarla. Se puso a temblar.

Él se dio cuenta.

—No puedes tener frío. No hace —Y luego—: ¿Quieres que te encienda el fuego?

—No. No nos quedamos.

Él hizo caso omiso. Primero cálmala. Haz tu declaración de intenciones después. No iba a volver con ella.

La miró mientras rondaba por la habitación, como un gato, con su elegante traje gris y la blusa a juego. El pañuelo que llevaba anudado, de un tono azul pálido, debería llevar un cascabel, pensó. ¡Ta chan!... Te estoy rodeando, cúbrete.

Ella vio el libro de Keats sobre el alféizar de la ventana y lo manoseó desdeñosamente.

—Así que estás leyendo poesía...

Mea culpa. Es la peor forma de pornografía. Se tragó el sarcasmo, porque no quería provocarla. Había estado buscando en Keats un nombre para la «chica», pero no había encontrado nada apropiado.

—Y esta, supongo, debe de ser tu composición musical...

Lowell se puso tenso. Había dejado el manuscrito sobre la mesa y no quería que lo tocara.

—Es solo el principio de algo.

Se lo cogió y lo puso en el cajón de la mesa.

—De algo que puedes terminar en casa.

—No.

—¿Qué quieres decir con ese «no»?

—Que puedo terminarlo aquí.

—¿Sin un piano?

—Tengo la música en mi cabeza.

Y no tienes nada más, pensó. Su tío había hablado de brillantez musical, pero ¿para qué servía eso ahora?

Su camisa era un montón arrugado sobre la silla y la cogió para ponérsela. Ella había llevado la frialdad a la habitación.

Vio manchas de grasa en los puños.

—Si quieres coger tus camisas, cualquier cosa que haya que lavar, nos las podemos llevar.

—Yo me hago mi propia colada aquí, quizás no expertamente, pero bastante bien.

Se sentó en la silla frente al hogar, sin mirarla deliberadamente.

Ella cogió una silla frente a él.

—Siempre has llevado tu ropa a lavar a casa.

Él no respondió.

Ella insistió:

—Aparte el último fin de semana, que no viniste.

Él permaneció en silencio.

—Esta noche, Ben y Louise nos han invitado a cenar.

—Estupendo. Así tendrás compañía.

Zoe se sentía como si estuviese jugando a póker con las cartas equivocadas. Era una mano que no sabía cómo jugar.

—¿Estás intentando decirme que no vienes a casa?

—Exacto.

Era brusco, poco amable, y deseó que le importase, pero no podía.

Se preparó para resistir el dolor, pero la ira era más fuerte que la herida. No debía dejarse llevar por ella.

—Así que la casa se ha convertido en un trabajo a tiempo completo, incluidos los fines de semana —Eché un vistazo a la habitación—. Ya veo que has puesto corcho por aquí... ¿para qué? ¿Para acordarte de todo el trabajo que queda por hacer?

Era para la «chica», para cuando estaba componiendo. Luego, cuando Zoe se hubiese marchado, la quitaría de la pared del dormitorio y la pincharía aquí. Juntos hacían música.

Se encogió de hombros ante la malignidad de Zoe y no respondió.

—Supongo que era para eso para lo que necesitabas la lezna aquel miércoles que viniste a casa —dijo—. Deberías comprarte tus propias herramientas con el dinero que sacaste del Volvo... para eso lo vendiste, ¿no?, para poder arreglar esta casa. Y, por cierto, la ventanilla lateral de tu furgoneta está rota. Es un milagro que no esté totalmente destrozada ya. ¿No ves lo ridículo que es todo esto? ¿Por qué no pones la casa en venta tal como está? Nunca la vas a arreglar, y lo sabes.

—No la venderé nunca —dijo Lowell.

Le había dicho lo que había temido que le diría... una verdad a la que se había resistido enérgicamente en su mente. Claro que no iba a volver a casa. La dejaba. Se deshacía de ella. Para siempre.

No debía suceder. No dejaría que sucediera. Un marido preocupado aún era mejor que ninguno. Tenía que hacer que él le viera sentido.

Sintió la garganta seca por los nervios y pasó un momento antes de que pudiese hablar. Hizo ver que no le entendía.

—Aunque finalmente es probable que se venda, no será fácil.

—Es mía. Me la quedo.

—No puede gustarte.

—Pero me gusta.

Era mejor no discutir. Si uno estuviese en aguas profundas y ahogándose, no abriría la boca para respirar hasta salir a la superficie.

Se extrañó de su silencio, de su calma aparente. ¿La había juzgado mal? Cuando ella habló de nuevo vio que no.

Su ataque vino de una dirección inesperada. Había ido a ver a su tío, le dijo, y *sir* Howard creía que podría ayudarle.

—¿Ayudarme?

—A encontrarte un trabajo.

Su bolso estaba en el suelo, a sus pies. Se agachó, lo abrió y le dio la dirección de la firma de Gloucester.

Sería un comienzo, le insistió. Él tenía las relaciones apropiadas. Su tío miraría que todo le fuese bien... con el tiempo. Todo lo que tenía que hacer era su papel. Hacer un curso de dirección de empresas no sería difícil para él. Después de todo, había ido a la universidad. Era cierto, los estudios habían sido musicales y no tenían relación con nada más, pero eso no importaría. Montones de hombres de negocios tenían títulos en materias que no guardaban relación. Todo lo que necesitaba era la voluntad de seguir con ello. Bristol hubiese sido mejor que Gloucester, pero no había razón por la que no pudiesen vender la casa de Bristol y comprar algo a medio camino de los dos. En el campo.

Podrían viajar los dos. A ella no le importaba. Todo lo que importaba era que él prosperase, que volviese a asumir las responsabilidades de un hombre. Hacer el tonto por allí le estaba castrando. No le hacía ningún bien. No podía quedarse en aquella horrible casa para siempre. Corrompía, era aciaga y horrible. Algunas casas daban una buena sensación. Esta no. Había algo malo allí, o lo había habido hacía mucho tiempo. Era la casa de una mujer mayor. La casa de una vieja. Incluso olía a ella. ¡Olía condenadamente mal!

Él le devolvió la dirección de Gloucester y empezó a reír. ¡Cómo se equivocaba!

—Ven conmigo —la cogió por el brazo—. Quiero enseñarte algo.

Ella se soltó el brazo, pero le siguió al dormitorio.

Si una mujer hubiese estado desnuda en su cama, se hubiera sorprendido menos. La situación hubiese sido natural, más fácil de abordar.

—Aquí está tu vieja —le dijo—. Guapa, ¿verdad?

Y lo era.

Zoe se quedó muda frente a la foto y Lowell miró a las dos mujeres como si ambas estuviesen vivas. Ella notó que la comparaba con la «chica» y su carne se le heló, sin vida, como si su sangre estuviese siendo transfundida a la otra.

Está loco, pensó. Pero la explicación era demasiado sencilla. Había algo poderoso allí... algo que podía sentir, pero no entender. Él estaba enamorado de una mujer victoriana muerta. Y la mujer lo sabía.

Y si ella, Zoe, podía creer aquello, era que también estaba loca.

Se resistió a aquel pensamiento y se esforzó en hablar con naturalidad.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero creo que vivió aquí anteriormente.

Luego le habló de la urna.

Recordó el montón de piedras que había desenterrado. No había sido celo jardinero. Su celo, su entusiasmo, se centraba en «ella».

Le dijo que tenía frío, que un poco de té le vendría bien. Mientras lo hacía, recogería la ropa que tuviese para lavar y él podría ir a buscarla el fin de semana siguiente.

Su reacción aparentemente moderada hacia la «chica» hizo que bajase la guardia. Si insistía en recoger su ropa no había por qué hacer de ello una cuestión. Era probablemente un cebo para hacerle volver a casa. Le dijo que podría haber un par de camisas sucias en el armario.

Ella las cogió y las puso sobre la cama, luego, cuando le oyó bombear el agua para la tetera desenganchó a la «chica» de la pared.

Le llevó cinco minutos hacer el té. Lo hizo fuerte y dulce y lo vertió en dos jarras de loza. Cuando fue a la salita, su esposa estaba de pie junto a la mesa, con las camisas sobre el brazo.

—Lo siento —dijo con voz apenas audible— pero he tenido que hacerlo... por tu bien.

¿Se sentían los verdugos como se sentía ella?, se preguntó. Se recordó a sí misma que había destruido una fotografía, no a un ser vivo. Pero no se lo podía creer.

Los trozos estaban sobre la mesa. Había puesto especial cuidado en romper los ojos en fragmentos diminutos.

Y luego miró a Lowell, sintiendo miedo de repente. Tenía una jarra de té en cada mano y las sostenía con fuerza... o ellas le sostenían a él, maniatándole para evitar la violencia. Dejó caer una y el líquido caliente salpicó el suelo y luego dejó ir la otra y se rompió contra la mesa y se hizo añicos. Cogió una de las macetas y la sostuvo, con una mano como una garra y rígida de cólera.

Se dio cuenta de que era capaz de matarla. De que si no se iba rápidamente lo haría.

Con torpeza por el terror, fue tropezando hacia la puerta.

5

FUE EL ATAQUE de artritis lo que obligó a Lowell a visitar a Ben. Aparcó su furgoneta delante del centro de salud y luego siguió el procedimiento debido en la recepción. La recepcionista, recordándole de la última vez en la que se había saltado la cola, le dijo que el doctor Sprackman estaba ocupado, pero que podría darle hora para el final de la mañana. Telefonaría y vería.

—Me la dará —dijo Lowell y apoyó sus manos sobre el saliente de la ventanilla de la recepcionista. Ella las vio. Todos los pacientes estaban enfermos en distintos grados, y la necesidad de este hombre no era mayor que la de otro, pensó. Por eso se sorprendió cuando el doctor le dijo que le vería inmediatamente.

—¿Qué demonios ha estado pasando? —preguntó Ben cuando Lowell entró.

Hacía más de quince días que Zoe había vuelto de su visita a la casa. Cuando ella y Lowell no se presentaron a cenar, Louise fue a ver qué sucedía. La puerta de atrás estaba abierta y había encontrado a Zoe en la sala mirando fijamente un concurso de televisión, claramente sin oírlo ni verlo. Llevaba la falda manchada. La historia que le había contado a Louise no estaba entera, algo de una fotografía rota y jarras de té hechas añicos.

—Y debe de haber sucedido mucho más —le había dicho Louise a Ben—. Está sobresaltada... como enferma, quiero decir.

—¿Pasando? —Lowell cogió la silla cercana a la mesa—. Nada que pueda interesarle a nadie, excepto a ti, profesionalmente. Mira.

Su frialdad provenía de la desesperación. La imagen mental de

asesinato era repugnantemente real, pero no podía ser expresada. Peterson estaba vivo. Zoe estaba viva. Daba las gracias por ello. Dejemos que Ben cure lo que pueda, o lo que no pueda, ser capaz de curar: un ataque de artritis. Con el resto, tendría que arreglárselas solo.

Ben, sorprendido y un poco ofendido porque lo colocasen al otro lado de la valla, palpó las inflamadas articulaciones y preguntó cuándo había empezado el dolor.

—Hace un par de semanas.

Cuando tuvo el problema con Zoe aproximadamente, pensó Ben. Probablemente fuese una coincidencia, pero quizás no.

—¿Por qué no viniste a verme antes... a casa?

—Creí que pasaría. Y tu casa está demasiado cerca de la mía.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no quiero ver a Zoe, ni por casualidad, ni a propósito.

—¿Por qué no?

Porque tengo miedo de mi reacción, y si te digo esto, querrás que te lo explique, y si lo hago, no te lo creerás.

Se quedó callado.

—Todas las familias tienen disputas —dijo Ben anticipándose—. Louise y yo a veces nos hemos tirado cosas..., bueno, ella las ha tirado. Los nervios se ponen tensos. Adora a los niños, pero hay veces que los encuentra fatigantes. Y luego yo vuelvo a casa cansado y nervioso de batallar con la profesión y tenemos roces. Y luego viene la disputa. Normalmente lo arreglamos en la cama. El sexo es una gran panacea.

Ben recordó lo que Louise había dicho sobre la frigidez de Zoe. Una conjetura, por supuesto, pero podría tener razón. Quizás el sexo era la causa más que el remedio en este caso. ¿Y hasta qué punto era normal la energía sexual de Lowell?

Decidió pasar a un terreno más seguro.

—Tu mujer me ha dicho que estás trabajando en una composición musical.

La precisa descripción de Zoe, dicha como una excusa para la ausencia de Lowell, estaba clara en su mente.

—Lo estaba.

Desde que la «chica» había sido destruida había dejado de lado el manuscrito y no podía soportar mirarlo. El nocturno había sido

para «ella». Ahora las noches eran oscuras y espantosas por el insomnio. «Ella» ya no le hablaba en su cabeza. Él ya no soñaba con «ella». El exorcismo era completo.

El tiempo pasado no sorprendió a Ben. Con las articulaciones deformadas y doloridas sería difícil sostener un lápiz. Le dijo que le daría unas tabletas y escribió la receta.

—Ya las has tomado antes y funcionaron. Si esta vez no te van bien, te daré algo más. Esta enfermedad es así, tiene períodos de remisión y de recaída.

Luego hizo una revisión general a Lowell y no encontró nada nuevo, aparte el hecho de que había perdido algo de peso. Le advirtió que comiese bien, pero se abstuvo de decirle que fuese a su casa donde su esposa le cuidaría de la misma manera que lo había hecho desde el día que se casaron. No se le ocurrió preguntarle si bebía más de lo acostumbrado. Como muchos médicos, Ben consumía mucho alcohol. Más que Lowell. El que las posiciones se hubiesen cambiado le hubiera sorprendido.

Era difícil dejar que un viejo amigo saliera del consultorio después de no haber conseguido ninguna clase de contacto personal con él y, a riesgo de meterse en una zona susceptible, tuvo que decirle:

—Tanto Louise como yo estamos preocupados por ti y por Zoe. Si hay algo que podamos hacer para ayudarlos, lo haremos encantados.

Lowell evitó mirarle y en su lugar, miró fijamente el entretejido papel amarillo de la pared. Era inadecuado para el consultorio de un médico. Y también lo eran el informal traje gris de franela de Ben y la corbata roja. La sensación de comodidad era falsa y se sentía incómodo allí. Una visita profesional debería tener lugar en una habitación blanca y anónima como una celda, presidida por un extraño con bata blanca. La cirugía a corazón abierto sería llevada a cabo decentemente en el lugar adecuado y con el consentimiento del paciente.

Contestó secamente que Zoe y él llevaban sus asuntos... de forma adecuada. Y luego murmuró un educado:

—Gracias por preocuparte.

Ben le recordó que comprase las tabletas.

—Y cuando las hayas terminado, ven a verme. O, si es necesario,

yo iré a la casa.

Había pensado preguntarle si tenía algún recado para Zoe, pero decidió no hacerlo. Lowell ya se había distanciado como un extraño que se alejase montaña arriba.

Ben intentó explicárselo después a Louise.

—Se quedó al pie de la puerta, antes de irse, y me miró como si apenas me conociera. Había venido a por sus tabletas, las consiguió, y eso fue todo. No tenía demasiado trabajo, le podría haber sugerido que fuésemos a comer a un bar, pero no lo hice. No habría querido que lo hiciese y las excusas hubiesen sido violentas para ambos. Dejando aparte la recidiva de la artritis, no sé qué demonios le pasa. Pero algo le pasa.

—Y a Zoe —dijo Louise—. No quiere que vuelva a casa nunca más —dijo vacilante—. Y no creo que sea por ningún motivo estúpido, como orgullo herido. Creo que le tiene miedo.

De vuelta a la casa Lowell se paró en un establecimiento autorizado y compró un par de botellas de *whisky* escocés. Tenía la intención de emborracharse. El establecimiento, que también hacía las veces de tienda de comestibles, vendía pan. Hacía tiempo que no comía pan fresco y escogió un par de panes crujientes y muy hechos, aunque no pensaba que la necesidad de comer fuese un signo de curación. Antigualmente los prisioneros condenados desayunaban antes de subir al patíbulo. La naturaleza empujaba al hábito.

La casa, a pesar de la pérdida de la «chica», aún le atraía. Era una guarida conocida. No quería estar en ningún otro lugar. Era lo bastante racional como para saber que estaba en un profundo estado depresivo, y que la causa no resistiría un examen. La «chica», en la siempre racional opinión del mundo exterior, era solo la imagen descolorida de una mujer muerta. Había perdido un trozo de cartulina traducido en un sueño, nada más.

Había matado a su mujer, mentalmente, nada más. Así pues, sal del pozo y alégrate. Nada está mal. Todo es trivial.

Se sirvió un buen trago de *whisky* solo, con la intención de brindar por el hecho.

Y siguió bebiendo durante mucho rato.

Por la noche el toro *Charolais* se soltó y avanzó pesadamente por los campos. Montó a una vaca Jersey de un rebaño vecino, un

animal demasiado pequeño para parir un ternero, y más tarde siguió saqueando el jardín de la casa. Lowell, que se había despertado algo después de las tres, oyó abajo un animal y creyó que lo había imaginado. Las tabletas y el alcohol le estaban proporcionando el mejor sueño que había tenido durante días y necesitaba más. Se puso la almohada sobre la cabeza, se tumbó de lado y se relajó de nuevo en la oscuridad.

Mientras tanto el toro siguió vagando hasta que lo capturaron un par de granjeros por la mañana.

Era un caso de negligencia.

Craddock, el vaquero, lo sabía. Y también lo sabía Rose Ballater, la hija mayor del ganadero. Se quedaron de pie, enfrentándose, en el corral.

—Es tu toro —dijo Craddock irritado—. Se lo dices tú al Coronel.

—Y tu trabajo es encerrar al animal por la noche —apuntó Rose—. Yo solo lo llevo al campo de vez en cuando.

—Como un condenado perro —protestó Craddock.

—Por el pelo rizado y por la docilidad —convino Rose—, pero aquí se acaba el parecido.

Craddock no creía que la criatura fuese dócil. Obedecía a aquella chica de diecisiete años de aspecto frágil de una forma extraña, pero no a él. Le trataba con cautela y con respeto.

—Nos partiremos la responsabilidad —sugirió Rose—. Tú le dirás al abuelo lo de la vaquilla... o vaquillas... un tema delicado. Yo le contaré a Marshall lo de la pared.

Craddock la divertía tanto como ella le irritaba a él. Era bajito, patizambo y tenía casi la edad de su abuelo. Llevaba anticuadas camisas a rayas sin cuello y bombachos de dril de algodón. Se limpiaba con frecuencia la nariz con un pañuelo color caqui que parecía del ejército. En un pasado lejano había sido ordenanza de su abuelo y utilizaba el grado militar por costumbre.

Ahora, cansado y de mal humor después de haber estado tirando del animal, miró a la chica con intensa antipatía. No tenía ganas de recibir órdenes suyas. Su toro se había desmandado y ella le había echado la culpa a él. Su abuelo también le culparía. Pensó de nuevo en la situación y convino en que ambos podían tener razón. El toro era el animal preferido de ella, un animal peligroso, pero era

responsabilidad suya.

—Muy bien —dijo brevemente.

La muchacha le vio atravesar con dificultad el corral hacia la alquería y luego emprendió el camino hacia la casa. Aquel encuentro, intuyó, era inevitable. Aunque el toro no hubiese tirado la pared, habría sucedido. En las distintas ocasiones en las que había entrado en la casa en ausencia del señor Marshall había medio esperado que volviese y la encontrase. A veces había estado tentada de quedarse y dejar que la encontrara. Pero eso hubiese sido una maquinación. Era más que un juego de desafío... él había invadido un lugar que ella amaba.

Se dio cuenta de que finalmente había hecho leña del destrozado piano. Trozos de caoba habían permanecido tirados por allí durante mucho tiempo y ahora estaban en tiras bien proporcionadas listas para quemar. Había amontonado las teclas como un montón de huesos antiguos cerca del cobertizo bajo un rollo de alambre. Según las habladurías del pueblo, en su tiempo había sido un famoso pianista. Ahora era un asesino de instrumentos inferiores, el que había destrozado el piano de la señorita Marshall. Seguro que no era tan malo como para destruirlo. Era verdad que la vieja no lo había tocado nunca, pero incluso así...

Lowell, ajeno a lo que pasaba, estaba de pie junto al cobertizo esperando de mal humor que hirviera el agua de la tetera. El estropicio de la pared por una fuerza externa, probablemente aquella bestia maligna del toro, era solo una prueba más de que la protección de su casa no sería fácil. Toda la gente, representada por Zoe, y todas las criaturas, representadas por el toro, querían sacarle de allí. Aquella mañana había encontrado una rata en la cocina y estaba tan preocupado por eso como por el violento toro. ¿Cómo se eliminaba a las ratas? ¿Con trampas? ¿Con veneno? La pared podía reconstruirse... ¿para que la tirasen de nuevo? Una rata podía ser despachada... ¿solo para ser seguida por más? El sedante efecto del descanso de una buena noche estaba siendo estropeado por los problemas que le invadían por la mañana.

Se acababa de hacer una jarra de café instantáneo cuando ella llamó a su puerta. Molesto por la intrusión, bebió un par de sorbos del líquido caliente antes de ir a abrir.

Rose solo había visto a Marshall a cierta distancia yendo y

viniendo en su furgoneta amarilla. Su aspecto actual, al quedarse mirándola, la sorprendió. Se lo había imaginado distinto. Los concertistas de piano eran los más refinados del mundo, se afeitaban la barba de la noche, o mostraban la barba elegantemente arreglada por la mañana. Eran limpios y despreocupados. Aquel hombre tenía el aspecto estropeado y la mirada aturdida de un alcohólico.

Pasaron unos momentos antes de que ninguno de ellos pronunciara palabra y luego hablaron a la vez. Ella empezó explicándole lo del toro y él le preguntó su nombre. En la confusión de frases, ninguna tenía sentido. Se callaron y se miraron en silencio, Lowell aún con su café en la mano. Sus manos no eran largas, ni delgadas, ni delicadas. Estaban hinchadas y rojas y temblaban. Ella pensó de repente: Tus pobres manos... por el amor de Dios... qué terrible para ti.

Él simplemente miraba y no podía creer lo que veía. Su cabello oscuro y rizado lo llevaba suelto sobre los hombros, mientras que el de la «chica» estaba estirado hacia atrás. La copia sepia no había revelado las líneas rojas de la sien, ni tampoco había mostrado que los ojos eran azules, de un profundo azul oscuro. Los labios eran los mismos: carnosos, suaves, ligeramente torcidos. Pero los labios de la «chica» se veían divertidos. Los de esta chica no. Esta muchacha era más joven. Aún no había crecido en la piel de la mayor. Se paró bruscamente y se reprendió por ser tan fantasioso, o por estar demasiado embrutecido por el alcohol, para pensar racionalmente. ¿Cómo podía crecer en la piel de alguien muerto?

Ella fue la primera en recuperar una cierta compostura.

—Soy de la finca de Ballater; está justo encima de la colina. Soy la nieta de Stuart Ballater. Él pagará los desperfectos, o uno de los peones de la granja reconstruirá la pared.

Así que así era como «ella» hablaba, pensó. Una voz bastante sincopada, un tono bajo. Era como él la había imaginado. La clase de voz que podría sonar a música en la cabeza de uno, no como un sonido desapacible para el cerebro. No una voz como la de Zoe.

Preguntó de nuevo cómo se llamaba.

—Rose Ballater.

—Rose —dijo—, claro.

Ella le miró atónita.

—Es perfecto.

Después de unos momentos de vacilación empezó a explicar de nuevo lo del toro.

—Es la primera vez que se suelta...

Pero Lowell no estaba escuchando. Se sentía eufórico, como si hubiese salido de un largo y oscuro túnel hacia una resplandeciente luz solar. Había una loca alegría en aquel paisaje imposible. Cuidado, se advirtió a sí mismo. Cuidado. Si no obligaba a su imaginación a retirarse hacia el real mundo grisáceo, se asustaría de aquella chica (con una ch minúscula) perfectamente normal del siglo xx. Rose. Un nombre bonito que iba bien con cualquier siglo. No único.

Pero «ella» había sido Rose. Sin duda. Y esta Rose le estaba hablando en aquel momento.

—¿Quiere que vayamos a ver los desperfectos para que le pueda decir a mi abuelo su alcance?

Había estado a punto de decirle que pasara, pero temió que pudiese rehusar. Era como un pájaro que se posaba demasiado cerca. Había que darle espacio. Había que darle tiempo. Utilizar el pedal suave... Hay demasiada música alta en tu cabeza. Acallarlo todo. Tener calma.

Se dirigió hacia el jardín delante suyo y él la miraba desde atrás. Una visión de Rose que la fotografía no hubiera podido darle. Vestía una camiseta azul oscuro y pantalones cortos de algodón color azul pálido, deshilachados. Tenía una cintura bien proporcionada, y las piernas ligeramente bronceadas. Sandalias. El esmalte de las uñas de los pies le empezaba a saltar. Ninguna elegancia en el vestir como en la fotografía.

Anduvo cuidadosamente por el desarreglado jardín, más desarreglado todavía por las esparcidas piedras de la pared.

En el suelo se veían claramente las marcas de las pezuñas, prueba del enorme animal. Una mata de matricaria, arrancada y secándose al sol de la mañana, yacía sobre un macizo de menta. Un tierno abrazo en una escena de destrucción.

Ella dijo:

—No soy una experta, pero esta clase de pared de piedra seca se debe de poder arreglar sin demasiado esfuerzo. Menos mal que no había plantado nada aquí.

Una afirmación prosaica.

Se esforzó en verlo todo a la manera de ella, una manera corriente, y fue a examinar la pared, principalmente para evitar que ella le mirase demasiado detenidamente. Normalmente era posible decir las palabras adecuadas, pero los ojos hablaban de manera muy distinta.

Cogió una piedra grande y la puso cerca de la base de la pared rota. Aquella era la zona en la que había encontrado el trozo de urna. Con el tiempo y alguna excavación más, podía encontrar otras cosas. Le dijo que creía que podía reconstruirla él mismo.

—¿Por qué tendría que hacerlo? César es mi toro. Responsabilidad mía.

¿Su toro? Una posesión poco usual para una chica tan frágil. La sorpresa en aquel contexto era natural; se volvió y la miró.

—¿Su toro?

—Es parte del ganado de la finca, desde luego. Pero le vi venir al mundo. Él cree que es mío, y no le he desilusionado.

Podía haber sido más sensato, pensó, si lo hubiera hecho.

—Es responsabilidad de la granja —insistió—. Y en cualquier caso, ¿cómo podría usted hacer esa clase de trabajo duro con sus manos?

Había olvidado que sus manos le dolían. Las células nerviosas, obligadas de repente a recordar, empezaron a palparle de nuevo. Apretó los puños y se las puso a la espalda. Eran unas manos desagradables, repugnantes. Deseó que no las hubiera visto.

—La vieja que vivía aquí cultivaba hierbas —le dijo—. La matricaria es buena para el reuma —y señaló la mata arrancada—. Recuerdo que algunos del pueblo venían aquí a buscarla.

—¿La vieja? ¿Quieres decir la señorita Marshall?

—Sí. ¿Era pariente suya?

—Una prima muy lejana. No la conocía.

Aquello era conversar por conversar. Para ambos. Se estaban estudiando y la muchacha, consciente de la controlada excitación de él, se sentía turbada. Él, al darse cuenta, se apartó unos pasos. Cogió una hoja de matricaria.

—¿Esto?

—Sí. Por lo que sé, no ha envenenado a nadie.

—¿Y ha curado a alguien?

—No sabría decírselo.

—¿Pero conocías a la señorita Marshall?

—La primera vez que vine aquí de niña con mis padres, para quedarme con mi abuelo, acostumbraba escaparme hasta aquí. Debía de tener unos nueve años entonces.

—¿Escaparte?

Había utilizado la palabra a la ligera, y ahora tenía que pensar en ella.

—De la gente opresiva y dominadora. La «seño» no me molestaba. Me dejaba andar por ahí.

Había una pequeña hendedura en su barbilla, casi un hoyuelo. Intentó recordar si la «chica», la otra Rose, también tenía uno.

—Seño —dijo consciente de su examen y manteniéndolo a raya con palabras— era el nombre que le daban los del pueblo a la señorita Marshall. No sé por qué. No le iba. Era alta, enjuta, de unos setenta años y siempre llevaba una bata roja vieja sobre un vestido negro de lana. Daba un poco de miedo hasta que se acostumbraba uno. Cuando venían a por sus hierbas curativas me escondía detrás. Yo no quería que mi familia supiese que la visitaba. Tenía una reputación extraña. Yo entonces no lo sabía. Solo sabía que era distinta. Y me gustaba como era.

—Y te gustaba la casa.

No era una pregunta. Ella se preguntó cómo lo sabía.

—O te gusta... mucho, o la detestas. No hay intermedio. No lo puedo explicar. Nadie puede.

Lowell le preguntó si estaba de vacaciones en la finca. Ella le explicó que su abuelo se había convertido en su tutor legal a la muerte de sus padres.

—Normalmente ayudo en la casa.

—¿No piensas estudiar una carrera?

—En los estudios soy un desastre, pero me gustan los animales. Una granja es la preparación para el matadero; eso me molesta. Me arriesgo a querer a mi toro. Ningún ganadero, y en especial mi abuelo, mataría a un lujurioso *Charolais*. César está seguro mientras joda.

Lowell se sentía como si hubiese alargado la mano para tocar otra mano conocida y la apartó de la de una extraña. Era una palabra que la otra Rose no hubiera utilizado. Recordó los

divertidos ojos de la fotografía. La idea se le podría haber ocurrido, pero no la habría expresado de aquella forma.

El sueño tenía que modificarse, o rechazarse.

La chica dijo:

—Le he escandalizado —y ahora, en sus ojos, también podía verse claramente la diversión.

Él lo negó.

Ella volvió a lo práctico.

—¿Envío a uno de los peones a que rehaga la pared?

Le sugirió que lo dejase por unos días. Intentaría arreglarla solo. Y si no le salía demasiado bien, o porque no tenía experiencia, o porque sus manos le molestaban, ya se lo diría.

Ella le preguntó si le iría bien intentarlo y Lowell le respondió que sería terapéutico.

Terapia emocional, pensó. Algo le inquieta. Yo le inquieto. Me pregunto por qué. El saberlo la intrigaba.

Le sugirió pasarse de nuevo a mediados de semana.

—Para ver cómo le va. Y no se esfuerce demasiado.

No tiene que hacerlo todo.

Y tú no tienes que dar la cita, pensó Lowell. Podrías enviar a alguien, pero no lo harás. La felicidad empezó a bullir en él de nuevo, casi fuera de control. Quienquiera que fuese, quería conocerla. Y ella, obviamente, quería conocerle.

6

—TE TOMAS DEMASIADAS LIBERTADES —le dijo Ballater a su nieta—. Si quiero que actúes como emisaria mía, te lo diré. Y deja de provocar a Craddock. Tú no eres quién para darle órdenes.

Era la hora del almuerzo. Hacía una hora que Rose había vuelto de la casa. La comida estaba puesta en el comedor, grande, frío y con el techo forrado de madera; una habitación sin alegría, llena de óleos de escenas rurales amarillentas por el tiempo. Ballater casaba con el entorno. No se hubiera descrito a sí mismo como perteneciente a la nobleza provinciana o, si lo hubiese hecho, hubiera sido con ironía. Se había retirado pronto como teniente coronel, al heredar la finca, y deseaba que la gente del lugar omitiese el título. Craddock era el usuario más persistente.

—Los dos somos civiles —le había dicho en tono resuelto cuando le contrató al principio—. Toda la lucha que se lleva a cabo aquí es contra el Ministerio de Agricultura.

Y aunque la lucha de Craddock con su nieta estaba normalmente fuera del alcance del oído y no se hablaba de ella, aquel día se había quejado.

Rose se encogió de hombros. Discutir con el viejo no tenía sentido. Aquellos enfrentamientos a la hora de la comida le quitaban el apetito. Hubiese preferido comer en la cocina, en la mesa grande y refregada, con los peones y la señora Hopkins, el ama de llaves. Esta clase de separación era feudal.

Le pasó los calabacines a su abuelo. Las verduras, que no estaban bien cocidas, se veían duras pero atractivas en el plato

Crown Derby. Las rehusó.

—Muy sensato —dijo, intentando cambiar de tema—. El único plato comestible que puede hacer la señora Hopkins es el estofado.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había bajado la defensa. Ahora él la invitaría a hacerlo mejor, después de un curso de cocina *Cordon Bleu*, quizás.

Él resistió la tentación. Era vaga, insolente a veces, y raramente cooperaba. Siempre un problema. Si el pasado pudiese considerarse con más calma, la trataría mejor. Lo sabía y lo intentaba, pero sin éxito. El que él la quisiera mucho no lo sabía nadie, y desde luego tampoco Rose. Siempre había ocultado sus sentimientos admirablemente.

—¿Cómo es Marshall? —le preguntó.

No estaba segura de cómo contestar. Una descripción física era más fácil que una valoración emocional. Si uno estuviese aturdido por la velocidad, se comportaría un poco como Marshall: sin que los pies estuviesen sólidamente fijados a la tierra, con una mirada en los ojos que no era lascivia, y tampoco era toda pureza, o... con asombrado reconocimiento lo resumiría, pero no tenía sentido.

—Alto, moreno, con bastante mal aspecto —dijo finalmente.

—¿Es evidente su artritis?

Se sorprendió.

—¿Cómo lo sabías?

—Querida niña, puedo ser tonto en lo que se refiere a la música moderna, pero en mis tiempos asistí a conciertos de música clásica. No he visto interpretar a Marshall, pero he oído sus discos. Tenía un notable talento. El motivo de su abandono fue noticia.

—Tiene las manos hinchadas, sí —dijo Rose.

—Entonces, ¿qué es esa tontería de rehacer la pared?

—Es lo que quiere hacer.

Ballater miró a su nieta con irritación totalmente injustificada. Qué le habría dicho a Marshall, se preguntó, para provocarle una respuesta tan ridícula. Se lo preguntó.

Rose apartó su plato. Intentó hablar sin levantar el tono y controlar su mal genio.

—Tuvimos una conversación normal. Yo no estuve agresiva, ni tampoco él. Está haciendo lo que quiere. Eso es todo.

—Eso es lo que tú dices.

Y quizás sea así, pensó. Las manos de Marshall antes hacían música y ahora no podían... Quizás la estaba castigando con trabajo duro en una especie de compensación brutal. Era eso, o que ella le había molestado. Decidió bajar a la casa por la tarde y averiguarlo por sí mismo.

No le llevó mucho tiempo a Lowell el darse cuenta de que el toro no había desenterrado ningún trozo de urna. Su desilusión fue pequeña. La urna representaba un puente con el pasado, pero no era necesario unir todos los fragmentos para hacer el puente perfecto. Rose lo había cruzado. Dos voces le hablaban en la cabeza. La primera le decía que era irracional, que la obsesión era peligrosa; la segunda que no se preguntase nada, que esperase pasivamente y aceptase.

Se sentía bien. Incluso sus manos estaban mejor. Pero no eran manos capaces. Estaba intentando colocar una piedra sobre otra con cuidado cuando llegó Ballater.

—No es tan fácil como parece —comentó, y luego se presentó.

Lowell, metido en el presente y sobre terreno sólido, estuvo de acuerdo en que no era muy bueno haciéndolo.

Empezó a caer una ligera lluvia, que levantaba un fuerte olor a hierbas y plantas. Ballater, adentrándose en el jardín, vio un montón de marihuana arrancada y seca enredada con pamplina en el pequeño trozo desbrozado. Estaba asustado y consternado. Obviamente no la había plantado Marshall; la hierba eran los restos de un cultivo del año anterior.

Lowell, consciente de que la atención de su visitante se había desviado de él y había ido a parar al montón de abono compuesto, se quedó parado. El viejo llevaba un impermeable de plástico, pero sin capucha. Su cabeza calva se estaba mojando.

Le invitó a que entrase en la casa a resguardarse de la lluvia.

Ballater parecía no oírle.

—Será mejor que queme usted eso —dijo señalando el montón de abono— o lo entierre. Es una suerte que la policía no lo haya encontrado.

Lowell estaba perplejo.

—¿El qué?

—La marihuana. Unos gitanos acamparon en el campo que hay al otro lado del muro el año pasado —Se le hizo cuesta arriba decir

una mentira, pero era necesario—. El jardín de la vieja era útil, o al menos su fértil sembrado de coles. Es la única explicación que se me ocurre... nadie más lo plantaría.

Lowell recordó el agrio olor en la casa. Lo había reconocido, pero no la hoja. Le dijo a Ballater que alguien había estado entrando en la casa.

—El fuego ha sido encendido y dejado que se apagase un par de veces... y una vez olía a eso.

Ballater le miró fijamente.

—¿Está usted seguro?

—Sí. La última vez hará dos o tres semanas. El intruso, quienquiera que fuese, parece ver el lugar como de casa a casa.

Notó que el viejo estaba muy preocupado. Por su parte, a él no le preocupaba demasiado. Era desconcertante, nada más. Semillas ilegales habían sido sembradas en el plantío de coles mientras la casa estaba vacía. No se volverían a sembrar.

—Me desharé de ellas —le dijo a Ballater—. Y cerraré la puerta trasera. Así se acabará.

Le sugirió de nuevo que entraran antes de que se mojasen más.

La última vez que Ballater había estado en la casa había sido justo antes de que la señorita Marshall hubiese sido obligada a dejarla por sus rapaces parientes, respaldados por el insensible médico local que había estado de acuerdo en que ella no podía valerse. Ballater pensó, cuando hizo aquella visita, que el lugar era repugnante, aún lo era, pero había sentido una cierta simpatía por ella, por quererse quedar. Los de mediana edad tendían a volverse dichosos de poder si tenían viejos en la familia. Los desarraigaban, como Marshall había arrancado la marihuana, y observaban como se marchitaban.

Había tenido la intención de hacer una oferta por la casa, pero el dolor de la anciana al marcharse hizo que cambiase de opinión. No había tenido la suficiente fuerza mental, creyó, para no testar a favor de sus destructores. Se había equivocado. Marshall, según algunas discretas indagaciones que había hecho, era inocente de cualquier clase de violación.

Así que aquel podría ser el momento de comprar la casa. Abordó el tema con cuidado mientras Marshall encendía con una cerilla algunos leños del hogar. Las llamas subieron lentamente,

proyectando una luz vacilante sobre las paredes. La casa, le dijo a Marshall, había sido construida al mismo tiempo que la granja. En aquel tiempo, los Ballater eran sus dueños. Después se la vendieron. No le dijo el porqué. Entonces la propiedad no tenía ningún valor a menos que uno tuviese una finca sobre la colina. Sería posible una segunda forma de acceso si la casa fuese derribada. La naturaleza geológica de la tierra imposibilitaba el acceso desde cualquier otra parte de su propiedad. Un camino lo suficientemente ancho como para que un tractor pudiese llegar hasta la carretera. Útil en un invierno malo. La nieve se amontonaba y bloqueaba el acceso a la carretera por el otro lado.

Lowell se sentó sobre sus talones y miró las llamas. Aquel hombre quería comprar su casa y demolerla. La idea era tan monstruosa que resultaba increíble.

Ballater, un hombre de negocios demasiado avisado como para tirar su dinero, siguió intentando convencer a Marshall para hacer un trato satisfactorio.

—Uno tiene que ser realista sobre estos sitios. Me imagino que vino usted aquí con la intención de renovarlo y luego se dio cuenta de la gran cantidad de trabajo que se necesita para arreglarlo.

Echó un vistazo a la sala. Obviamente, Marshall, aparte de embadurnar una de las paredes y poner un panel de corcho, no había hecho nada.

—Si quiere usted vender y llegar a tentar a un comprador, sea quien sea, querrá tener un informe del lugar y cualquier agrimensor que conozca su trabajo lo condenará sin más. Ni siquiera tiene nada de lo que llaman el atractivo de lo antiguo y el emplazamiento es demasiado bajo para gozar de una buena vista.

El silencio continuado de Marshall empezaba a molestarle.

—Y bien —le instó—. ¿No estaría usted de acuerdo?

Lowell se levantó. Necesitaba beber. La amabilidad le obligaba a hacer el ofrecimiento.

—¿Whisky?

—¿Cómo? No. Quiero decir, gracias, pero no me lo permito. ¿Quizás un café, o un té?

¡Jesús!, pensó Lowell. Salió al cobertizo a hacerlo. La jarra que había utilizado por la mañana estaba aún sin lavar y sus dos jarras de repuesto se habían hecho pedazos en la última visita de Zoe.

Aquella vez había sido té. Esta vez hizo café en tazas y puso *whisky* en la suya. Esta vez no estaba tan colérico. El abuelo de Rose había sugerido una tontería, pero también había arrojado alguna luz sobre la historia de la casa. Era interesante que anteriormente hubiese sido de los Ballater. La Rose de la fotografía podía haber sido la bisabuela de Rose, quizás. Explicaría el gran parecido. Estuvo tentado de preguntárselo a Ballater y luego decidió no hacerlo. Sería poco prudente, supuso, hablar de Rose al anciano. Y ya no tenía la fotografía.

Cuando volvió Lowell, Ballater estaba acurrucado frente al fuego calentándose las manos. En ellas había oscuras marcas de la edad, como si tuviese grandes pecas esparcidas. Sin embargo, parecían dúctiles.

—Es muy difícil calentar esta casa en invierno —prosiguió, cogiendo el café que le ofrecía Lowell—. La única clase de calefacción posible sería combustible sólido e instalarlo valdría más que la casa.

El precio que pensaba ofrecerle eran cuatro mil libras. Le hubiese dado más a la anciana, pero Marshall, a pesar de su aspecto, probablemente tendría los riñones bien cubiertos.

—Utilizo leños —dijo Lowell.

Aún no había pensado en el invierno. El invierno no importaba.

Ballater notó una negativa obstinada más que un deseo de regatear. Se preguntó qué pensaría de ello la mujer de Marshall.

—¿Habían pensado usted y la señora Marshall en utilizarla como un retiro para el fin de semana, quizás? Si así es, probablemente a estas horas ya habrá descubierto los inconvenientes.

Lowell no tenía intención de discutir sobre Zoe. Se alegraba de que no estuviese allí para escuchar. Quítatela de encima, le diría. Líbrate de este sitio horrible.

—Puedo arreglármelas con los inconvenientes —dijo.

Ballater modificó la oferta en vista de la resistencia.

—Me la quedaría por cuatro mil quinientas.

Lowell sonrió.

—¿El precio de su toro *Charolais*?

Ballater no podía ver ninguna relación. De todos modos, el toro valía más. Bastante más. Pero aquel hombre no estaba regateando con él. El músico, por alguna razón que no podía entender, no

quería vender. Así que no le presionaría. Esperaría. El invierno le obligaría a irse.

—El toro es un bien muy valioso —dijo suavemente— y solo ocasionalmente es una carga. Si un día nota que la casa es una carga mayor de lo que usted se había imaginado, quizás podríamos hablar de negocios. Mientras tanto, me aseguraré de que el toro no vuelva a ponerse pesado y de que le rehagan la pared.

Un pensamiento le asaltó.

—Deshágase de la marihuana antes de que vengan mis hombres. No es probable que la reconozcan, como usted tampoco lo hizo, pero no se puede arriesgar.

Lowell dijo que la enterraría. Se daba cuenta de que Ballater le miraba las manos y le aseguró que podía empuñar una pala muy bien.

Ballater, en los últimos minutos de su visita, alabó su interpretación como pianista y la atmósfera se hizo más cordial. El anciano entendía de música. No se le ocurrió a Lowell pensar cómo se había familiarizado también con las drogas.

De vuelta a la granja, Ballater llamó a Rose a su despacho. Era una citación, no un ruego. Un consejo de guerra más que una discusión. La acusó de plantar la marihuana. Ella lo negó. La acusó de fumársela en casa de Marshall. Ella también lo negó. Amenazó con entregarla a la policía si volvía a hacerlo. Ella dijo la verdad por primera vez y le aseguró que no lo había vuelto a hacer, lo cual era admitir abiertamente que al principio lo había hecho.

Se desesperaba con ella y deseaba que no fuese responsabilidad suya. El salto generacional era demasiado grande. Ella era, suponía, una contemporánea típica. No había sido la única en ser expulsada discretamente del muy respetable pensionado por fumar marihuana. ¿Qué les pasaba a los jóvenes de hoy en día que tenían tanta prisa por destruirse? ¿Tan mala era su herencia? Pensó en el linaje de Rose en el que el poder de lastimar (y ser lastimado) era grande.

Esperaba que la regañase con cara fríamente paciente. Por sus ojos podía ver que le había cerrado su mente. Como había aprendido a hacerlo. La comunicación era imposible. Pero era la hija de su hijo y la quería. Deseó que pudiera comprenderle sin que se lo tuviesen que decir.

—Deja tranquilo a Marshall —le advirtió—. Lo que haya que

tratar con él, lo haré yo.

—El músico —le contestó con cierto timbre de diversión en su voz— no me interesa.

Por la mañana, cuando los hombres llegaron para arreglar la pared, Lowell aún estaba en la cama. Rose, sin hacer caso de las órdenes de su abuelo, fue un momento a verles. Lowell, al escuchar su voz a través de la ventana del dormitorio, se vistió rápidamente y se roció la cara con agua fría, pero para entonces ya se había ido. Eran las diez y media. Su recaída en la pereza se había producido tan lentamente que no se había dado cuenta. Se miró críticamente en el pequeño espejo que había sobre el alféizar de la ventana del cobertizo. No era extraño que no se hubiese quedado. Necesitaba asearse. Un corte de pelo y un afeitado decente. Y la casa estaba asquerosa.

La oscilación hacia arriba de su estado de ánimo desde que vio a Rose era como la de un planeador volando por encima de las nubes cuando todo estaba sereno. Estaba completamente seguro de que ella volvería a visitarle. Nada de telarañas en los rincones, ni ropa sin fragancia, ni excrementos de rata debajo del fregadero.

Necesitaba comprar detergentes y demás necesidades básicas y decidió ir a Cheltenham. La furgoneta se resistía a arrancar, pero lo consiguió con paciencia. Unos días antes, una furgoneta que no cooperase le hubiese hecho volver a casa en un estado de profunda desesperanza. Si su depresión hubiese durado mucho más se hubiese vuelto agorafóbico. Cuando conoció a Rose había llegado al estado de no querer salir. Cualquier cosa fuera de allí, la carretera rápida, los campos anchos, la extensión del cielo, había sido para él opresiva y hostil. Hoy era estimulante, agradable. Sus manos estaban mucho mejor y podían agarrar el volante sin dolor. Se sintió descansado. La noche anterior había dormido bien, demasiado bien.

La próxima vez que ella fuese...

Empezó a fantasear y tuvo que hacer una maniobra rápida cuando dobló una esquina demasiado abiertamente. El mundo exterior necesitaba toda su atención. El día de hoy era complicado, pero no amenazador. Las vibraciones eran buenas. Incluso consiguió aparcar cerca del centro de la ciudad sin problemas. La gente también era servicial, amable, agradable. La mujer de la lavandería

le enseñó dónde poner las monedas, el ferretero le explicó cómo debía instalar la ratonera... Las galas de la muerte, bromeó. No le pareció divertido, pero sonrió educadamente. Después de haber comprado los artículos de limpieza y recogido su colada, se le ocurrió que sus camisas necesitarían plancha. No la tenía. Entró en uno de los grandes almacenes y compró una, y luego recordó que en la casa no había electricidad. Estaba exasperado, pero no deprimido. La dependienta rio con él y le devolvió el dinero. La solución estaba en camisas que no necesitasen planchado. Pensó que probablemente tenía, pero compró tres más por si acaso. Los cuellos y los puños inmaculados eran competencia de Zoe. La recordaba en momentos como aquel y sentía una punzada de remordimiento, no una dolorosa patada en el estómago, lo que, pensó, era algo más por lo que estar agradecido.

Antes de irse de la ciudad, fue a la barbería a que le afeitaran, le lavaran y le recortaran el pelo, no demasiado, justo el pelo que le sobresalía del cuello de la camisa. Su apariencia era ahora bastante más conformista, se parecía más al Lowell de los viejos tiempos.

Y Rose se parecía... a Rose. Veía su cara con claridad, a veces en la fotografía, a veces en carne y hueso. Y no tenía que beber para verla. Al menos no demasiado. Una gota de *whisky* en ocasionales períodos de autocrítica le ayudaba a sentirse feliz consigo mismo, pero la mayor parte del tiempo era feliz sin nada.

Hasta que llegó Rose.

Ella le fue a ver dos días más tarde, justo después de que se hubiese cortado el pulgar con la ratonera y estuviera sangrando en el fregadero. Si lo hubiera preparado, no lo hubiera podido planear mejor. Se había sentido inquieta por la visita; la casa, como siempre, la atraía, a pesar de no estar segura de Marshall. Pero un hombre que sangraba era vulnerable, y una herida producida por una trampa mostraba un tranquilizador grado de incompetencia.

Ella examinó el corte.

—No es profundo. ¿Dónde está el botiquín?

No tenía.

—¿Algodón? —sugirió—, ¿gasas?

Tampoco tenía.

Sonrió. Estaba desvalido, desesperado, tranquilizadamente normal. ¿Qué había visto en él el otro día que le había perturbado

tanto?

Le dijo que mirase en el cajón de la mesa de la salita... creía que allí podría haber un paño limpio. Lo había. Era azul. Ella le advirtió que el color podía irse y que se le iba a envenenar la sangre. Él le contestó que probablemente se le envenenaría de todos modos, porque había puesto en el cebo un trozo de carne estropeada. El queso, le dijo ella, era más normal.

—Pero no tienes —dijo imitándole mientras le curaba la herida con suavidad y competencia.

Le dio las gracias y no supo qué más decir. Tampoco ella. Sus dedos, después de vendar los suyos, estaban manchados de sangre. Los metió en la palangana y se los secó con la toalla de detrás de la puerta. Él murmuró que la casa era primitiva. Pero limpia, pensó ella, has trabajado en ello. Y en ti.

Vio que tenía un baño muy divertido.

—Es algo en lo que la señorita Marshall hubiese guardado el carbón.

—No estoy reducido a eso.

Pero estoy reducido a decir necedades, pensó. Esto es una no-conversación. Es ridículo. Hueles a campos de trébol. ¿Sabes lo bonita que eres?

Se daba cuenta de que su atención se estaba centrando con demasiada fuerza en ella. Dijo que no se podía quedar, que había pasado solo un minuto.

—En la tienda del pueblo venden material para primeros auxilios, y si me quieres hacer caso, tira esa ratonera. Lo que se necesita aquí es un gato. Yo te traeré uno.

Se fue rápidamente hacia la puerta y antes de que él pudiese responder ya se había ido.

7

BEN Y LOUISE se dirigieron hacia la casa un sábado por la tarde. Ben podía pensar en mejores maneras de pasar su día libre: una partida de golf, o incluso arreglar el jardín, pero según Louise, y tuvo que estar de acuerdo con ella, uno no abandona a un amigo porque este le haya abandonado a uno. Lowell y Zoe estaban en un punto muerto, y ninguno daría un paso.

—O sea que nosotros tenemos que enmendar la ruptura —le apremió Louise.

Ben no estaba tan seguro de lo juicioso de la acción; podría tomarse como una interferencia. Pero Louise ya había pensado en ello.

—Sus manos necesitan que les eches un vistazo —le recordó—. Debe de hacer casi un mes que fue al consultorio. Ya no le deben de quedar tabletas. Puedes visitarle profesionalmente. En cuanto a mí, bueno... solo vengo por dar un paseo.

Fue un paseo reñido en el que discutieron sobre el sustento de Lowell y su ropa de cama. Louise le había hecho un pastel y le llevaba un par de sábanas de recambio. Zoe había optado por dejar las obligaciones domésticas. No iría con ellos. No tenía ningún recado. Sí, estaba de acuerdo con Louise en que las riñas podían arreglarse hablando. La mayoría, pero no la suya. Creía que Lowell estaba mal de la cabeza. Lo último que hizo fue advertirles que no trajesen su ropa sucia.

—Si alguien está mal de la cabeza —tronaba Louise mientras se alejaban de ella— es Zoe. Maldita sea, tuvieron una discusión.

Fuerte. Ella le pinchó demasiado y le hizo perder el control. La asustó, pero no la tocó. ¿Y ahora qué hace ella? Gastar como una loca. Se echa el té encima del traje ¿y qué hace? ¿Llevarlo a la tintorería? Oh, no, claro que no. Se compra otro modelo igual de caro. Más. ¿Es ese un comportamiento racional? Pasa de un extremo al otro. No gastaba cuando él dejó su trabajo, para que se sintiese culpable. Y ahora gasta, gasta, gasta. Pues claro que le he hecho un pastel... ¿y por qué no iba a hacérselo? Ella no se lo hará. Pero si ayuda a que se reúnan, diré que lo ha hecho ella. Y si no ha cambiado las sábanas todavía, ya debería haberlo hecho. Y yo le lavaré las otras.

Ben le prohibió que hiciese tal cosa. Zoe había hecho su declaración de intenciones: un abandono de la ayuda doméstica. Louise debía ocuparse de sus propias cosas y no crearle dificultades. Las metáforas se mezclaban y se iban acalorando. Al final cedió hasta el punto de ofrecerse a darle las sábanas él mismo, pero se negó a decirle que eran de Zoe. Los riesgos de verse enredado en disputas domésticas, y él consideraba esta como una de ellas, eran sus repercusiones. Louise, en lo más acalorado de la discusión le había llamado mierda.

Era difícil recordar el camino, pero la furgoneta de Lowell en el campo del fondo les señalaba la dirección correcta. Sin ella podían haber seguido más allá del camino y haber buscado infructuosamente. Ben aparcó su BMW recién comprado a un lado de la carretera y esperó que estuviese aún allí cuando volviera, tranquilizándose pensando que en aquel lugar de completa soledad no era demasiado probable que los ladrones salieran de los setos con duplicados de llaves.

Louise caminaba delante, sendero arriba, llevando el pastel en una cesta de mimbre. Él la seguía con las sábanas en una bolsa de plástico azul. Cuando llegaron a la casa, ambos sintieron la necesidad de unirse. Aunque el sol daba en sus paredes antiguas, se veía fría y lúgubre.

—La celda del anacoreta —murmuró Ben.

—Sé amable —le advirtió Louise.

Lowell, que esperaba que fuese Rose, dejó ver su decepción, pero la ocultó rápidamente y les invitó a entrar. Louise le besó y le dio el pastel. No dijo que lo hubiese hecho ella, lo hizo Ben, quien

se deshizo de las sábanas poniéndolas sobre una silla cerca del pasillo que daba al dormitorio. Con un poco de suerte, no se verían.

Se sentaron.

Lowell les dijo cortés y falsamente que se alegraba de verles. Aquellos eran sus amigos, pero no se sentía cómodo en su compañía; era como si estuviese representando un papel. Louise, su afectuosa y simpática vecina anterior, le miraba con evidente preocupación. Se preguntó por qué.

Si él se lo hubiese preguntado, no hubiera podido responderle. Ninguna campana tocaba a muertos allí. Lowell, algo más delgado que de costumbre, presentaba bastante buen aspecto. Tenía un aire de autocontención, casi de satisfacción, pero no era el Lowell que ella había conocido. Ben había mencionado su alejamiento, pero Louise no se lo había tomado demasiado en serio. Ahora sí lo hizo. Ya no había naturalidad en la relación, él los veía como extraños. Ella recordó con tristeza todos los contactos que habían tenido en el pasado: la angustia de Lowell cuando Edward se perdió con su bicicleta nueva un día de niebla de noviembre y su incansable búsqueda hasta que lo encontraron, sus patosos esfuerzos para ayudarla en ausencia de Ben cuando la lavadora inundó la cocina, su tranquilo tocar el piano, cuando sus manos aún podían, al final de una ruidosa fiesta después de que todos los invitados se hubiesen ido. El humor de Lowell, inesperado, que podía tranquilizar una atmósfera cargada. Su nerviosismo y sus arranques de irritabilidad que podían volverla a cargar. Lowell, muy veleidoso, su buen amigo de antaño.

Ben, menos preocupado por la psique de Lowell que por su buen estado físico, examinó sus manos. Estaban mejor, mostrando apenas inflamación. Sin embargo, se dio cuenta de que se había cortado el dedo y de que los bordes de la herida habían cicatrizado lentamente.

—Te hubiesen ido bien un par de puntos. ¿Qué pasó?

Lowell le contó lo de la ratonera.

—No la instalé muy bien.

—Ya sabes lo patoso que eres con las cosas mecánicas; estarías más seguro con una colonia de roedores.

Louise se estremeció.

—¿Por qué no te vas de esta casa?

Era una pregunta de Zoe. Se preguntó si Zoe la había enviado para preguntarlo.

—No me voy a ir nunca de aquí.

Y lo dijo con énfasis y con total convicción.

Louise miró a Ben. Sus ojos le advertían que callara, que abandonara el interrogatorio. No le hizo caso.

—¿Y qué pasa con Zoe?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Esperas que venga a reunirse aquí contigo?

—No.

—¿Tienes intención de ir a casa pronto a explicarle todo esto?

Él permaneció en silencio.

—Bien, ¿la tienes?

Ben intervino:

—¡Déjalo! Eso es asunto de Lowell, no nuestro.

Sonriendo embarazosamente buscó un tema de conversación que no fuese personal y tuvo dificultades para encontrarlo. Era demasiado pronto para irse y la atmósfera demasiado tensa; tendría que volverse a calmar o sería imposible volverle a visitar. Por Zoe podría ser necesario que volvieran. Eran un enlace, aunque débil en aquel momento.

Desde donde estaba sentado, cerca de la ventanilla estrecha, se veía el exiguo jardín y a lo lejos, en la distancia, un enorme toro blanco en un campo de vaquillas blancas.

—Un animal de aspecto peligroso —comentó.

Lowell fue hasta la ventana, mayormente para apartarse de los ojos acusadores de Louise.

—Está seguro en su propio campo. No se escapa ni se desboca cuando está allí.

Les explicó lo de la pared del jardín y luego siguió hablando de la visita de Ballater.

—Quiere comprar la propiedad. Yo no vendo.

—¿Le decimos eso a Zoe? —le preguntó Louise.

Lowell se encogió de hombros.

—Da lo mismo que se lo digas o no.

Se quedaron una hora; una prueba de resistencia para el tacto. Louise, apretando los dientes para no decir todo lo que quería, pasó parte del tiempo haciendo té en el terrible y pequeño cobertizo.

Tuvo que reconocer que estaba limpio. Había pan y mantequilla frescos y un surtido de alimentos enlatados. Físicamente, al menos, no se estaba descuidando.

Cuando se despedían vieron a Rose bajando por el sendero del campo. Ella les vio en el mismo momento y vaciló; luego se dio la vuelta y empezó a irse por donde había venido.

—Una chica joven, de pelo oscuro y largo, de aspecto corriente —la describió Louise a Zoe más tarde—. Llevaba un gatito.

No describió la expresión de Lowell cuando la vio marchar, ni la velocidad con que la siguió después de que se despidiese bruscamente de ellos.

—Así que es eso —dijo Ben cuando llegaron al coche. Estaba asombrado y divertido.

Ella le dijo que estaba sacando conclusiones precipitadas.

El gato negro de la difunta señorita Marshall, según Rose, se llamaba Medianoche, como aquel, Middy para abreviar. Podía cambiarle el nombre si quería. No lo hizo. Medianoche, según el humor de cada uno, evocaba visiones románticas o macabras. En su actual estado de felicidad le iba bien lo primero, pero tuvo buen cuidado en controlar sus sentimientos. La relación que había iniciado el toro marchaba satisfactoriamente con las idas y venidas del gatito. Volvía con frecuencia a la finca y era regularmente devuelto por Rose. Su confianza crecía con cada visita.

Aquel día ella quería saber quiénes eran sus visitantes.

Amigos, le dijo.

—¿Ya no te visita tu mujer?

—No.

Y no dio explicación alguna.

Si quería ser reservado, pensó, por ella estaba bien. La esposa, temporalmente, estaba fuera de escena. Bien. Se fue a sentar en el suelo donde la estera estaba cubierta por una alfombra y apoyó su espalda contra el sofá. El gatito no se separaba de su hombro, y con sus agudos dientecitos le mordía hebras del cabello. Lo levantó y lo puso sobre las rodillas de Lowell. El gatito no quería estar allí y volvió saltando hacia ella.

Él se inclinó y lo acarició.

—Siempre te seguirá hasta la finca.

—¿Has intentado ponerle mantequilla en la patas?

—Sí, la chupó y luego te siguió.

—¿Con qué lo estás alimentando? ¿Con sobras?

—No, con comida enlatada del pueblo.

—¡Dios mío, qué derroche! ¿Y también con leche en polvo, supongo? Te traeré un poco de leche fresca.

Le gustó que no le dijera que tenía que ir él a buscarla. No quería volverse a encontrar con Ballater otra vez; su deseo de comprar la casa lo ponía en el campo del enemigo y amenazaba su paz. Él y Rose estaban mejor encontrándose allí, solos, en su propio lugar. Era evidente que la casa significaba tanto para ella como para él, pero no se le ocurrió que podía ser ella el intruso que había entrado. Si no hubiese sido por el olor de la yerba podría haberlo pensado. Él le había dicho lo de la marihuana hacía unos días, cuando estuvieron andando por el jardín, y ella abrió los ojos asombrada:

—¡Por Dios! —dijo la muchacha.

A pesar de lo que él veía como su dulzura, su inocencia, a veces sentía que el contacto físico no era solo un sueño remoto.

Había dejado de ser un sueño remoto para Rose hacía mucho tiempo. Ahora que Lowell había aprendido a manejar la relación sin ser demasiado intensa (y bebía menos) ella le iba encontrando físicamente atractivo. Un cambio estimulante frente a sus habituales e inexpertos acompañantes.

¿Pero cómo se lo daría a entender con claridad?

Su abuelo, recordaba, había expresado su parecer sobre Lowell de forma realmente clara. Lo que para Rose aumentaba el atractivo de la fruta prohibida. Ningún hombre que se respetara, le dijo, toleraría un entorno tan asqueroso. Y el mismo músico estaba tan desaseado como lo que le rodeaba: sin afeitar y bebiendo mucho a todas luces. Su café olía a *whisky*. Necesitaba la presencia de su mujer para que lo aseara y se hiciera cargo de él y de la casa.

La mención de la esposa de Lowell era, Rose lo sabía, una repetida y nada sutil advertencia para que se mantuviese alejada de él. El que Lowell y la casa se hubiesen aseado desde la visita de su abuelo, y en ausencia continuada de su esposa, era algo que se suponía que ella no sabía. Había sido difícil quedarse callada, pero lo había hecho.

Ir allí, clandestinamente, añadía más sabor a las visitas.

—Me puedo quedar un momento —le dijo. Muy formal. Bastante ambiguo.

El gatito estaba acurrucado en sus brazos y ella pasaba suavemente sus dedos arriba y abajo de su vientre de forma que ronroneaba de placer. Miró a Lowell con los ojos entrecerrados para que la invitación sexual no fuese demasiado abierta. Sonrió, acarició, suspiró ligeramente.

Él estaba captando el mensaje, pero no estaba completamente seguro. Tenía diecisiete años. Una niña. La otra, la «chica», la otra Rose, le había excitado sexualmente. Una mujer de sueño, una fotografía. Invulnerable.

El gatito babeaba de placer. La mano de Rose era pequeña y pecosa e incitaba y frotaba. Todo el rato le estuvo mirando disimuladamente, sonriendo. Su lengua tocó el borde de sus dientes, la retiró y apareció de nuevo.

Se apartó un poco de ella. Por Dios, ¿cuán inocente era?

Ella dijo:

—¿Qué es esto?

No le importaba lo que era, un trozo de piedra en el hogar, solo algo de lo que hablar, una embarazosa necesidad de palabras para tapar lo que ella interpretó como rechazo.

Cuando se volvió de nuevo hacia ella vio que había dejado el gato en el suelo y que sostenía el trozo de urna. Se sintió excitado y claustrofóbico a la vez, como si las paredes de la casa se estuviesen cerrando sobre él y luego se retiraran. No sabía si había ido hacia atrás en el tiempo, o si estaba allí en el presente. Pronunció suavemente su nombre.

—No pasa nada —dijo ella rápidamente—. Lo he hecho antes.

Aquella vez no hubo ambigüedad.

La desnudó en el dormitorio en un ritual de ternura. Divertida, ella le dejó. Su camiseta escarlata no llevaba inscripciones y sus téjanos estaban hábilmente parcheados. Sus bragas, un trocito de algodón, estaban ribeteadas de encaje. Se había vestido con un cierto cuidado. Ahora, desnuda, se quedó de pie sobre sus ropas. Su cuerpo, pequeño, delgado, era del color de la nata.

La forma de hacer el amor de Lowell era apasionada y suave. Se preocupaba por su placer y ella reaccionaba más de lo que lo había hecho con nadie. Después, saciados y felices, se durmieron,

mientras el sol de la tarde entraba en la habitación y se quedaba un momento sobre la pared en la que había estado la fotografía. Lowell, el primero en despertarse, vio la mancha amarilla sobre el tablero de corcho vacío y pensó que aún soñaba. Y luego sintió el cuerpo caliente de Rose apretado contra el suyo. Aquello era realidad, significara lo que significase. Aquello era Rose: pasado, presente y futuro.

Ella abrió los ojos y le sonrió.

—Hagámoslo de nuevo —le dijo.

En las semanas que siguieron después de haberse acostado con Rose, Lowell se le entregó totalmente. No solo física y emocionalmente, sino también intelectualmente. El nocturno comenzó a crecer de nuevo y la música era la esencia de Rose. Lo escribió con placer y desesperanza. Con placer porque la acercaba a él cuando la casa estaba vacía; con desesperanza porque su talento estaba en sus manos más que en su habilidad de componer. Deseó que fuese mejor y deploró las imperfecciones. El que la misma Rose fuese imperfecta no quiso admitirlo, ni siquiera quiso pensar en ello, aunque la forma de hacer el amor que ella tenía era sorprendentemente experta para alguien tan joven. Cuando estaba medio dormida y con la guardia bajada, su vocabulario era obsceno. El hecho de que durante la mayor parte del tiempo ella estuviera en guardia le preocupaba. Le había abierto su cuerpo, pero no su mente. Él lo quería todo.

Rose, dentro de sus prudentes límites, daba lo que podía, incluyendo un montón de invenciones. Creó una historia que solo era cierta en parte. Su padre había muerto en un accidente de coche, le dijo. El que hubiese traspasado completamente los límites, tanto de velocidad como de alcohol, después de una violenta discusión con su madre, se lo guardó para sí. Poco después, una triste descripción de la muerte de su madre, de pena, quizás forzaba un poco su credulidad, pero se arriesgó. De todas formas, no estaba segura de los hechos. Sucedió cuando estaba en la escuela y su abuelo arregló la historia lo mejor que pudo. Su único error estuvo en utilizar la frase «un asunto completamente lastimoso». «Una triste pérdida» hubiese descrito un ataque al corazón... o lo que fuera. Y no murió en su propia cama. Extraordinariamente embarazoso, pensó Rose, para el propietario de la cama. Ella había

llorado al morir su padre, pero por su madre no sintió ninguna pena. El vínculo materno había sido cortado con el cordón umbilical: al nacer. Su padre la abrazaba cuando era una niña; todo el amor de su niñez se lo había dado él. Después, cuando en su adolescencia empezó a semejarse a su madre, parecía que la quería menos. Para conseguir afecto, descubrió Rose, uno tiene que proyectar la imagen que desea la otra persona, y uno solo lo hace si la imagen le atrae y si la otra persona vale el esfuerzo. Lowell, aquel hombre extrañamente atractivo y vehemente, lo valía. La imagen era aún imprecisa, no la podía ver del todo, aunque la casa ayudaba. La representación que ella hacía en aquel marco era casi buena. Y a veces, ni siquiera parecía estar representando.

Fuera de la casa, lejos de Lowell, volvía a ser ella de nuevo. Emprendiéndola con Craddock solo por gusto. Fría, bastante educada, teniendo diferencias de opinión con su abuelo. Bromeando con los peones más jóvenes que eran lo bastante sensatos como para no ir demasiado lejos con la nieta del jefe. Sus momentos tranquilos los pasaba paseando sola, evitando trabajos útiles. Su abuelo le había sugerido, sin convicción, que podía ayudar en la oficina de la finca. Ella rehusó desbaratar un sistema que ya funcionaba sobre ruedas y él no había insistido. La finca era su prisión hasta que la herencia de los bienes de su padre la liberase dentro de tres años. La insistencia de su abuelo en que era libre para salir al mundo y hacer un curso de formación era una gran tontería. No había nada en lo que ella quisiera formarse. Del mismo modo que no había nada a lo que Lowell quisiera dedicarse, excepto a la música. Y le llevaba ventaja, porque le llegaría dinero. El dinero, obtenido con demasiada facilidad, podía financiar el desastre, le había advertido su abuelo; debía utilizarlo sensatamente cuando llegase el momento. La idea de sensatez de su abuelo y la suya diferían. Era sensato ser feliz, creía ella, mientras que a él le complacía ser sensato.

Ballater, ella no lo sabía, estaba lejos de estar complacido. Craddock le había dicho que había visto a Rose visitando a Marshall en su casa. Para Craddock, Rose era una bomba de relojería sin explotar en los pastos verdes y tranquilos de Ballater, cuando el coronel debiera estar disfrutando de una merecida paz. Era injusto que las circunstancias la hubiesen colocado allí, y hasta que fuese

desactivada (poco probable, era poco probable que su naturaleza cambiase) o quitada de allí cuando ella finalmente se marchase, él la vigilaba atentamente. Si el músico no hubiese estado casado no se lo hubiese dicho a su jefe, pero lo estaba y podía haber problemas. Ballater ya había tenido bastantes.

Rose estaba cuidando del toro *Charolais* cuando Ballater decidió que era necesario hablar claro. El animal estaba atado en el establo, con su enorme y musculoso cuerpo sobre las rodillas como una bestia sagrada de la mitología india; unas guirnalda alrededor de los cuernos completarían el cuadro. Le estaba cepillando el cuello con un cepillo grande con mango, mojado en agua jabonosa. Él consideró que el cuadro no solo era peligroso, sino también grotesco, y se enfadó.

—Es un trabajo de hombres, ya te lo he advertido. Sal de ahí. Ven aquí.

Iba vestida con un mono verde pálido, empapado de agua sucia y parecía un acólito desaliñado, llevando a cabo deberes sacerdotales en ausencia del sacerdote.

Dejó el cepillo en el cubo.

—No es peligroso. Yo lo he criado. Me conoce.

—¡Haz lo que te digo!

Suspiró. Su abuelo podía llevar la agricultura en la sangre, pero aún llevaba más el ejército. La trataba como a un subalterno incompetente. Salió y cerró la puerta.

—¿Y quién va a terminar el trabajo? No se le puede dejar así.

—Craddock se ocupará de ello.

—Craddock y un par más —dijo desdeñosa.

Ballater vio a uno de los peones dirigiéndose hacia el establo y le dijo que fuese a buscar a Craddock y se ocupase del toro.

—Y ponte una armadura y tráete un arma —gritó Rose sarcásticamente—. Podría hacerte daño.

El enfado de su nieta, tan parecido al suyo, mitigó algo la rabia de Ballater. Deseó que su inquietud expresase su amor por ella de forma más evidente, menos áspera. Pero no sabía cómo llegar a ella. Ni esperaba poder hacerlo nunca.

—Cumplirás dieciocho años el día veinte —le dijo— pasado mañana.

—¿Y qué? No puedo evitarlo.

—No te estoy acusando de hacerte mayor. Solo estoy expresando un hecho. Eres lo bastante mayor como para comportarte con discreción.

—¿De qué manera?

—He oído que vas mucho a ver a Marshall.

Craddock, pensó. ¿Qué hacía? ¿Escondarse en la maleza y mirar?

Le explicó lo del gatito.

—Le está llevando tiempo acostumbrarse. A veces me quedo y charlamos... solo un rato. No veo ningún mal en ello.

Puesto así, parecía razonable, pero no se daba por satisfecho.

—Creo que deberías tener cuidado, por ti y por él. No sé por qué vive en esa casa cuando tiene un hogar en otra parte... y una mujer.

—Ni yo tampoco —respondió secamente—, pero eso es asunto suyo. Su mujer se llama Zoe, y es asunto de Lowell, ni tuyo ni mío.

Él se dio cuenta de que utilizaba los nombres de pila. Las charlas, pues, habían sido personales. Su preocupación creció.

—Sería fácil para ella convertirse en asunto tuyo y eso podría ser trágico para todos vosotros.

—Tienes una idea muy rara de la tragedia —replicó ella—. ¿Y qué me dices de las multitudes hambrientas en este maravilloso mundo nuestro? ¿Y de la maldita bomba?

Él no quiso cambiar de tema.

—¿Te ha hecho proposiciones?

¡Por Dios, pensó, qué anticuado puede llegar a ser!

—No —le dijo.

—Así que vas allí y solamente habláis. ¿Y de qué?

—Está escribiendo un nocturno. Hablamos de música.

Intentó creérselo. Era posible. Quizás buscaba peligro donde no existía, aunque su instinto le decía que no se equivocaba. Ella necesitaba la compañía de gente joven adecuada, pensó, y en la finca no la tenía. El año anterior se había divertido con Greg Farrel, uno de los estudiantes de agricultura que había ido a ayudarles en la cosecha. Se había alojado con Craddock y su mujer en el pueblo. Craddock se retiraría dentro de un año o dos y necesitaría sustituirle. Más tarde, si su propia salud empezaba a flaquear, la finca tendría que ser dirigida por un administrador competente. Era una oportunidad para un joven con capacidad. Alguien a quien

pudiese prepararse. Era una perspectiva deprimente el que la finca tuviese que ser dirigida un día por un extraño.

—Hay veces —dijo tristemente— que desearía que tus padres hubiesen engendrado un hijo. Alguien con entusiasmo por la agricultura y mucho sentido común. La vida sería más fácil para todos.

Rose, sonriendo irónicamente, se disculpó por su sexo. Él la cortó.

—Tengo algo para ti. No hay razón para que no te lo dé ahora —Se sacó de la cartera tres billetes de veinte libras—. Añádelo a tu paga y cómprate un regalo de cumpleaños. Llévate el coche a Cheltenham mañana y cómprate un vestido... tu ropa es horrorosa.

Ella le dio las gracias. El tener que ensombrece el regalo con una crítica formaba parte de su carácter.

Ballater esperó con embarazo el beso superficial de gracias y esperó un momento antes de volver la cabeza. Parecía que ahora Rose ni siquiera pudiese soportar el tocarle.

8

—TENGO QUE PASARME por el banco —le dijo Lowell—, así que haremos tus compras de cumpleaños en Bristol y utilizaremos la furgoneta.

Rose había sugerido Cheltenham y el Mercedes. Las dos cosas sonaban a clase alta, muchísimo más que Broadmead y la furgoneta. La finca, evidentemente, prosperaba.

Suponía que su saldo bancario se iba gastando lentamente. Necesitaba un estado de cuentas. Desearía no necesitarlo. Le hubiese gustado extender un cheque importante para algo especial en el cumpleaños de Rose, quizás una joya particularmente espléndida, pero no podía. Ya no era una niña, o no lo sería pasado mañana. Su adorable e intemporal Rose había alcanzado la mayoría de edad.

Mientras iban en el coche pensó que una joya preciosa no le iría. Aquel día llevaba un anorak azul marino (la mañana había comenzado nublada) y pantalones de pana morados. Él la había convencido de que se recogiese el pelo. Como lo había llevado antes, hacía mucho tiempo. Tuvo buen cuidado en no establecer la relación demasiado a menudo en su mente, la idea era extraña, era mejor no creerla, y por supuesto no debía hablar de ello, pero en momentos como aquel no podía apartarla, ni tampoco quería hacerlo. Rose había muerto. Rose estaba viva de nuevo. ¿Por qué no? ¿Disparate místico? Muchas de las religiones más importantes del mundo creían en la reencarnación, en el espíritu en progreso, y la creencia era un sentimiento básico. No podía intelectualizarse. El

creyente seguía creyendo contra todo argumento racional. Los hindúes, por ejemplo...

Ella irrumpió en sus pensamientos.

—¿Te acordaste de dar de comer al gato?

—¿Qué? —La furgoneta dio un salto hacia adelante cuando su pie apretó el acelerador. Aminoró—. Lo siento. ¿Qué decías? ¿El gato? Sí, me acordé.

Transportado a la realidad se preguntó si lo había hecho. Había tenido intención de hacerlo. Había guardado un trozo de cecina a propósito.

—Bien —dijo ella.

Estaba encantada de que a él le gustase Middy a pesar de que a veces era un condenado estorbo. Los gatos machos lo eran a menudo. Tenía la costumbre de saltar sobre la cama y arañarle cuando estaban haciendo el amor. Todos los arañazos de amor debían ser suyos, le dijo una vez con pesar. Otro hombre le hubiese dado una patada que lo hubiera enviado al infierno. Lowell era amable.

Descubrió que había habido fuerza en su música. Le había puesto sus grabaciones y había comenzado a entender lo que él había perdido. Su nocturno, el de ella, había empezado como hielo sobre el agua oscura, le dijo, y luego el hielo se había desecho y en el agua había calor, seres vivientes, belleza. Esperaba que algún día alguien lo tocara, si valía la pena.

Nunca sabía cómo responder a aquella clase de charla y se quedaba callada. La requería mental y emocionalmente. Tenía la extraña sensación, a veces, de que estaba siendo moldeada como un trozo de arcilla en la persona que él quería que fuese. Su voluntad era a veces más fuerte que la suya, y aquello era algo nuevo. Él no era un machista, sino todo lo contrario, un ser delicado y considerado; pero era algo más y lo que ese algo era, no lo comprendía. Y era una de las razones por las que siempre volvía.

Aun cuando a veces la asustase.

Pero aquello formaba parte de la excitación de ser amada. Era una Experiencia de Adulto. Con E mayúscula, con A mayúscula. ¿Verdad que sí?

Aparcar en Bristol era difícil, pero Lowell consiguió encontrar un agujero en un aparcamiento de grandes almacenes cerca de

Broadmead, el mayor centro de compras de la ciudad. Dijo que iría sola a comprar durante un par de horas, que no quería que estuviese con ella mientras daba vueltas por las secciones de ropa. Al contrario que a Zoe, a ella no le gustaba comprar ropa. Quedaron en encontrarse para comer en un restaurante de Union Street.

La vio seguir su camino por entre la gente en la acera de Lewis, con cara de aburrimiento ante la perspectiva de gastarse el dinero de su abuelo.

Se preguntó cuánto debía de quedarle a él.

Media hora más tarde lo supo.

De las aproximadamente mil quinientas libras de la venta del Volvo, menos los gastos, que él consideraba legítimamente suyas, añadidas a las cuatro mil de su cuenta conjunta con Zoe, quedaban ciento setenta libras. No podía ni imaginarse adónde había ido a parar el dinero y pidió ver al director. Al director no se le podía ver, le dijo el empleado, ¿quería hablar con el jefe de contabilidad? Con cualquiera que le pudiese explicar cómo se había volatilizado tanto dinero en menos de tres meses.

La charla con el jefe de contabilidad en su lujoso despacho no fue muy reveladora en principio. Era muy fácil en aquellos tiempos de precios altos gastar tanto dinero, le dijeron. Compras a plazos, hipoteca, facturas de calefacción, etc. etc. Lowell le explicó que no tenían ningún plazo y que la casa era en propiedad. Había pagado la hipoteca con facilidad cuando estaba en la cumbre de su éxito. En cuanto a facturas de calefacción... estaban en verano. ¿Qué era lo que quemaba su mujer en los días que refrescaba? ¿Polvo de oro? El contable, dándose cuenta de que no podía salirse con excusas, se esforzó un poco más y le dio algunos hechos. La señora Marshall había abierto su propia cuenta personal. Hacía ingresos en ella, pero no cargos. ¿Le ayudaba eso a aclarar la situación? Sí. Zoe estaba dejando seca la cuenta conjunta. Lowell se sintió como un soldado sin munición en un campo de batalla. Aquella era la forma en que Zoe declaraba la guerra. No podía culparla. Era una indeseable egoísta. Una egoísta impenitente. Él no tenía intención de cambiar su modo de vida, pero sobre cómo se mantendría, no tenía ni idea.

Desde luego, podía unirse a unos cuantos millones de personas más y cobrar del paro. Finalmente tendría que hacerlo. Significaría

una visita a su casa para recoger su cartilla de la Seguridad Social y luego pasar por la complejidad y las humillaciones de cobrar dinero del Estado. Dinero al que tenía derecho, se recordó a sí mismo. Pero aún no estaba preparado para volver a su casa y buscar los documentos. No quería ni verla ni olería. Con el tiempo tendría que hacerlo, pero todavía no. Tenía miedo de cómo podría reaccionar si se encaraba con Zoe ahora. Era más prudente no verla.

Extendió un cheque por ciento sesenta libras, dejando diez en la cuenta y cogió el dinero en billetes de diez en lugar de en billetes de veinte, porque hacía más bulto y era más tranquilizador. Aún quedaba una hora para su cita con Rose y decidió dar una vuelta por las joyerías para encontrar algo asequible.

También Rose, en su búsqueda de un vestido, se hizo más consciente del dinero. El tejido era una porquería, o demasiado elegante, o tan aburrido que daba ganas de vomitar. Si uno quería calidad tenía que pagar cientos de libras, así que se gastaría las sesenta libras en otra cosa, ¿pero en qué? Paseaba bajo una arcada cuando vio la nueva *boutique* Tissot. Había un par de botas marrón oscuro con botones en el escaparate al lado de un abanico de encaje y un parasol. Estaban agrupados alrededor de una mesa blanca de metal llena de chucherías, adornos para el pelo, pendientes, una gargantilla. La gargantilla, decía una tarjetita, estaba hecha de alas de mariposa. Si aquello era verdad, y ella no podía creerlo, ¿cuántas mariposas habían matado, y cómo habían puesto las alas en las bolitas de cristal? Curiosa, entró en la tienda. Una vez dentro, se olvidó de la gargantilla. Aquella, descubrió, era su clase de tienda.

Olía a alcanfor, como si los vestidos viejos que colgaban de los percheros acabasen de ser sacados de viejas cómodas. Era un buen olor. Y los vestidos tenían buen tacto cuando ella les pasaba la mano: finos algodones, muselinas, sedosas lanas, nada sintético. Un gran cartel, iluminado por un proyector al final de la tienda, anunciaba la exposición James Tissot que tenía lugar en la galería de arte. Ella no había oído hablar nunca de él, pero le gustó la fotografía de las mujeres victorianas en el «HMS Calcutta». Una llevaba un vestido blanco con un lazo amarillo en el culo. Rose se rio entre dientes. ¿Cómo reaccionaría su abuelo ante aquello?

Una vendedora salió de detrás del mostrador y le preguntó si podía servirle en algo.

—Solo explíqueme —dijo Rose— quién es Tissot, qué es este sitio, de qué va todo esto.

Tissot, le dijo la vendedora, era un artista francés de mediados del siglo XIX, un contemporáneo de Degas. Se especializó en retratos de señoras de la época y estuvo particularmente interesado en su vestimenta. Su amante sirvió de modelo en muchos de ellos. Se llamaba señora Newton.

—La exposición —continuó diciendo—, probablemente hará revivir el interés en la época, así que cogimos algunos de los vestidos de nuestra tienda de trajes de teatro en Clifton y los añadimos a la mezcla de épocas que tenemos aquí. Todo son copias, desde luego. El tejido auténtico valdría un dineral. ¿En qué época está usted interesada?

—En ninguna, solo miraba.

—Si su madre pertenecía al movimiento de las flores de los sesenta, este sería el modelo de vestido que llevaría.

La vendedora se dirigió a un anaquel de vestidos de algodón de diversos colores largos hasta los tobillos.

—Las flores nunca tuvieron influencia sobre mi madre —dijo Rose secamente.

Pero estaba interesada. Le llamó la atención uno de los vestidos hecho de algodón; el cordoncillo azul oscuro estaba decorado con hojitas verdes. Preguntó si podía probárselo... y otros más. No era su tipo de ropa, se iba diciendo a sí misma. ¿De qué servía un vestido largo hasta los tobillos en una granja? Y ella no era la clase de persona que lleva volantes alrededor del cuello ¡por el amor de Dios! Se lleva todo ahora, argüía la vendedora. Largo hasta la rodilla, largo hasta el tobillo, todo estaba de moda. Todo lo que se necesitaba era confianza en uno mismo. ¿Y qué era el estilo, después de todo, sino el valor para ser uno mismo? Los vestidos, ella se lo aseguraba, le sentarían muy bien.

Era hablar para vender, pero era cierto.

Finalmente se quedó un vestido marrón con un cuello de puntilla y una chaquetilla corta a juego que ocultaba un pequeño roto zurcido bajo el brazo. Magnífica calidad y una buena elección, le dijo la vendedora con entusiasmo. Como había sido alquilado para el teatro unas cuantas veces y no estaba perfecto, el precio era de treinta y cinco libras.

Le quedó el dinero suficiente para una capa de segunda mano de lana negra y las botas con botones del escaparate... si le iban bien. Y le fueron.

Rose, quien nunca antes se había interesado en ropa, se lo probó todo y se miró, rebosante de alegría, en el espejo largo. Estaba fantástica. Su abuelo se pondría furioso.

Cargada de paquetes, llegó media hora tarde a su cita para el almuerzo y Lowell, sentado a una mesa cerca de la ventana, ya la estaba esperando. Bebiéndose la cerveza como si estuviese abatido, pensó, antes de que él la viese. ¿Qué le pasaba? Ella estaba feliz, no quería tristeza.

—Todos mis vestidos son de segunda mano —le dijo a modo de saludo—. Me encantan. A ti no te gustarán. ¿Qué has estado haciendo?

Resistiéndome a arruinarme, casi le dijo, por no comprarte un relicario de oro que quería para ti: delicado, bello, condenadamente caro.

Le dijo que había sacado algún dinero del banco. No mucho. Y que le había comprado un regalo de cumpleaños. También de segunda mano. Y no le gustaría.

—Ponme a prueba.

Puso los paquetes debajo de la mesa y alargó la mano.

—No es tu cumpleaños hasta mañana.

—No puedo esperar.

—Por esto sí.

Estaba deprimido y repentinamente avergonzado del regalo.

Al notarlo, ella cambió de tema y le habló de la exposición Tissot.

—Vayamos a verla después de comer. No quiero comer mucho... Me iría bien una *pizza* o algo así.

—¡Maldita sea!, te puedo invitar a una comida decente.

—Ahora no tengo hambre. Por Dios, ¿por qué vamos a pelearnos por la comida? Si no quieres ir a la exposición, dilo.

—No tengo ninguna objeción, si es lo que tú quieres hacer.

—Sí, a menos que tengas una idea mejor.

No la tenía.

Lowell aparcó la furgoneta justo a la salida de Queen's

Road, a un par de minutos andando del Museo de la Ciudad y de la Galería de Arte. La exposición estaba ubicada en una sala que acogía el trabajo de los artistas locales de principios del siglo XIX, incluyendo a Francis Dandy. El estilo del francés era una comparación interesante. Para Lowell, la Rose del siglo XX era una comparación aún más interesante. La siguió ligeramente rezagado intrigado por su reacción ante las diversas escenas. El trepador social le divirtió.

—Mira qué ojos tan lascivos tiene ese hombre.

La chica de *El ramillete de lilas* la aburrió, pero el retrato de Kathleen Newton la atrajo.

—¿Qué libro crees que es ese que lleva bajo el brazo? ¿El Decamerón? Era su amante, ¿sabes?

Lowell no lo sabía.

—¿Dónde te enteraste de ese chisme escandaloso?

—En una tienda... esta mañana.

—Esta conversación es increíble, acláramela.

Sonreía. Ella estaba encantada de verle feliz de nuevo.

Un concierto en Victoria Rooms, un poco más arriba de la calle, era la siguiente secuencia natural en un día que parecía planificado. La interpretación vespertina, una sinfonía de Mozart, no empezaba hasta las siete y significaría volver tarde a casa. Tendría que telefonar a su abuelo y decírselo, le dijo, y tenía que ir a la furgoneta a buscar su monedero. Lowell le dijo que le pagaría la llamada telefónica, que tenía muchas monedas. Ella no quiso. Había algo más que necesitaba de la furgoneta. Así pues, él le dio las llaves.

Se adelantó a ella hacia la sala de conciertos, compró las entradas y se quedó esperándola en el vestíbulo. Ir allí, incluso con Rose, no era fácil. Solo, o con Zoe, hubiera sido imposible. Había tocado allí muchas veces en el pasado y el papel pasivo era difícil de asumir. Quería hacer música, un airado torrente de sonidos, y estaba celoso hasta la médula del joven solista que iba a interpretar en su piano, en su escenario aquella noche.

Edwin Leeson se hizo eco de sus pensamientos, sobresaltándole.

—Hola, Lowell... ¿en el lado equivocado, verdad? ¿Cómo estás?

El fotógrafo y su mujer, Jane, estaban a punto de entrar en la sala cuando Leeson vio a Lowell solo.

Lowell dijo que sus manos estaban protestando.

—¿No están mejor?

—Nunca lo suficiente.

Jane se acercó.

—Hace tiempo que no se te ve, Lowell.

Él estuvo de acuerdo. No ver a Jane, sin embargo, no era causa de pesar; ella no tenía ninguna de las buenas cualidades de su esposo. Físicamente parecía un pequinés uniformemente acicalado, de ojos grandes y radiantes y un cabello sedoso de perrita. En aquel momento su curiosidad era evidente. Él esperaba que no la expresase. Lo hizo, pero dando un rodeo.

—Zoe no vendrá a las clases de artesanía este otoño, ni a las de mantenimiento. Es bastante malo que un miembro de la familia hiberne, ¿no la puedes persuadir?

No contestó.

Ella le dio un poco de color. ¿Se había desecho él de su mujer, o es que ella le había dejado? Su silencio era desalentador, pero continuó:

—Me la encontré en el centro un día de la semana pasada. No hacía buena cara. Pálida por el golpe, quizás... Se acababa de comprar un visón.

Esta vez Leeson rompió el silencio antes de que fuese demasiado gélido.

—Estoy aquí en misión fotográfica; tengo la cámara temporalmente en la taquilla. ¿Conoces al joven Bennet, el solista?

Por el cerebro de Lowell iban pasando números como en una computadora loca... Así que allí era adonde iba a parar el dinero... Una chaqueta de visón, o un abrigo, lo que fuese, era decir adiós a mil libras más. Dejó de pensar en sus manos.

—Sí —dijo Lowell—. Mejor dicho, no. He oído hablar de Bennet, no le he oído tocar.

—Entonces te aguarda un placer. Posee todo el talento que tú tenías a su edad. Va a tocar también una de tus favoritas... el «do menor».

—Bien.

Se habría comprado también complementos para hacer juego. Bolso, zapatos.

—Estaría orgulloso de saber que estás entre el público esta

noche.

El comentario de Leeson era sincero. No era adulación vacía.

—Lo dudo.

Y joyas, posiblemente. Algo incluso más caro que el relicario de oro.

—Bueno, preparado para dar lo mejor de sí, desde luego. Es difícil seguirte la pista. Y absolutamente difícil hablar contigo. ¿Qué demonios te pasa?

Leeson miraba a su alrededor para inspirarse, buscando un tema de conversación que no echase sal a las heridas, pero lo que vio le dejó mudo de la impresión. La chica de la urna, pensó. No podía ser, pero lo era.

Lowell también la había visto. Los latidos de su corazón se aceleraron cuando Rose se aproximó. Por fin la confirmación de algo que había sabido desde hacía mucho tiempo. Se quedó anonadado mientras el deseo y la satisfacción le subían a oleadas.

Rose se había puesto las ropas victorianas en la furgoneta. Y se había arreglado el pelo. No llevaba maquillaje. Nunca se maquillaba. Lowell la miró con conciencia profundamente amorosa.

—Sí —dijo ella—, soy yo —Tocó su mano con inusual suavidad—. Si tienes las entradas —le dijo— sugiero que entremos.

Fue a la mitad de una interpretación brillante que Lowell apenas oía cuando recordó el regalo que le había comprado. La gargantilla de segunda mano que él creyó que no era acertada, de repente lo era. Era de delicado coral rosa y realzaba su vestido marrón mejor que el oro. Ella se inclinó hacia él mientras se lo ponía alrededor de la garganta.

Unos cuantos asientos detrás de ellos, Jane Leeson daba codazos a su marido.

—¡Oh, caramba, caramba! —susurró—. ¡Espera a que se lo diga a Zoe!

Leeson no respondió. De repente recordó con angustia el titular en el «Illustrated Police News», de 1870, que había encontrado en los archivos de la biblioteca. La atmósfera era amenazante. Necesitaba aire y se levantó bruscamente, deseando por Dios que Lowell quitase sus hinchados y feos dedos del cuello de la chica.

9

—SI FUESE BEN —le dijo Louise a Zoe—, yo no haría una guerra de desgaste, o lo que sea que estás haciendo, yo iría a la casa y armaría un escándalo.

Miraba la figura agachada de Zoe mientras limpiaba unos parterres de plantas secas. Era extraño que no le hubiese pagado un extra al jardinero a horas para que se lo hiciera; quizás el dinero de la cuenta conjunta se había terminado. Zoe había admitido su táctica en un momento de debilidad, pero notando el desagrado de Louise, no se había vuelto a referir a ello desde entonces.

—Pero no es Ben —Zoe se irguió y se tocó la espalda que comenzaba a dolerle—, y esa es la diferencia.

—¿No tendrás todavía miedo de él?

Zoe eludió la pregunta.

—Veo las cosas de modo distinto. Eso es todo.

Recogió el desplantador y una bolsa de bulbos de tulipán.

—Estos los plantaré luego. ¿Quieres entrar a tomar un café?

—Será mejor que lo tomemos en mi casa, tengo que vigilar a los niños.

Las confidencias en una atmósfera doméstica oliendo a pudín de arroz quemado tendían a desvirtuar su dolor. Clarissa estaba dormida en el capazo y Christopher estaba pintando ruidosamente en su caballete.

Zoe intentó explicarse, bajando la voz por el niño: ella había creído que Lowell estaba enamorado de una fotografía victoriana, y eso era locura. Ahora veía que probablemente era una fotografía de

la zorra con la que se acostaba. Jane Leeson le había hablado de una chica disfrazada. O sea que no estaba enfermo de la cabeza, solo era infiel, y esa era una forma suave de decirlo. Lo hubiese dicho de modo distinto, pero alguna gente menuda podría estar escuchando.

Louise miró a su hijo y le sugirió que podía llevarse el caballete al patio. Hacía frío allí, protestó el niño, y ¿por qué estaba Zoe cuchicheando? ¿No sabía que eso era de mala educación?

Diez minutos después, instaladas en la quietud de la sala, Louise hizo algún sondeo. ¿La había descrito Jane? ¿No solo el vestido, sino cómo era?

Zoe ya no tenía más ganas de hablar de ello. Aquel crío había sido un impertinente. Louise debería educarle mejor. Si ella y Lowell hubiesen tenido un hijo... no dejó que el pensamiento acabase.

Se encogió de hombros.

—Cabello largo recogido en un moño. Tuvo que levantarse algunos mechones sueltos del cuello cuando Lowell le puso la gargantilla de cuentas.

—¿De cuentas?

—Así es como ella las llamó.

La chica del gato también tenía el pelo largo, recordó Louise, pero lo llevaba suelto. Podría ser la misma. La memorable parte del encuentro había sido el ansia de Lowell por estar con ella.

—¿Te dijo Jane algo más?

No era tanto lo que Jane le había dicho lo que había arrastrado la conversación como lo que Jane había dado a entender. Lowell parecía interesado, le dijo. Y había cerrado fuertemente la boca mientras sus ojos le habían contado el resto a Zoe. La zorra le había dejado frío. ¿Mensaje recibido y entendido?

—Pensó que probablemente había una «amistad» —Zoe sonrió amargamente—. Lowell se marchó con ella sin presentarles. Ya te lo había contado antes.

—Lo que no implica necesariamente irse a la cama.

Pero probablemente así era. El instinto de Zoe podía estar en lo cierto.

—Sigo pensando que deberías ir y hablarle.

Zoe estaba callada.

Louise luchó por no decirlo... y perdió.

—Ben y yo iremos contigo si quieres.

Ya se lo había sugerido a Ben y no se había mostrado cooperativo. Había ido la última vez, le recordó, por las manos de Lowell... bueno, en parte. Si Lowell tenía otra mujer eso era asunto suyo y de Zoe. La cosa tenía entonces otra dimensión. Ya no era solo un caso de depresión y abandono. Así que no te metas.

—No creo que sirva de nada ir a verle —dijo Zoe—, aún no.

Cambió de tema.

—¿Os dijo cuánto le había ofrecido el ganadero por la casa?

—No. Aparentemente necesita un acceso a la carretera de más abajo.

—¿Mencionó Lowell su nombre?

Louise tenía buena memoria.

—Sí, Ballater. Posee la finca que hay sobre la colina —Cogió la jarra de Zoe y le puso café recién hecho—, pero no puedes hacer nada ahí, ¿no es así? La casa está a nombre de Lowell.

No, concedió Zoe, no podía hacer nada, pero el tiempo lo haría, pensó. Y cuantos más regalos le hiciera a su fulana, antes llegaría el momento. Se preguntó si debía contratar un detective privado para saber quién era la chica. Pero ¿importaba realmente quién fuese? Darle un nombre no arreglaría la situación. En cierto modo, podía empeorarla.

Bebió un sorbo de café de la gruesa jarra de cerámica. Su último gran desembolso había sido un juego de té Royal Doulton. Muy bonito. Si hubiese sido sensata hubiese comprado las tazas de café a juego. Habría acelerado el final.

¡Oh Dios!, ¿por qué quería reír y llorar al mismo tiempo? ¿Por qué la estaba mirando Louise de aquella manera?

—Creo que sería bueno —dijo fríamente, sin pensarlo realmente — que Lowell y yo nos divorciásemos.

Louise se quedó callada.

—Lo tengo a mis espaldas como un viejo lobo de mar.

Y lo quieres seguir teniendo ahí, pensó Louise. Zoe, altiva, estirada... temblaba sintiéndose herida, airada, sola. ¿Era posible sentirse así sin amor? ¿O era amor propio? De todos modos, ¿quién era ella para juzgar? Había muchas formas de luchar por un hombre... sucias la mayoría de ellas.

Rose iba a verle por las noches ahora.

Aunque él no tenía por qué saberlo, era un gesto de desafío, que lentamente se iba convirtiendo en una necesidad sexual. El enfado de su abuelo al volver tarde de Bristol, especialmente porque había ido allí con Marshall, había sido explosivo. Esperaba que volviese sobre la medianoche todo lo más tarde, a juzgar por la llamada telefónica y la duración del concierto, así pues, ¿dónde había estado hasta las dos de la madrugada? Le dijo que el coche de Cenicienta había tenido pana: un pinchazo. De hecho, llegaron a casa de Lowell mucho antes de la medianoche e hicieron el amor. La luna de septiembre proyectó sus rayos sobre la cama y sobre las esquinas de la habitación de forma que todo parecía vivido, bastante desolado, algo fantasmal. Después él la acompañó a casa, aunque ella hubiera querido quedarse. No le dejó que llegase hasta su casa. Si había jaleo, ella sabría cómo llevarlo. Después de todo, tenía dieciocho años. Oficialmente adulta. Su vida era suya para vivirla como quisiera.

La conciencia de Lowell fluía y refluía cuando pensaba en Ballater y en la inquietud del viejo. Rose detenía el reflujo y alentaba el flujo y él permitía que fuese así. ¿Qué daño había en aquella extraña, deliciosa relación que doblegaba la voluntad? Nunca se había sentido tan realizado, tan en paz consigo mismo. La vida había empezado a repartirle ases de nuevo; el comodín con las manos retorcidas estaba ahora relegado al fondo de la baraja.

Empezó a subir de nuevo cuando Greg Farrel entró en la casa con la seguridad jactanciosa de un hombre que anteriormente había entrado en ella muchas veces. Eran las siete de la tarde y Lowell estaba chafando galletas de gato en agua caliente para Middy.

Los dos hombres quedaron igualmente sorprendidos.

Lowell vio un joven alto, pelirrojo, de unos veintidós años vestido con ropa de motorista. Antes de que hablase sabía que sería descarado y fanfarrón; un hijo de puta.

Farrel notó la hostilidad.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Quién es usted?

—Estaba a punto de hacerle la misma pregunta.

El gatito arañaba la pernera del pantalón de Lowell y dejó la comida en el suelo. Estaba muy caliente. Middy, a punto de lamerla delicadamente, dio un salto hacia atrás.

Farrel miraba con interés. Dar de comer a un animal que vivía allí implicaba que el tipo también vivía allí.

—La puerta estaba abierta —dijo a modo de disculpa—. Creí que Rose estaría aquí.

—Ayudaría a que progresáramos en nuestro mutuo entendimiento —replicó Lowell fríamente— si me dijera quién es usted.

Farrel imitó la voz pedante de Lowell mentalmente, pero no tuvo agallas para iniciar un enfrentamiento con su ironía.

—Greg Farrel —dijo, y alargó la mano—. Mucho gusto, señor. —Había descubierto que a la generación anterior le gustaba la cortesía.

Lowell no hizo caso de la mano.

—Aún no me ha dicho usted por qué ha entrado en mi propiedad... y qué tiene usted que ver con Rose.

¿Su propiedad? Farrel siempre había creído que aquello era de Ballater. Una casa de la finca que Rose confiscaba de vez en cuando para su uso particular.

—¿Así que Ballater se la vendió? —le dijo—. Ya veo.

Añadió:

—Creo que el gatito se ha quemado la lengua.

Middy se lamía el pecho furiosamente.

Lowell le explicó que había heredado la casa de un miembro de su familia.

—¿Por qué esperaba usted encontrar a Rose aquí?

Estaba alarmado por la posibilidad de que aquel muchacho fuera del pueblo y de que el pueblo estuviese lleno de chismes.

Farrel le dijo que era un estudiante de Agricultura y que había ido a echar una mano con la cosecha.

—Estuve aquí el año pasado. Es un trabajo de vacaciones. A Rose le gustaba bajar aquí cuando el viejo la fastidiaba.

Se preguntó si el nuevo propietario sería un confidente de Ballater. Era posible. Así que mejor no decirle nada más.

Lowell sintió una ligera sensación de traición. Rose había admitido que iba allí cuando la señorita Marshall estaba viva. ¿Por qué ocultarle que había seguido yendo desde entonces? ¿Sería aquel el gamberro que había plantado la marihuana? De repente recordó el regocijo cuidadosamente velado de la chica cuando mencionó a

los gitanos. Las cosas empezaban a encajar de forma concluyente.

Farrel decidió que sería más sensato dejar nuevas huellas por el bosque... por el bien de Rose. Había metido la pata allí y sería necesario que se fuera por otro camino.

—El coronel Ballater es un ganadero competente —dijo—, teniendo en cuenta que empezó tarde. Y no me debe considerar demasiado mal o no me hubiese pedido que volviese este año. Me alojo en la casa de labranza... El año pasado me hospedé en el pueblo.

Se agachó y le dio unas palmadas a Middy.

—Lindo minino. Rose tiene mano con los animales. ¿La ha visto usted manejar aquel imponente y enorme toro?

Siguió parloteando sin esperar respuesta.

—La mayoría de los demás estudiantes de Agricultura tienen que coger trabajos durante las vacaciones que no tienen nada que ver con sus estudios... y algunos lo prefieren. Yo no. Será bueno ayudar a recoger la cosecha... Es un trabajo muy duro... satisfactorio.

Lowell notó que trataba de desviar su atención. El honesto labrador al que se le forma chepa a causa del trigo... o su equivalente moderno. Era una desviación reconfortante; se dijo a sí mismo de no cuestionarla en demasiada profundidad y aceptarla de momento. La educación, en aquel punto, requería una presentación. Le tocaba el turno de extender la mano.

—Soy Lowell Marshall, y no tengo nada que ver con la agricultura.

Pero el nombre no significaba nada para el visitante; evidentemente su fama no había penetrado en la comunidad estudiantil. Pero cuando Farrel le apretó la mano vio que Lowell hacía una mueca de dolor y se dio cuenta de que había apretado demasiado fuerte. El tipo era artrítico.

—Lo siento —se disculpó—. Maldita suerte la suya.

Era el tono que empleaba con el Coronel Ballater, muy militarista. No era el tono adecuado para aquel hombre, le pareció. Aún no le había cogido la medida. ¿Por qué, por ejemplo, estaba tan interesado en Rose?

—¿Y qué es lo que hace usted entonces, señor Marshall?

La obsesión de los activos, pensó Lowell, era siempre poner a los inactivos en categorías. Marshall, el exmúsico. En aquel momento,

le dijo a Farrel, no estaba haciendo nada. Su expresión le aconsejó dejarlo así.

¿Un académico en un año sabático?, se preguntó Farrel. Rose lo sabría.

—¿No debe de ser suya la furgoneta que hay en el campo de abajo, verdad?

Desde luego esperaba una negativa como respuesta.

Lowell dijo que sí lo era.

—Supongo que más cómoda que su moto. Ha venido usted en una, creo.

Farrel dijo que sí.

—Está aparcada al lado de su furgoneta. Aún no hay acceso por carretera hasta la finca desde aquí.

—No.

No, mientras yo tenga mi casa, no lo hay.

—Entonces tendré que ir hasta casa de Ballater por la otra carretera.

Lo que hubieras hecho de entrada, pensó Lowell, si no hubieses estado tan seguro de que Rose estaba aquí.

Aquel muchacho y Rose eran de la misma edad.

El día iba teniendo menos luz.

10

A GREG FARREL le llevó unos días el darse cuenta de que estaba siendo examinado, tanto social como profesionalmente. Era una experiencia incómoda. Ballater dirigía la finca como un ejercicio militar. Era un buen estratega, delegaba con cuidado y hacía un completo uso de las computadoras, trabajando desde su despacho la mayor parte del tiempo. Farrel descubrió pronto que vivir en la casa era como ser un suboficial muy joven en un comedor de oficiales mayores. Supuso que las cenas serían un infierno. El año anterior pensó que Rose exageraba al describir la experiencia.

—Te rompes la cabeza para encontrar algo de qué hablar —le dijo— y bebes el vino en una copa de cristal de Waterford. Se te calientan los pies en los condenados zapatos y quieres salir y andar por el fango.

Aquello justamente lo resumía. Había límites a lo que uno podía decir sobre producción lechera y la CEE. Las opiniones de los profesores de la Facultad de Agricultura no eran necesariamente las mismas que las de aquel anciano de apariencia severa, y él no sabía lo suficiente de nada todavía como para entrar en una discusión. De todos modos, discutir era una mala política. Era buena política escuchar educadamente y decir que sí. Era buena política disculparse, encantadoramente si era posible, por no haber llevado ropa más adecuada. Camisetas de colores y téjanos, era toda la que tenía.

Se preguntó cuánto valía la finca.

Rose, mirándole desde el otro lado de la brillante mesa de

caoba, imaginó lo que se estaba preguntando.

Aquella primera tarde subieron andando a la colina, lejos de la casa de Marshall, a una pequeña plantación de álamos temblones. Cerca había una hondonada cubierta de hierba, un lugar no del todo privado, pero que era imposible ver desde la finca. Allí se podía oír en la distancia el incesante ruido de un tractor, y el suave mugir de las bestias. Y muy cerca el deslizarse de un animalito por la hierba y el seco y frágil sonido de las hojas al voltear.

Rose dijo:

—Aún soy yo. Detesto que mi abuelo intente planificar mi vida.

Él la entendió.

Con todo, el plan podía no ser malo. Arcaico, desde luego, pero tenía sus cualidades. Su familia no podía permitirse que se estableciera como granjero independiente. Su padre, preocupado por no haber seguido la tradición familiar de abogacía, había hecho el viejo chiste de que se casara con la hija de un hombre rico.

En aquel caso... nieta.

Y deseable.

Pasó la mano suavemente por los pechos de Rose.

Ella lo dejó aún más claro.

—Odio la agricultura. Un día me iré de aquí. No me quedaré nunca.

Quizás era así, pero se la podía persuadir.

Ella le apartó la mano con impaciencia. Comparado con Lowell era un aficionado: patoso e insensible.

—¿Has traído marihuana? —le preguntó.

Sí, pero en aquellas nuevas circunstancias podría ser poco sensato admitirlo.

—No.

La vacilación al responder había sido algo larga. Ella le sonrió.

—¿Sabes que «kif» en marroquí significa *paz y tranquilidad*? Me irían bien las dos, así que... dame.

No la llevaba encima. Estaba en su equipaje. Después quizás admitiese que la tenía, pero aún no estaba seguro de lo que iba a hacer; sería tonto estropear la oportunidad en un momento tan prematuro del juego.

Si me estuvieses protegiendo por mi bien, pensó ella, estaría enfadada contigo, pero no tanto.

—¡Por el amor de Dios! —le espetó—, ¡no hace daño!

—Quizás, pero no es legal, y ya tuviste problemas anteriormente.

—Si vas a empezar sacando a relucir las respuestas adecuadas por los motivos equivocados le caerás muy bien a mi abuelo. ¿Qué estás haciendo? ¿Practicando?

Estaba empezando a molestarle. Y a excitarle. Había algo distinto en ella este año. Hasta cierto punto, parecía indiferente a él, e incluso a la marihuana. Le dio la impresión de que a ella no le preocupaba tanto si se la daba o no. Así pues, ¿dónde conseguía sus estimulantes?

Solo al cabo de varios días de trabajo duro cosechando, rematados por noches célibes, descubrió por qué Rose mantenía cerrada con llave la puerta de su habitación.

La cerraba porque no estaba allí.

La vio por casualidad, cerca de la medianoche, dirigiéndose hacia el camino de abajo. Al principio pensó que podría ser sonámbula. Su largo vestido parecía una bata pasada de moda, pero Rose no se ponía nada en la cama. Y andaba como si supiese hacia dónde iba. En un santiamén salió de su habitación y tomó el sendero que cruzaba el campo, y ya no se la veía. Anduvo un poco por el camino, hasta pasada la furgoneta de Marshall, y no pudo encontrarla. El único lugar en el que ella podía desaparecer en tan poco tiempo era en la casa de Marshall. Volvió sobre sus pasos y se quedó por allí un momento, pero hacía demasiado frío para estar mucho rato. La noche siguiente llevaba su chaqueta de cuero y botas calientes y se colocó cerca del campo en el que apacentaba el ganado *Charolais*, el lugar estratégico desde el que Rose vigilaba la casa de Lowell antes de conocerle. Ella volvió justo después del amanecer.

A la luz de la primera hora de la mañana pudo ver que llevaba una capa negra sobre un vestido rojo oscuro. No lo había visto antes. Su pelo estaba despeinado, como si acabara de levantarse de la cama y sus mejillas, a pesar de lo fresco del día, estaban sonrojadas como si hubiese hecho el amor recientemente.

No le había visto, pero notó que podía haber alguien allí y miró por encima del hombro. Él se retiró hasta el abrigo del muro. Rose se encogió de hombros y siguió andando tranquilamente hacia la

casa. La puerta principal estaba entreabierta. Ahora sabía quién era y se quedó esperando en el vestíbulo hasta que Greg se reunió con ella.

Avergonzado de que le hubiesen cogido espiando, su tono fue agresivo:

—¿Te lo has pasado bien?

—Mejor que nunca.

Sus ojos eran burlones.

—¿Lo sabe el viejo?

—No seas ridículo.

Se preguntó qué valdría su silencio.

Pero él no tenía precio. Le gustaba ella. Su orgullo estaba herido. Su cuerpo era joven, fuerte... El año anterior ella había gozado con él. Si su nuevo amante hubiese sido uno de sus compañeros hubiese sido insultante, pero no tanto.

Dijo la primera cosa que le vino a la cabeza.

—Él es fantasmagórico. La casa es macabra. Y tu vestido parece un sudario rojo ensangrentado.

Ella hizo el signo de la «V» vuelto del revés, un reniego silencioso, y se dirigió hacia la escalera.

Aquella noche, durante la cena, Greg preguntó a Ballater sobre la casa de Marshall.

—Siempre creí que la casa le pertenecía, señor.

Ballater dijo que esperaba que un día lo fuese. Notaba que la conversación debía de tener algún objeto, pero no estaba seguro de cuál era. Greg dijo que había visto a Marshall brevemente.

—Dice que no tiene relaciones agrícolas.

Ballater le explicó el historial de Marshall mientras Rose escuchaba en silencio.

—¿Viene alguna vez a visitarle, señor?

Ballater respondió tranquilamente que no le había invitado.

—Por negligencia mía, pero tiendo a no ser sociable.

Y añadió secamente:

—Rose fue a un concierto con él.

—De música clásica —terció Rose—. No lo que te gusta a ti, Greg.

Era más seguro llevar la conversación hacia otra dirección.

—Sucedió que iba a ir a Bristol y me llevó. Fui a comprar ropa.

—Y no traje ninguna —observó el abuelo—, o si trajiste, no la he visto.

—No había nada adecuado.

La ropa era para Lowell. Para la casa. Para la persona en la que se convertía cuando iba allí. La pulla de Greg de que el vestido era como un sudario le dolía. Había estado diciendo estupideces.

—Me gusta la música rock; algo con un colosal buen ritmo dentro —Greg lo remedó con los dedos sobre el borde de la mesa y miró a Rose—. A ti también te gusta.

Ella entendió las implicaciones sexuales de la mímica y esperó que no lo hiciera su abuelo.

Pero sus temores eran infundados: el vacío generacional en este caso le había llevado a una tierra lejana. El muchacho había manifestado una preferencia, eso era todo. La música rock se oía en las discotecas, suponía. Eran lugares con luces giratorias y cuerpos que giraban. Los lógicos lugares de encuentro para los jóvenes imbéciles de hoy.

Le dijo a Farrel que él no tenía ninguna objeción si quería llevar a Rose a una discoteca, siempre que volvieran a una hora razonable.

—Utiliza el coche pequeño —le sugirió—. El Peugeot.

Cuando pasó la medianoche Lowell supo que ella no iría. El gato, sentado sobre su rodilla, bostezaba y se estiraba voluptuosamente. Una de sus patas acarició el cuello de Lowell, un tacto ligero como el de una pluma, con las garras muy escondidas bajo la piel. La ceniza del leño crepitaba en la chimenea.

La sala estaba iluminada por velas, porque a Rose no le gustaba el olor de su lámpara de parafina. Dirigió su mirada hacia ellas, concentrando su atención en trivialidades, para evitar la ansiedad. Recordó las largas y delgadas velas encarnadas que Zoe ponía en los candelabros de plata cuando tenía invitados. Velas para impactar. Era difícil leer a la luz de una vela. O componer. Así que trabajaba en el nocturno durante el día, consciente de la contradicción.

Tenía tendencia a hablar mucho mentalmente cuando Rose no estaba allí. Un diálogo consigo mismo. Controlable. Se dijo que ella no iba a ir, que había una razón completamente buena para su ausencia. No estaba muerta en un campo... ni la habían asaltado, ni violado. Siempre había insistido en que no debía ir a buscarla, que ella podía ir en cualquier momento. O no ir.

El diálogo aquella noche podía ser controlado y racional, pero no le tranquilizaba. No podía estar allí sentado sin hacer nada.

Puso a Middy en el suelo, cogió la linterna y fue andando por el sendero del campo arriba. El gato le seguía, pisando suavemente la oscura hierba. El aire de la noche tenía un olor a sudor rancio, como la esencia destilada de la ansiedad. No había fragancia en ningún sitio. La linterna formaba arcos amarillos en los setos vivos. Serpenteaba a través de la maleza. Exploraba. Buscaba y no encontraba nada. El cielo, cuajado de estrellas, le produjo vértigo y tropezó y cayó. Todo era demasiado inmenso... estaba demasiado silencioso... demasiado oscuro. Se sentó acurrucado donde había caído, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas y las manos sobre los ojos. Sin moverse. Desorientado. El tiempo parecía haberse detenido. No era consciente de nada más que de la necesidad de respirar.

Middy se frotó suavemente contra él y el trance, casi cataléptico, se rompió. Confundido, algo asustado, se puso lentamente en pie y miró a su alrededor. Estaba allí, en lugar conocido, todo era normal. Nada estaba mal. Solo una extraña reacción, un extraño estado de ánimo. Ya había pasado.

Subió la colina hasta cerca de la finca y cuando llegó a la cima contempló la casa. Unas cuantas luces pálidas brillaban en las ventanas, pero no había ni señal de Rose. Ni de nadie.

Al cabo de un momento, se persuadió de volver. Buscarla era invadir su intimidad. Podía estar con aquel gamberro pelirrojo. Si se los tropezaba en la oscuridad y estaban... Pero ella no... Era perfectamente natural... Tenía dieciocho años y él... Se obligó a decirlo y en voz alta:

—Podrían estar haciendo el amor. Vuelve a tu cama. Acéptalo.

Cuando volvió a la casa lo apagó todo excepto una de las velas y se la llevó hacia el dormitorio. La cama se veía fría, poco atractiva. ¡Por Dios, no podía aceptarlo! La quería. La necesitaba. Si se alejaba de él permanentemente, no sabía lo que haría.

Había momentos en los que Rose se sentía como si estuviese partida en dos; una experiencia más interesante que dolorosa. Dos hombres la querían. Dos hombres la tenían, en distintos grados. El sexo con Greg iba mejorando un poco, iba aprendiendo a ser menos egoísta, a pensar en el placer de ella. Era una relación fácil,

tranquila... sin peleas, sin tensión, sin representación.

Cuando estaba con Lowell estaba en un pedestal, ni siquiera podía renegar, pero su forma de hacer el amor era fantástica. Juntos en la casa, en la cama, se sentía estallar de amor por él. Fuera de la cama era menos perfecto. ¿Cómo podía un hombre tan inteligente en todo lo demás ser tan obtuso cuando se trataba de la vida de cada día? A ella le gustaba la casa tanto como a él, proyectaba su propio hechizo peculiar, pero no era algo salido de Grimm. No tenía paredes de pan de jengibre, la despensa no era mágica, no se llenaba sola. Y se estaba quedando sin combustible para el fuego. La furgoneta, le dijo, era un gasto inesperado. Tenía que ponerle una nueva batería, y dos de las ruedas no eran legales. Dicho simplemente, la emoción de hacer caso omiso de los deseos de su abuelo empezaba a perder su sabor.

Mientras Greg estuvo viviendo en la casa se olvidó de bajar leche para el gato. Cuando volvió a la Facultad empezó a acordarse de nuevo. Mientras tanto, Lowell tuvo que arreglárselas con leche en polvo para ambos, para él y para el animal. Consideró el olvido como síntoma de una aberración temporal. Cuando la leche empezó a llegar de nuevo esperó que la aberración hubiese pasado. Rose se había divertido con un muchacho de su edad. Él se había ido. Le olvidaría. Era la voz de la razón. Obligada. Necesaria. Poco convincente.

Rose también pensó que olvidaría a Greg, pero no era tan fácil. Le escribía cartas, divertidas, con unas cuantas frases torpes diciéndole que la echaba de menos. No vivía en la residencia de la Facultad, ahora, y tenía un piso pequeño en Gloucester. Si su abuelo le quitaba los grilletes y las cadenas, le escribió, ¿le visitaría? Ella sabía que tenía la mirada puesta en el futuro, que la finca era una propiedad deseable. Él no la quería como Lowell, pero probablemente la quería tanto como era capaz de querer a nadie. Era más cómodo meterse en sus aguas poco profundas que en el mar turbulento y oscuro de Lowell. El que, según el tiempo pasaba, se fuese haciendo más oscuro y más turbulento la inquietaba. Parecía querer poseerla en cuerpo y alma. Ella se negaba a darle el alma. Tenía sus propios pensamientos y su propia manera de expresarlos. Con Lowell tenía que tener mucho cuidado en lo que decía.

Pero no podía controlar sus sueños y a veces hablaba mientras dormía. Lowell la sostenía, sin entender lo que decía. Era algo de un niño. Una vez se levantó llorando.

Él le apartó los cabellos de la frente.

—¿Qué te pasa? Dímelo.

—No lo sé. No puedo acordarme.

El sueño estaba roto en un caleidoscopio de formas que se negaban a formar un todo coherente. Había una voz, acusatoria, aunque poco clara, una confusión de palabras que provocaban un fuerte sentimiento de culpa. Completamente despierta era capaz de bloquear el mensaje. Pero permanecía, burlándose de ella, en el centro de la pesadilla.

Se sentó en la cama, librándose de los brazos de Lowell.

—¿Qué hora es?

Él encendió la vela de la cabecera y miró su reloj.

—La una y veinte.

Su vestido marrón colgaba sobre el respaldo de una silla cerca de la ventana. Las botas, bien colocadas una al lado de la otra, estaban cerca de la cama. Podía ser el escenario de una obra de época, pensó, pero no lo era. Era una noche de otoño de los ochenta y una noche de otoño cien o más años atrás. Esta última parecía más real. Era fantasmal. Asustaba.

También era molesto.

—Lowell, necesito ir al *water*.

El *water* estaba fuera.

Él se levantó de la cama.

—Espera a que coja la linterna. Iré contigo.

Intentó meter bruscamente los pies calientes en las botas. Era todo tan absolutamente estúpido, tan condenada y jodidamente ridículo.

—Está lloviendo. Debería llevar botas de agua.

Estaba llorando de nuevo, esta vez con irritación. Él la abrazó... a su maravillosa, a su bella Rose.

Ella le apartó.

—¡Déjame! Tengo prisa.

Bajaron por el sendero del jardín protegidos por el enorme paraguas negro de Lowell. Cuando volvieron ella no quiso volver a la cama. Quería irse a casa. Era la primera vez que le dejaba antes

del amanecer.

El idilio se estaba rompiendo. No podía, no lo admitiría. Ella era parte de su vida. Parte de la casa. Su destino estaba allí.

Intentó explicárselo, pero Rose no sabía de qué le hablaba. Fue lo bastante sensato como para no ser demasiado explícito. Había encontrado una fotografía de alguien como ella, le dijo. En el pasado había pertenecido a la casa, como Rose pertenecía a ella ahora.

—¿Dónde estaba la fotografía? —dijo ella.

Su mujer la había destruido. «Pero ¿por qué?».

Se encogió de hombros.

—No importa. Te tengo a ti.

Estaban sentados a la luz de la lumbre, con las velas formando pequeñas lenguas rojas de fuego en los rincones oscuros de la sala. A Rose le pareció que repetían lo que él había dicho: Te tengo... te tengo... te tengo...

Había cogido una botella de clarete de las de su abuelo y habían estado bebiendo bastante. Quizás era el vino el que hablaba. El vino mareaba un poco, pero también tranquilizaba. Entonces, ¿por qué aquella persistente sensación de desasosiego?

Nunca había estado tan preciosa, pensó, y se lo dijo. La suave caída de sus cabellos sobre los hombros tenía destellos rojos en algunos trozos. Él rosa oscuro de la gargantilla de coral había cogido un zarcillo antes de que bajase hacia la pequeña protuberancia de sus pechos. Se inclinó y lo desenganchó.

—No debes cortarte nunca el pelo.

Ella se removió con impaciencia. Nunca tenía que hacer esto. Nunca tenía que hacer aquello.

—Si tuviese que hacerte un retrato lo llamaría Rose a la luz de la lumbre.

—Lowell, ¿quieres acostarte conmigo? —Su voz era seca—. Porque si es así, será mejor que empieces a desabrochar todos estos puñeteros botones mientras el fuego aún caliente.

Él se quedó parado.

¿Por lo de «puñeteros»? se preguntó ella. ¿O por la forma en que lo había dicho? Probablemente por las dos cosas. Había sacudido el pedestal.

Luego, en la cama, estaba de nuevo en su papel. Él sabía cómo

hacer que su cuerpo cobrase vida.

—Te quiero —le dijo ella, como se lo había dicho muchas veces antes. Dos palabras que expresaban su placer físico. Palabras que él quería escuchar. Palabras que olvidaba cuando estaba levantada y lejos de él.

Lowell se daba cuenta de que la relación había llegado a un punto en el que necesitaba seguir adelante de forma más positiva. Rose, a pesar de que hiciese el amor, se estaba intranquilizando, impacientando. Se merecía algo mejor que aquellos encuentros clandestinos. No había pensado antes en el matrimonio, pero ahora sí. Daba miedo. Divorciarse de Zoe... si la podía persuadir. Vender la casa. Si Zoe y él se la repartieran conseguiría unas cuarenta mil libras de capital. Si Zoe estuviese de acuerdo. ¿Pero por qué lo iba a estar? Lo honorable sería darle a ella la casa. Ella no había infringido nada, él sí. Una palabra extraña infringir. Fornicar... aún más extraña. No tenía la impresión de que se refiriesen a nada de lo que había hecho.

Pero Rose podía no querer casarse con él. Si no quería, ¿qué quería? ¿Que arreglase la casa? ¿Un *water* dentro? ¿Unos cuantos regalos caros? ¿Unas vacaciones juntos? Un paso firme hacia el siglo xx y toda la comodidad que el dinero pudiese ofrecer... si es que tenía alguno.

No lo podía creer. Zoe era la materialista, no Rose. Zoe daba mucha importancia a lo que no tenía. Rose tenía valores distintos. Rose era una chica a quien escribir música. Con la que soñar. A la que agradar.

¿Pero cómo?

¿Qué tenía que hacer para mantenerla consigo? ¿Para detener el rumbo? ¿Qué acción debía emprender? Era como un viajero vacilando en la encrucijada, dudando qué camino escoger.

11

JANE LEESON entró en el estudio fotográfico y le dijo a su marido que la amiga de Lowell estaba en recepción.

—Se cree que solo tiene que entrar para que le hagas la fotografía.

La mayoría de la gente así lo creía. A veces tenían suerte.

Aquel día Leeson tenía una hora libre antes de ir a una boda. Intercalar un retrato era posible. Si él quería.

—Realmente tienes tiempo —le dijo Jane. Pero notó que no tenía ganas. La reacción de su marido a la infidelidad de Lowell había sido reprimida. No había querido hablar de ella—. Lowell no está con ella —le dijo—. Ha tenido la decencia de mantenerse a distancia. Así que desde ese punto de vista, no es embarazoso.

El embarazo no era el factor inhibitor. Leeson estaba alterado.

—No puedes mezclar el negocio con la amistad —le instó Jane —, y de todos modos, la amistad no es tan íntima. No hay razón por la que no debas hacer la fotografía.

Leeson, taciturno por naturaleza, le había dicho muy poco acerca de la fotografía original y nada sobre la investigación que él y el archivero de Bristol habían hecho sobre ella. Dejando aparte cualquier otra cosa, la historia no era realmente lo suyo.

—¿Qué lleva puesto?

—La ropa normal que llevan las chavalas ahora: una camiseta amarilla y vaqueros de peto. Lleva una bolsa de lona, o sea que a lo mejor lleva algo más adecuado ahí. ¿La hago pasar?

A Rose, que no recordaba a los Leeson, le había sorprendido la

expresión de Jane Leeson cuando entró en la tienda. Al pensar en ello creyó que debía de tener que ver con su aspecto, con su ropa informal. Las mujeres de los retratos que había en la pared llevaban un elegante surtido de cachemira y perlas o simplemente vestidos caros.

Rose pensaba que la fotografía sería una forma diplomática de dar a entender que no pensaba ir tanto por allí. Ella y Greg habían intercambiado fotos cuando se fue. No había problema. No había búsqueda del alma. Pero con Lowell nada era sencillo. Se estaba haciendo demasiado intenso. Demasiado serio. Ya era hora de enfriarlo.

Observó que había un vestidor en recepción, y cuando la recepcionista volvió le dijo de ir y cambiarse. Pero le contestaron que entrase directamente: el tiempo de Leeson era precioso.

Leeson esperaba que su imaginación hubiese exagerado el parecido, pero cuando la chica entró vio que no era así. La mujer de la fotografía victoriana y aquella chica tenían lazos de sangre. Tenía que haber una relación. Aunque separadas por varias generaciones, se veía claramente. Observó la inclinación de su barbilla y la curva de sus pómulos cuando se acercó a su terreno.

Rose se le quedó mirando, sintiéndose un poco desconcertada por la penetración de su mirada.

—Bueno —sonrió, después de la presentación preliminar—. ¿Paso la prueba?

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que usted escoge. ¿Soy fotogénica?

Lo era. Mucho. Como su antepasada: una belleza desafortunada.

Intentó encontrar un término medio que pudiera satisfacer su ambición artística y acallar su conciencia. Había una silla sobre una pequeña plataforma frente a la pantalla. Le pidió que se subiera en ella.

—¿Quiere usted decir... así como estoy?

—Sí.

—¿Para probar y fijar una pose... o algo así? Tengo que cambiarme antes de que me tome la foto.

Lowell te tomó en su cama, pensó Leeson sombríamente. Era macabro.

—Solo quiero mirarla unos momentos.

Sus ropas eran lo más distintas posible del atavío Victoriano de la otra. Su cara era joven y fresca y no debía ser matizada... pero serían necesarias unas sombras. Tendría que hacerse algo en el pelo.

—¿Ha pensado alguna vez en echarse el pelo hacia atrás... en hacerse una trenza?

—Desde que dejé la escuela no.

—Creo que le favorecería de ese modo.

—Pues yo no. La forma en que llevo el pelo tiene que ir con mi vestido —Rose se bajó de la silla y cogió la bolsa de lona—. Está aquí.

Lo sacó y lo sostuvo frente a ella, con el espléndido tejido rojo brillando contra su piel.

—Hay una gargantilla de coral que hace juego.

Él le comentó ásperamente que la había visto antes, en el concierto.

—Estaba con Lowell Marshall.

Ella creyó que empezaba a comprender. Aquella gente era amiga de Lowell, y quizás de su mujer. No lo aprobaban.

—Así es. Estaba con Lowell. La fotografía es para él.

—Entonces debe dejar que la haga a mi manera.

—¿A su manera? ¿Qué quiere decir?

Él le habló un poco de la interpretación artística sin demasiadas esperanzas de que ella estuviese de acuerdo.

—Usted es joven, lozana... totalmente de este tiempo y de esta época. Quiero resaltar eso. La ropa que lleva ahora es la adecuada. Me gusta su aspecto, excepto su pelo. Necesita cogérselo atrás.

—A Lowell le gusta arreglado más formalmente, apartado de la cara, pero no en trenza.

—Estropea el aire pícaro.

—Pero yo no soy picara. Él no me ve así. Tengo que posar con el vestido Victoriano y con el pelo como se lo he dicho —Se pasó los dedos por él con exasperación—. No así de despeinado. Me lo peinaré.

—Por favor... tiene que ser a mi manera.

Se dio cuenta, para su asombro, de que se lo estaba rogando.

Luego añadió:

—O de ninguna.

—Quiere usted decir que me vaya a otro sitio.

—No.

Tenía que dar alguna clase de información.

—Si Lowell le pidió que se hiciera el retrato en traje de época, creo que es un necio. No la estaba viendo con claridad. Creo que él debería apreciarla por lo que es: una atractiva chica joven de hoy.

—Pero él me ve de la otra manera. Me habló de otra fotografía... Decía que...

Él la interrumpió.

—¿Así pues la ha visto?, ¿la que Lowell hizo ampliar?

—No, ¿por qué? ¿Qué pasa con ella? ¿Era un desnudo o algo así?

—No, no era un desnudo. Era una mujer victoriana posando al lado de una urna.

Ella recordó el trozo de piedra labrada que a veces Lowell sostenía en la mano. Parte de una urna, le dijo.

—¿Y qué hay de malo en ello? ¿Por qué no debería posar así si eso le gusta?

Él habló imprudentemente.

—Creo que es un poco morboso.

—¿Morboso? ¿Qué quiere decir?

Lamentó la indiscreción y no respondió.

Ella empezaba a preocuparse.

—¿Por qué es morboso vestirse como alguien del pasado? ¿Quién era ella?

—No importa. Solo alguien que vivió hace mucho tiempo. Mejor que la olvidemos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le sucedió?

Se estaba haciendo cada vez más difícil mentir.

—Supongo que estos días sería lo que se llama una víctima de las circunstancias. Vivía no muy lejos de donde creo que está la casa de Lowell... En algún lugar de aquella zona. Y luego se trasladó a Londres con su hija, una niña pequeña. No conozco los detalles. Su final no fue feliz. Pero de todos modos, eso forma parte del pasado. Una fotografía suya, aquí, hoy, debe ser feliz. Por eso quiero hacerle una tal como está ahora.

—¿Cómo estoy ahora? ¿Qué quiere decir?

No sabía lo que quería decir, o mejor, lo sabía, pero no quería admitirlo. Era difícil ser racional.

—Quiero decir una fotografía suya vestida tal cual. No de la forma en que ella hubiera podido vestirse.

—¿Me parezco a ella?

—Tal como está ahora... no.

No era convincente.

Ella sabía que él estaba siendo evasivo y notó que de alguna forma estaba intentando protegerla. ¿De qué? ¿De Lowell? El comportamiento de Lowell, a veces casi paranoico, empezaba a tener un motivo y la fotografía de la otra mujer estaba en el centro de todo. Lowell había intentado formarla a la imagen de aquella mujer. Se había sentido complacido hasta la euforia cuando ella compró la ropa de la época victoriana. Casi se le había caído la baba, cuando ella se la puso. Hasta el momento, no podía ver claramente el motivo. Aquel fotógrafo sí.

Tenía las manos frías y notaba seca la garganta.

—¿Por qué fue triste su fin?

Él deseaba poder cortar la conversación. Nunca debiera haber llegado a aquel punto.

—No tiene que preocuparla.

Ella insistió.

—Pero presiento que sí. ¿Murió de muerte natural... violenta...? ¿Cómo?

Empezó a manosear nerviosamente el trípode y no respondió.

—¿Fue... asesinada?

Le salió ásperamente.

Él vaciló. Era imposible engañarla con afirmaciones vagas... y quizás imprudentes. Pero era extraordinariamente difícil decírselo. La palabra hablada era, de un modo u otro, brutal. Y también la palabra escrita, pero quizás menos.

Sacó la fotocopia del «Illustrated Police News» del escritorio donde la había guardado junto con la fotografía original; debajo de un montón de negativos viejos, lejos de los ojos curiosos de su mujer. Antes de dársela, volvió a mirar la fotografía. El que había hecho la copia la había tiznado y no estaba tan clara como el original. Pero esperaba que aquello amortiguara el choque. Allí la similitud no era tan impresionante. El párrafo de debajo, escrito en la prosa arcaica, florida y pomposa del XIX, tendría menos impacto, esperaba, que el relato actual de un asesinato similar. Toda la

sórdida confusión estaría distanciada por su estilo de presentación.

—Una tragedia del pasado —dijo, dándole el papel a Rose—. Sucedió hace más de cien años. Lowell encontró casualmente la fotografía original en algún lugar de la casa, creo. No se puede aplicar ni a usted ni a él. Léalo si quiere. Y luego olvídelo. No es la clase de aventura desafortunada que se conmemora con una fotografía divertida, si eso es lo que quiere usted hacer. Si Lowell hubiese conocido la historia, lo que le sucedió a la mujer, no hubiese querido que se hiciera usted la foto de forma similar a la otra. Naturalmente, él no sabía que es historia.

El estudio estaba protegido de la luz por gruesas cortinas azules, y mientras las corría para que ella pudiese leer con más facilidad, un haz de sol cayó sobre su pelo. La miró, conmovido por su belleza, preocupado por su creciente palidez. Había intentado protegerla de lo que podía ser una desagradable historia familiar, se dijo a sí mismo, y ella no había querido ser protegida. Quizás instintivamente. Era mejor que supiese la verdad. Una verdad desagradable. Pero la suya era una aventura desagradable. Posiblemente peligrosa. Ciertamente perjudicial. Lowell debía acostarse con una mujer de su edad y dejar a aquella chica en paz.

Al cabo de unos momentos Rose le devolvió el papel. La había metido en un paisaje de pesadilla. Tenía que ser recorrido. ¿Desde dónde? ¿Hasta dónde? Ella no lo sabía.

Leeson esperaba que ella dijese algo, pero se quedó callada. Le preguntó si el nombre de la mujer significaba algo para ella.

—¿Había oído hablar de ella antes?

Le miró fijamente sin comprender, sin que la pregunta le penetrara, y murmuró algo incoherente.

Inquieto por su reacción, que incluso en aquellas circunstancias, parecía extremada, intentó calmarla.

—No deje que lo que ha leído la trastorne. Ya ha pasado. Se ha terminado. El sufrimiento de hoy es suficiente para todos nosotros.

Los ojos de la muchacha le enfocaron lentamente mientras se daba cuenta de que él le hablaba, intentando ser amable.

—Sufrimiento —repitió la palabra. Y luego la rechazó, haciendo como si empujara con las manos.

—No —dijo—. ¡No!

Fue algo más tarde cuando Rose se dio cuenta de que había

dejado la bolsa de lona con el vestido marrón y la gargantilla en el estudio. No importaba. El vestido era solo apropiado para quemarlo. Se lo imaginó ardiendo en el jardín de Lowell. Rojo, el color de un sudario sangriento, como Greg había dicho. Tenía razón.

Sus pasos la habían llevado al aparcamiento; cómo, no podía recordarlo. Había pasado una hora, en algún lugar, como polvo en el viento. La gente iba y venía. Haciendo girar los motores. Cerrando puertas de golpe. El aire olía a gasolina. El capó del Peugeot estaba frío cuando se apoyó temblando en él. Era imposible conducir hasta casa sin peligro, conducir sin peligro a ninguna parte. Necesitaba estar sola. Ordenar su cabeza. Librarse de la voz de pesadilla que por primera vez había hablado clara y terriblemente a la plena y racional luz del día.

Ballater recibió aquella tarde a las siete una llamada telefónica de Rose. Durante un tiempo no volvería a la finca, le dijo. Quería ser libre para hacer sus cosas, ser independiente, quizás buscar un trabajo. Volvería a ponerse en contacto con él cuando tuviese una dirección. No tenía que preocuparse por ella. Estaba perfectamente bien. Era totalmente capaz de cuidarse.

Las palabras le habían salido atropelladamente y cuando quiso responder, ella ya había colgado.

Era evidente que no estaba perfectamente bien.

La había visto un momento a la hora del desayuno y no le había parecido preocupada por nada. Le había dicho que se iba a Bristol de compras. Él le ofreció redondear el dinero que le había dado con otras veinte libras y ella había aceptado con educada desgana. Había el suficiente dinero en su cuenta de ahorro para que no tuviese problemas. Y tenía el coche... el pequeño.

Desde el punto de vista práctico podía, como había dicho, cuidarse de sí misma.

¿Y emocionalmente?

Tenía dieciocho años, pero no su prudencia. Según Craddock seguía viendo a Marshall a pesar de todas sus advertencias. Había escuchado la información sin comentarlos. El espionaje gratuito de Craddock, aunque bien intencionado, le enojaba.

Después de tres días de no tener noticias de ella y de tres noches de no dormir por la preocupación, bajó a la casa.

Lowell, tenso también por la ausencia de Rose, estaba trabajando en el nocturno. La música reflejaba su disposición y había perdido su anterior tranquilidad. Los cielos nocturnos eran sombríos y sin estrellas. Las notas sobre el pentagrama se resistían a moverse, pero le absorbían completamente. Cuando fue a abrir la puerta a la llamada de Ballater, le saludó sin entusiasmo, molesto por la interrupción.

Ballater, aliviado de ver que estaba allí, le preguntó si podía entrar.

—Necesitamos hablar.

Lowell se disculpó:

—Claro. Lo siento.

Hizo un gesto para que Ballater le siguiera a la sala y le indicó la silla cerca del hogar vacío.

Ballater vio las hojas manuscritas sobre la mesa y su ansiedad disminuyó un poco. Aquel músico de talento, aunque acabado, no estaba escondiendo a Rose, aunque pudiera saber dónde estaba. Se preguntó cómo interrogarle con tacto.

Lowell, de nuevo en el mundo real en el que la música no afectaba, le miraba fijamente. Aquella no era una visita de cortesía. La angustia creciente venció a la discreción.

—¿Está bien Rose?

Ballater tuvo cuidado en no comprometerse.

—Eso creo, sí.

Una respuesta extraña, pensó Lowell. Recogió cuidadosamente en un montón el manuscrito de música y puso su pluma atravesada encima. O estaba bien, o no lo estaba. Hacía casi una semana que no había ido a verle, pero ya había sucedido antes cuando el patán pelirrojo estaba en la finca. No significaba que algo terrible le hubiese sucedido. Podía tener un resfriado.

Podía estarse enfriando. Aún más. Y eso sería terrible para él. ¿Una exageración? No.

Esperó que Ballater se explicara o le dijera la razón de su visita.

Ballater estaba intentando enjuiciar la situación objetivamente. El músico había mostrado preocupación y eso significaba lío. Pero él no conocía la marcha de Rose. Si volvía, o cuando volviese, podía ir a la casa y no a la finca. Aquella casa tenía una extraña atracción sobre ella. Y sobre Marshall. Él parecía ser parte de ella tanto como

el frío suelo de piedra sobre el que estaba.

«Como lo había sido aquel otro hombre... hacía más de un siglo».

Borró el pensamiento. Aquella era una crisis actual. Una aventura indeseable que debía terminar. Era conveniente destruir la casa para tener acceso a la carretera. Librarse de Marshall era una necesidad aún más apremiante.

—Me estaba preguntando —dijo de repente— si ha vuelto usted a pensar en lo de vender.

Lowell percibió que había algo más en la pregunta que una nueva formulación de una proposición comercial. El anciano quería que se fuera. Primordialmente por Rose.

Dijo que no tenía intención de marcharse.

Ballater echó una mirada crítica a su alrededor. La casa tenía ahora un verdadero olor a pobreza. El día era gélido y no había rastros de fuego en el hogar ni combustible nuevo esperando ser encendido. En su última visita le había ofrecido café. Aquella vez, estaba seguro de que no le ofrecería nada.

—Necesito un acceso —reiteró—. No le dé miedo darme una cifra, aunque parezca exorbitante. Podemos llegar a un acuerdo.

—A ningún precio.

Era enfático.

—¿Por qué?

La pregunta era cortante, los ojos penetrantes.

—Me gusta estar aquí.

—No puedo creerlo.

—Pero es cierto.

Ballater sacudió la cabeza. A un zorro le gustaba su madriguera... y aquel lugar era poco mejor. Un hombre de la clase de Marshall no estaba acostumbrado a la suciedad... Un hombre de la experiencia de Marshall, si estuviese completamente cuerdo, se iría.

Pero la guarida estaba, o había estado, convenientemente cerca de Rose.

—Estoy dispuesto a doblar la oferta que le hice la última vez.

—No, lo siento.

Era hora de ir directo al asunto.

—Rose se ha ido. Y no está en la finca.

Lowell cogió el lápiz sin darse cuenta. Se partió entre sus dedos. Puso los dos trozos sobre la mesa con cuidado. El viejo le miraba como si fuese un espécimen extraño detrás de barrotes. No importaba. Que mirase. No juegues conmigo. Di lo que quieres decir.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—Al principio a Bristol... quizás esté aún allí...

Lowell apartó la silla de la mesa y se sentó. Un zumbido grave y de mal agüero había empezado a sonar en su cabeza.

—Explíquese.

Era imperioso.

Ballater esperó deliberadamente unos momentos antes de responder.

—La excusa fue ir de compras, pero evidentemente, con la intención de no volver. Quizás quería evitar el enfrentamiento no diciéndomelo hasta después de que se hubiese ido. Su llamada fue breve, solo que contactaría conmigo cuando tuviese una dirección. Eso ocurrió hace tres días, y desde entonces no he sabido nada más.

—¿Ha informado usted a la policía?

—No. Es mayor de edad. Libre de hacer lo que quiera.

—Por el amor de Dios, ¿cómo puede usted ser tan complaciente?

—La voz de Lowell era estridente—. Le puede haber pasado cualquier cosa.

En lo que le hubiera pasado, pensó Ballater con amargura, aquel flaco y nervioso hombre de mediana edad tenía algo que ver. Podía haberla dejado embarazada.

—Puede usted acusarme de lo que quiera —respondió con sequedad—, pero no de complacencia. Dejé de ser complaciente cuando dejaron a Rose a mi cuidado.

Miró hacia la ventana que daba al jardín. ¿Debía decirle la verdad a Marshall sobre la mata de marihuana? No, no había habido problemas de esa clase recientemente. Los problemas de familia, y Dios sabía que la suya tenía muchos, era mejor no discutirlos. De todos modos, unas cuantas indicaciones acerca de la fragilidad de la naturaleza de Rose, podrían ser oportunas.

Lo expresó cuidadosamente:

—Si mi esposa, su abuela, hubiera vivido cuando Rose se quedó huérfana, le hubiera dado lo que necesitaba, y nunca recibió de su

propia madre: estabilidad, un código moral —Sonaba anticuado, pero no le importaba. La drogadicción de su madre había destruido el matrimonio—. Rose vino a vivir conmigo cuando tenía quince años; una edad difícil. La envié a un pensionado, una institución no demasiado bien escogida me temo, pero yo no lo sabía. Algunos de los amigos que hizo allí eran indeseables.

Una forma suave de decirlo, pensó. La herencia, en el caso de Rose, nunca había sido contrapesada por el ambiente. Incluso allí, en el ambiente de la finca, había tentaciones.

Miró a Marshall fríamente.

—Es inmadura y le falta juicio. Y no acepta mis consejos. Solo me preocupa su bien. Si se diera cuenta de eso al menos, hubiese confiado ahora en mí.

Se movió incómodo y su silla rozó contra el filo del hogar haciendo caer un pequeño trozo de piedra labrada que se apoyaba contra la chimenea. Lowell se agachó y cogió el fragmento de urna, limpiándolo con la palma de la mano. Y luego se sentó sosteniéndolo.

La pregunta que Ballater se veía forzado a hacer subrayaba su propio fracaso y le salió bruscamente.

—Sé que ha sido amiga suya... Quizás ha hablado libremente con usted. ¿Podría usted aclarar por qué se ha tenido que marchar ahora de repente? ¿Tiene alguna clase de problema?

«Problema» era el eufemismo de Ballater para el embarazo. Esperaba que Marshall lo entendiera.

Lowell lo entendió.

Recordó la noche que Rose había gritado en su sueño algo sobre un niño. Se había sentado en la cama, aterrada por la pesadilla, llorando. Había intentado sostenerla, consolarla, pero ella le había apartado. Él no había tomado precauciones durante sus relaciones, pero ella le había asegurado que lo tenía controlado. Podía haber olvidado protegerse. Podría llevar un hijo suyo. Sintió a la vez culpabilidad y júbilo.

Ballater vio la expresión de Marshall e imaginó la conclusión a la que había llegado. Contuvo su cólera. Quizás era la conclusión errónea. Esperó que respondiera y cuando fue evidente que no podía, el viejo dijo lo que esperaba que fuese cierto.

—Es posible que se haya ido con el joven estudiante de

agricultura, Farrel, que estuvo aquí recientemente. Tenían una cálida amistad.

Si Farrel la había metido en problemas, era con mucho la alternativa menos preocupante.

Lowell miró brevemente hacia el abismo y luego resueltamente cerró los ojos. Si Rose estaba embarazada, el niño era suyo. Cuando volviese, y seguramente volvería pronto, necesitaría que la tranquilizaran y mucha ternura. También necesitaría dinero y la estabilidad de la que hablaba el viejo. No podía darle ninguna de las dos cosas. Pero debería hacerlo. De alguna forma. La oferta del viejo de comprar la casa era tentadora, unos cuantos miles de libras podrían encontrar un uso inmediato, pero era una oferta que no podía aceptar. El dinero tendría que venir de otra fuente. Aquel era el lugar de Rose, y el suyo.

Intentó mantener el tono de su voz.

—Lo siento, me temo que no le puedo decir nada. No sé adónde ha ido Rose. Si sabe usted de ella, le estaría muy agradecido que me lo hiciese saber.

Ballater se puso en pie para despedirse. Se sentía muy cansado, muy consciente de su edad y de su incapacidad. La entrevista no había hecho más que aumentar su aversión por el músico. No tenía obligación de decirle nada.

—Gracias por compartir mi preocupación —le dijo con voz apagada. La respuesta podía no ser de compromiso, pero su mirada era decididamente fría.

12

SI JANE LEESON hubiese sido una mujer que examinara sus móviles, se hubiera absuelto de toda acusación de despecho. Ella era, creía, una persona práctica y una buena amiga. La amiguita de Lowell había salido del estudio y se había dejado la bolsa de lona con un vestido y abalorios. Lo último podía ser valioso o no, no entendía de joyas. Si también hubiese dejado su nombre y dirección hubiera podido empaquetarlos y enviárselos, pero no lo había hecho. Como a lo largo de la semana no había ido a recogerlos, tendrían que devolvérselos vía Lowell. La dirección de la casa de Lowell tampoco la tenía, por lo tanto la bolsa tendría que llevarla a la casa que anteriormente habían compartido Lowell y Zoe. Era lo práctico. La buena amiga actuaba como debería hacerlo una buena amiga. Eso era todo.

Su esposo no estaba de acuerdo, pero no pudo disuadirla. Para paliarlo, escribió una carta a Lowell y esperó que Zoe no la abriese.

No encontrar a nadie en la casa fue una decepción. Jane había ido hasta casa de Zoe con la esperanza de fomentar problemas: las ropas y los abalorios de la otra mujer evidenciaban tangiblemente los amoríos de Lowell. Había preparado frases de indignación y de simpatía, y se sintió defraudada por la media hora interesante que se había prometido. Después de llamar varias veces al timbre, puso de mala gana en el buzón la carta de su esposo, que tan mezquinamente había cerrado antes de que ella pudiera leerla, y se llevó la bolsa hasta la sala de calderas en la parte posterior de la casa. Allí no se mojaría si llovía. Si no hubiese tenido que ir a clase

de artesanía a las once de aquella mañana hubiera vuelto a pasar más tarde, pero como no podía; llamaría. Había hecho lo razonable, le dijo después a su marido. Había hecho todo lo que parecía sensato en las circunstancias. Ni siquiera podía censurársele su forma de conducir cuando se fue de la casa de Zoe. El otro coche había derrapado contra el suyo e hizo que se olvidase de la llamada telefónica. ¿Quién podría culparla por ello?

Lowell, que iba por la calle en dirección contraria, había sido testigo de la colisión, de poca importancia, y decidió no hacer nada. Otros conductores la habían visto también, así que se lo dejaba a ellos. No había reconocido a Jane Leeson, si lo hubiese hecho podría haber parado. O quizás no. Su conciencia social, embotada por una noche de insomnio, estaba apenas despierta. En su estrecho mundo solo había lugar para Rose. Cuando ella volviese a él, debía obsequiarla con un verdadero plan de acción. Y para ello, la cooperación de Zoe era necesaria.

Le pareció extraño entrar de nuevo en su propia casa. Puso la llave en la cerradura casi de manera furtiva, se quedó de pie en el pequeño vestíbulo y olió el lugar: pulimento de suelo mezclado con la amarga fragancia de unos crisantemos en un jarrón azul. Había una carta en el felpudo; un sobre de papel de Manila dirigido a él y con la indicación de «personal». Le daba la seguridad del derecho que tenía a estar allí y lo cogió y se lo puso en el bolsillo de la chaqueta antes de cruzar el vestíbulo con sus blancas puertas, que daban a las salas de recibidor. Los dorados tiradores de las puertas brillaban. Se sintió abrumado por tanto brillo, y echó de menos la suave oscuridad de la casa.

Era difícil creer que había vivido allí alguna vez.

¿Por qué Zoe y él, en el primer flujo de riqueza, habían decidido que era realmente deseable una residencia conveniente? Parecía un decorado a escala de un melodrama de clase media, lleno de bagatelas domésticas, muy limpio. La alfombra china en el centro del vestíbulo no mostraba mancha alguna, hasta que él la pisó con sus zapatones enlodados. Anteriormente se hubiera sentido culpable. Hubiese recogido cuidadosamente los trozos de barro y los hubiese puesto en el cubo de la basura. Ahora los miró, se encogió de hombros, y empezó a hacer un rápido recorrido por la casa. Estaba vacía. La frustración se mezclaba con el alivio. Hubiese sido

menos inquietante terminar rápidamente con el encuentro, pero por otro lado, la demora le dejaba más tiempo para pensar y hacer planes mientras esperaba su regreso.

Primero, como un ladrón inspeccionando el conjunto, fue de habitación en habitación de nuevo, haciendo un inventario mental de sus bienes disponibles. Corrección: de los bienes disponibles de ambos. Excepto unos cuantos adornos y unos cuadros, él lo había pagado todo. Aunque la ley lo permitiese, que no lo permitiría, no podía dejar a Zoe privada de todo, excepto de adornos y cuadros. La valoración del seguro de los contenidos era probablemente menor de lo que debería serlo en aquellos días de precios en alza, pero podía tomarse como guía y la suma dividida por dos podía ser considerada como justa.

¿Justa para quién? Seguramente no para Zoe. No había hecho nada mal... ni bien. Se había atrincherado en la virtud. La culpa era suya.

Parecía una acción mezquina abrir su armario, pero no lo pudo resistir. Había cubierto el abrigo de visón con una funda de nylon. Se podía ver parte de las mangas y le recordó a Middy durmiendo bajo la colcha.

Cada vez era más difícil alimentar al gato... y a sí mismo.

Abrió su propio armario. ¿Había llevado alguna vez aquellos elegantes trajes a rayas? No mires demasiado ese *smoking*... tu traje de conciertos... Esos días han pasado. Pero todavía necesitaba camisas y calcetines y un abrigo de invierno. La maleta de piel de cerdo era suya; la puso sobre la cama y la llenó de lo indispensable.

El dormitorio daba al jardín. Lo tenía arreglado. Los márgenes estaban pulcramente rastrillados y los rosales podados. Era una mujer muy eficiente. Intentó refrenar sus pensamientos: eso es frío y despectivo de algún modo. Es tu mujer, no un autómatas que trabaja en la casa. Y le estás haciendo daño.

Se alejó de la ventana y se dirigió al cuarto de baño contiguo. La podía oler allí: su talco, su jabón. Se le vino a la cabeza que siempre se había bañado en privado, con la puerta cerrada contra él. Si, en el futuro, podía proporcionarle un cuarto de baño a Rose, a ella no le preocuparían tales inhibiciones.

Pero él no podía proporcionarle nada a Rose hasta que tuviese un trabajo. Los esfuerzos de Zoe para empujarle a tomar empleos

inadecuados habían sido molestos y resistibles. Pero el obligarse a sí mismo, por Rose, era distinto. Era ya hora de salir de lo que todos los demás consideraban el fango y hacer de nuevo todo lo convencional. Fue hacia el estudio y abrió su escritorio. Había en él tres montones de cartas, atadas con gomas. Zoe había escrito una pulcra notita en cada uno: De Lowell. Nuestras. Mías. No se preocupó de las Nuestras, pero cogió rápidamente las suyas. Cuatro eran circulares: dos para recordarle que sus suscripciones a un club del libro y al club de golf habían caducado. Había estado demasiado ocupado con su composición para echar de menos los libros, e incluso si pudiese permitirse jugar al golf sus manos no le dejarían. La última carta era de su agente musical. Había la posibilidad de que una de sus grabaciones fuese utilizada como tema musical para un anuncio... Si pudiese ir a Londres en un próximo futuro podrían discutirlo. La carta se expresaba cuidadosamente, dejaba entrever que la oferta podría ser considerada como una degradación de su talento, pero si no fuese demasiado susceptible, podría aceptar la oferta, que era negociable.

La carta tenía quince días.

Se dirigió al teléfono y llamó a la oficina de Londres. No hubo respuesta. Le llevó tres o cuatro minutos darse cuenta de que era sábado y de que no había nadie allí. Tendría que esperar hasta el lunes para saber si la oferta seguía en pie. Fuera lo que fuese lo aceptaría. Degradación del talento. Susceptible. Palabras siniestras. El anuncio debía de ser bastante malo. Pero no le importaba.

Buscó en el escritorio varios documentos necesarios que el mundo burocrático querría ver ahora que volvía a él y los llevó a la maleta de la habitación, junto con la carta de su agente.

Recordó que había un encendedor de plata en el cajón del escritorio, que ahora que casi había dejado de fumar utilizaba raramente. Y una estilográfica chapada en oro, la que utilizaba antes para firmar autógrafos, un recuerdo de los buenos tiempos. Volvió a buscarlos. Si no se convertía en un millonario de la televisión componiendo basura musical, podría venderlos por unas cuantas libras.

La fan que le había regalado la pluma había hecho grabar en ella L. M. Una pluma Lowell Marshall. ¿Estaría Peterson, de la fábrica de pianos, aprovechándose aún de su nombre?, se preguntó. ¿O su

nombre ya estaba muerto?

Era un recuerdo desagradable.

Ve y toca unas cuantas notas en tu propio piano; no hay nadie aquí para poner mala cara a los sonidos que haces ahora. Prueba la melodía del nocturno si te dejan las manos.

Zoe había puesto un jarrón de flores de otoño sobre el Bechstein. Le había dicho que no pusiera nunca nada sobre él. Podía hacer lo que quisiera con el resto de la casa, pero el piano era suyo. Quitó el jarrón y lo puso sobre una mesa improvisada al lado de la fotografía de la boda. ¿Por qué seguía aferrándose a eso? La cogió y la examinó. Ya no eran los mismos. Estuvo tentado de ponerla boca abajo.

Cuando ella volviera habría follón sobre cuestiones más importantes. No empeores las cosas. Recuerda el último encuentro que tuviste con ella. No, por el amor de Dios, no lo recuerdes.

Volvió al piano y se sentó mirando las teclas... temeroso de tocar. El nocturno es tuyo, Rose. Una expresión de mis sentimientos por ti. Mis dedos no pueden tocarlo de la forma que yo querría. Haré un desastre, pero tengo que intentarlo.

Era como un ciego andando por un pasillo conocido. Sin color. Sin luz. Sin tonalidad. Un paseo que empezó vacilante y que luego ganó algo de confianza. Pero no la suficiente. Una interpretación accidentada, torpe. Inacabada. El final no lo sabría hasta que Rose volviese a él. Y Zoe tenía voz y voto.

Zoe, que había salido de excursión con Ben y Louise para visitar a su hijo mayor en la escuela primaria, apenas apreciaba la belleza del campo de Hampshire por el que estaban pasando. Desde que habían comenzado el viaje, Christopher había estado mascando azúcar candi. Estropeándose los dientes, le dijo a Louise quien, no deseando mencionar el mareo ante Christopher, le insinuó que había cosas peores. Zoe, tardíamente, comprendió. ¿Y Ben no le podía haber dado una pastilla? Los doctores las recetaban con demasiada facilidad. Él iba canturreando mientras conducía, y de vez en cuando contribuía a la conversación, un hombre plácido y satisfecho de su familia. Su clase de hombre. Sus manos sobre el volante eran robustas, fuertes, capaces. La clase de manos que se desenvolvían con todo, las manos de quien podía proveer. Tranquilizadoras. Agradables de coger. Habían tocado brevemente

las suyas cuando la había ayudado a ponerse el cinturón de seguridad. Un contacto accidental. Deseó que hubiese sido intencionado.

Tuvo un repentino recuerdo de Lowell sobre el escenario de Roma en un concierto, con sus dedos corriendo sobre las teclas como criaturas salvajes. Manos seguras, brillantes. Las borró de su mente y se volvió para mirar a Clarissa que estaba durmiendo plácidamente. Los dos chicos se parecían a Louise, el bebé era como su padre. Si ella y Lowell hubiesen tenido un hijo hubiera sido un híbrido extraño, quizás difícil de amar. Posiblemente dotado. Probablemente inestable. Con una carga ya era suficiente.

La escuela primaria era una abadía del siglo XIV, con un bloque moderno de ciencias, situado entre los árboles. Según se acercaban a la puerta principal, Louise intentó no emocionarse. Ben le había advertido que no tratase al chico como a un niño pequeño, especialmente delante de otras personas.

—Puede que prefiera que le demos la mano a que le besemos.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó—, solo tiene diez años.

Ben tenía nueve cuando fue a la misma escuela, le recordó. ¿Qué intentaba demostrar?, le preguntó ella agriamente, ¿su habilidad para sobrevivir?

Tenían que ver primero al director, y luego tener una charla con el profesor. Como Clarissa podría despertarse y llorar, sería mejor que Zoe le diera una vuelta por los jardines en su cochecito, durante una media hora aproximadamente, si no le importaba. Chris podía ir con ellos, debidamente dominado por el entorno académico, esperaba Louise, como para que se estuviese un rato tranquilo.

Zoe había esperado que le encargasen del bebé. Era razonable. Niños con camisas y pantalones grises y corbatas rojas iban paseando en grupos. Se estaba celebrando un partido de rugby. Lo estuvo mirando un momento hasta que la pelota se acercó demasiado. Era mejor cambiarse de sitio y quedarse en la zona ajardinada. Por lo que Louise le había dicho, aquella era una escuela primaria de clase media, no una de las instituciones doradas. Ben estaba siguiendo una tradición familiar al enviarle allí. Louise se oponía a que se fuera. Era inhumano. Desacertado. Ben había ganado la discusión.

Lowell, en el pasado, había evitado las discusiones. Su palabra

favorita había sido «tonterías». Sus frases favoritas: «No me molestes». «Haz lo que te parezca». Ella no había tomado a mal que se encerrase en la música cuando su música había ganado la aclamación mundial. El resentimiento había empezado con el declive de su habilidad. La pérdida de destreza debería ser compensada de otra forma. Un hombre como Ben hubiese hecho frente al desafío valientemente y con sentido común. No hubiese abandonado a la familia.

Ni se hubiese buscado a alguien más.

Era difícil olvidar la fotografía. La chica tenía una mirada maliciosa. Joven, pero no inocente. Hermosa y consciente de serlo. Inquietante. Mala. ¿Habría ido de putas una noche y la había encontrado? ¿O ella le había encontrado a él? ¿Le dejaría ahora que el fondo estaba vacío? El amor, si él se engañaba pensando que era amor, no podía vivir del aire. No importaba lo que Louise pudiera pensar de su táctica para hacer frente a la crisis; ella creía que había llevado la situación del mejor modo posible. ¿Qué otra cosa podía haber hecho?

—¡Qué criatura más preciosa lleva usted ahí! —dijo una voz detrás suyo. La maestra de gimnasia de los pequeños, con unos muslos robustos y una camiseta demasiado ceñida, se detuvo en su camino hacia el campo de rugby y sonrió a Clarissa que estaba abriendo los ojos soñolientamente—. ¿Niño o niña?

—Una niña —dijo Zoe.

—Entonces no será uno de nuestros futuros alumnos —comentó riendo la maestra—. Debe usted de estar muy orgullosa de ella.

—Sí —dijo Zoe.

¿Para qué molestarse en dar explicaciones? Hubiese sido bonito ser la madre de la niña de Ben.

Ya era mediodía y Zoe no había vuelto. Lowell fue a ver si el coche estaba en el garaje. Allí estaba. Así que había salido con alguien. Probablemente con Louise. Para él era difícil contactar con la gente en aquellos días, incluso con los viejos amigos, y no pudo obligarse a ir hasta la puerta de al lado a preguntar por ella.

Cuando las cosas se normalicen... Cuando sepa que Rose está bien... Cuando me libre de esta horrible ansiedad... Entonces me sentiré de otra manera. Me volveré sociable. Me comportaré como todo el mundo. Diré un montón de tonterías en el tono de voz

adecuado. Hablaré del tiempo... del jardín... de política. Estaré cómodo conmigo mismo y con los demás. No quiero este enfrentamiento con Zoe. Mi instinto me dice que me vaya. Ahora. La casa es un refugio. Es el único lugar en el que puedo encontrar paz. La atmósfera de esta casa me está poniendo los nervios de punta. Pero no debo abandonar. Por el bien de Rose debo quedarme y esperar.

Pensó que no había comido. Aquellos días tenía muy poco apetito y podía ver por su ropa que había perdido peso. Si uno disminuye las cantidades de comida, el estómago se ajusta. Y eso está bien. Pero allí había comida y el cocinarla le haría pasar el tiempo.

Cuando hubo buscado por la cocina se quedó asombrado de la cantidad de comida que Zoe había almacenado. Además de lo esencial, había un montón de artículos de lujo: paté de *foie gras*, salmón ahumado, latas de manjares continentales de los que nunca había oído hablar y no quería probar. ¿Para qué se preparaba? ¿Para un banquete? ¿Para un asedio? ¿Sabía que un día él iría y miraría? ¿Y qué haría comparaciones? ¿Qué esperaba que hiciese? ¿Que suplicase para que le aliviase el hambre?

Bueno, ¿por qué no? Pero no suplicaría. Lo tomaría.

En el suelo cerca de la nevera había una gran caja de cartón. Estaba lleno de porcelana. Un juego de té Royal Doulton con un delicado diseño floral, aún envuelto en papel de tela blanco. Nuevo. ¿Cuándo iba a detener el gasto? ¿O había comprado aquello y la comida de más cuando todavía había dinero en la cuenta conjunta? Probablemente.

Su irritación iba en aumento según lo iba desempaquetando. Uno de los platos se cayó y se rompió en dos trozos. Los apartó a un lado de una patada. La caja vacía era de un tamaño apropiado y la llenó de cosas indispensables... y de unas cuantas no indispensables. Se acordó de poner comida para el gato: varias latas de carne y un par de botellas de leche fresca.

En la parte de abajo de la nevera había un bistec y también *bacon* y salchichas. Se hizo una parrillada, algo que no había comido hacía mucho, y lo acompañó con café de verdad.

Había olvidado que se debía comer con educación, despacio, y que el exceso producía náuseas. Antes de empezar a cocinar pensó

que no tenía hambre, pero había comido demasiado. Demasiado deprisa.

Debía llevar a la furgoneta la caja de cartón antes de que ella volviese. Cargar con ella mientras le miraba sería concederle una victoria en una batalla menor... Quedaría falto de dignidad. Dignidad. Indignidad. Palabras en las que nunca pensaba en la casa. Era más pesado de lo que esperaba y tuvo que quitar las botellas de leche y algunas latas y hacer otro viaje. La furgoneta era espaciosa y decidió llenarla con un par de sacos de leña. Descubrió que había media docena de ellos en la sala de calderas, así que llévate tres. Deja tres para Zoe. Fue entonces, cuando estaba a punto de cogerlos, cuando vio la bolsa de Rose. Jane la había encajado discretamente entre dos de los sacos.

Al principio no podía creer que fuese suyo. Mucha gente tenía bolsas de lona. No se había fijado demasiado cuando fueron a comprar juntos. La curiosidad le impulsó a mirar dentro.

El vestido marrón estaba cuidadosamente doblado y la gargantilla de coral hábilmente prendida con un imperdible al corpiño. De esa forma se guardan las ropas de los muertos, para deshacerse de ellas. Irracional por la sorpresa, se quedó parado mirándolas, pensando que algo terrible le había pasado.

Le había pasado a ella allí.

13

PARA ZOE EL DÍA de paseo había sido agradable. Eddie había complacido a su madre besándola. En realidad les había besado a todos. Había hecho felices a sus padres porque era evidentemente feliz. El niño no estaba languideciendo en un entorno extraño. Habían comido juntos en un pequeño restaurante lleno de vigas de imitación a roble y manteles de un rojo brillante. Pasaron la tarde en Winchester dando vueltas por las tiendas y visitando la catedral. Ben mostró a los chicos los arcones mortuorios que contenían los restos de Canuto y Christopher gritó:

—¡Retírate mar! ¡Retírate mar! Me estás mojando los pies.

Eddie, de repente adulto y cohibido, le dijo en voz baja que se callara.

—No seas tan niño.

Louise y Ben se sonrieron el uno al otro y Zoe se sintió excluida. Después, cuando fue la hora de llevar a Eddie a la escuela, Louise le besó en la verja y su padre fue con él hasta la puerta principal. Los ojos de Louise se llenaron de lágrimas y se cogió con fuerza al brazo de Zoe.

—Me alegro de que hayas venido.

En general, ella también se alegraba. Pero no lamentaría llegar a casa. Eddie se había convertido en un niño muy civilizado. Christopher no. No quiso sentarse en las rodillas de Louise a la vuelta. Quería sentarse delante en las rodillas de Zoe. Zoe hizo ver que no le oía. Llevaba un traje de *tweed* a cuadros en tonos verdes y marrones y no quería que le pusiera encima sus dedos pringosos... o

peor aún. Durante toda la tarde había estado comiendo golosinas, un helado y ahora estaba otra vez con el azúcar candi. Louise le dijo que los niños no podían ir delante en los coches. Enfadado, se echó sobre Ben e intentó coger el volante y Ben le pegó en la mano.

—¿Quieres matar a tu queridísima familia?

El que alguien quisiera matar a alguien en aquella tarde tan emotiva y agradable era un concepto que iba más allá de la comprensión de todos ellos. El cielo se estaba oscureciendo en un gris madreperla. Clarissa, medio despierta, pero contenta, iba murmurando para sí. Christopher por fin se había quedado dormido y Louise, con la barbilla suavemente apoyada sobre la cabeza del niño, iba pensando en el hijo que no estaba con ella.

Fue la primera en darse cuenta de la furgoneta amarilla cuando entraban camino del garaje, y sintió una oleada de verdadero placer. El hijo pródigo, si se le podía llamar así, había vuelto. Zoe no volvería a una casa solitaria después del alboroto y las molestias y el calor de una familia normal.

—Mira —dijo.

Zoe se puso rígida. Se había estado imaginando aquel encuentro durante algún tiempo. Siempre de forma distinta. A veces estaba arrepentido. A veces distante. Siempre dándole un poco de miedo. Su último encuentro en la casa era inolvidable.

Aparentaba estar más calmada de lo que se sentía.

—Parece que Lowell ha vuelto.

—No antes de tiempo —dijo Louise—, pero bienvenido.

Ben detuvo el coche y luego miró a Zoe. Su mujer estaba dando por sentado demasiado. Le preguntó a Zoe si quería que entrase con ella.

—Pero tengo que llamar primero al hospital.

—Tráelo a tomar algo después de que hayamos metido en la cama a los niños —sugirió Louise—. Es decir, si quieres. Haz lo que te parezca mejor.

—Será mejor que lo vea sola.

Zoe se detuvo en el camino y miró a su casa. Había luz en todas las habitaciones que daban al frente y las cortinas estaban corridas. Nunca se había imaginado el encuentro de noche cuando el jardín estaba oscuro con sombras y el aire era frío por la llegada de la noche. Temblando ligeramente buscó a tientas su llave y fue hacia

la puerta principal.

Lowell había tenido demasiado tiempo para pensar y sus pensamientos eran tortuosos. Había andado por un laberinto sin salida conocida. Rose, destruida de alguna forma que él no podía entender, estaba en el centro. Ella había estado allí, creía, engatusada, persuadida con engaños para que fuera. ¿Pero cómo? ¿Por qué? No estaba en su temperamento entrevistarse con Zoe. Si estaba embarazada de él, Zoe sería la última persona a quien ella se lo diría. ¿O no? ¿No había comprendido en absoluto su forma de ser? ¿Había ido a conocer la reacción de Zoe? No podía creerlo. Se lo hubiera dicho. Entonces, ¿por qué había ido?

¿Por qué estaba allí su ropa?

¿Dónde demonios estaba Rose?

En la primera hora después de haber encontrado su vestido y la gargantilla podía haber estado dispuesto a aceptar una explicación racional, o incluso una pasmosa negación de estar implicada. Pero según había ido pasando el tiempo había necesitado intentar calmarse. Un poco de *whisky* ayudaría. Un segundo *whisky* le había hecho pasearse de nuevo por la casa. Un tercero le llevó al jardín donde estuvo mirando los preciosos e inalterados macizos de flores. Se dijo para sí que se estaba comportando como un loco, que sus sospechas no tenían fundamento, pero ya no se creía lo que él mismo se decía.

El enigma se fue haciendo más feo según iba oscureciendo.

Necesitaba luces por doquier y fue por toda la casa encendiéndolas. Y luego se fue a sentar en la silla azul de dralón en la inmaculada salita, con la botella de *whisky* al lado y el vestido de Rose puesto cuidadosamente sobre el sofá, como si ella estuviese dentro de él y viva.

No oyó llegar a Zoe.

Pero notó que estaba en la puerta mirándole.

Sus primeras palabras, dichas sin pensar y debido al nerviosismo extremo, fueron imprudentes:

—Has estado bebiendo.

No respondió. La reconocía como a un extraño que uno ve de vez en cuando en la calle. No podía convencerse de que había vivido con aquella mujer, que habían dormido juntos, comido juntos, planeado juntos sus vidas. Esa que está ahí es tu mujer,

Lowell, es mejor que te lo creas. La mujer del retrato de boda. La mujer que sabe de Rose.

Dio un paso hacia la salita y vio un vestido rojo oscuro sobre el sofá. Sobre el brazo del sofá había una gargantilla de coral. Al principio ella no los asoció con la descripción de Jane Leeson. ¿Qué eran? ¿Ofrendas de paz? Una bata nueva. Totalmente inadecuada. Coral. Probablemente una imitación. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Exclamar entusiasmadamente: ¡Oh Lowell, qué amable, bienvenido al redil!

La miraba mirando el vestido.

Ella no sabía qué hacer o qué decir y deseaba que él hiciese o dijese algo para romper el silencio. ¿Pensaba quedarse a pasar la noche? Si era así, no quería dormir con él. ¿Debería ofrecerle algo de comer? O un café... Que era probablemente lo que necesitaba. ¿Sería eso falta de tacto como lo había sido su primer comentario visto retrospectivamente? Había hecho todo lo que había estado en su mano para hacerle volver y ahora sabía clara y definitivamente que no le quería. Así no.

—Bueno —dijo tontamente en tono burlón—, ha pasado mucho tiempo.

Hizo un gesto vago hacia la gargantilla. Parecía que esperase algún tipo de comentario. ¿Pero cuál? Había vuelto con una chuchería... Con unas cuentas caras.

—¡No las toques!

Él había creído que iba a tocarlas.

Cuentas. La descripción de Jane Leeson. Un vestido largo, antiguo, de color marrón. Había llevado allí la ropa de su fulana. Indignada, le miró a los ojos por primera vez.

Él vio en su rostro lo que esperaba.

—Así que conoces a Rose.

¿A quién? Nadie le había dado un hombre a la mujer con anterioridad.

—Si estás hablando de tu... —Había estado a punto de decir fulana, pero se lo tragó.

—¿Mi qué?

—No lo sé... quienquiera que sea con quien te has estado juntando.

—No hagas ver que no la conoces. Ha estado aquí.

¿Qué le pasaba? Debía de estar más bebido de lo que le había parecido. O más loco.

—¿Por qué tendría que venir aquí?

—Eso es lo que quiero saber. Dímelo.

Dios mío, pensó, no sé cómo llevar esto. Negó con la cabeza en silencio.

—Ella ha estado aquí. Pusiste su vestido y la gargantilla en la sala de calderas. ¿Qué ibas a hacer con ello? ¿Quemarlo?

—No sé de qué estás hablando.

—Sí lo sabes, Zoe. Y me lo vas a decir.

Intentó que su voz sonase razonable.

Los tonos suaves tenían la sedosa amenaza de un intento inquisidor de arrancar una confesión. Pero ella no tenía nada que confesar.

—¿Su ropa en el cuarto de calderas? De veras no sé qué quieres decir.

—Estaban en una bolsa de lona. Tú doblaste el vestido y pusiste un imperdible con la gargantilla de coral.

Suponía que tenía que seguirle la corriente, pero no sabía cómo.

—Has estado bebiendo y dices tonterías. Te haré un poco de café. Hablaremos de nuevo cuando me puedas decir razonablemente de qué va.

Iría hacia la cocina, pensó, y saldría por la puerta de atrás. Allí era necesario Ben.

Lowell, viendo en ella culpabilidad en todo momento, la siguió rápidamente. No se escaparía. Estuvieron juntos en la cocina, él con la espalda en la puerta, bloqueando la salida.

—Tienes que decirme cómo hiciste que viniese aquí, qué le dijiste, qué te dijo... qué le sucedió.

Ella notó que la histeria le iba en aumento. Era como un juego loco de consecuencias en una fiesta macabra. ¿Qué era lo que se suponía que le había hecho a aquella fulana desconocida? Abre el último papel y todo te será revelado.

En un esfuerzo para dominar la histeria se puso a hacer cosas normales: puso la tetera a hervir, leche a calentar, café instantáneo en dos jarras marrones. Pero su aparente indiferencia enfurecía a Lowell.

—¡Basta! ¡Contéstame!

Se dirigió hacia ella y ella retrocedió, sonriendo neciamente, con el cuerpo bañado en sudor.

—Lowell... no entiendo. ¿Cómo te puedo contestar cuando no te entiendo?

—Deja de mentirme. Ella vino y tú...

—¡No, no y no! He estado fuera todo el día. No sé quién...

—No hoy. Recientemente. ¿Qué le sucedió? Por Cristo, si le has hecho daño... si la has...

La amenaza, no expresada, la aterrorizó. Empezó a balbucear en un intento de que su cólera disminuyera. No estaba bien, le dijo. Todo podría arreglarse. Mientras tanto, sé sensato. Deberían haberse reunido antes. No era demasiado tarde aún para... bueno, para intentar... oh, Dios mío, para intentar tranquilizarse.

Él la miraba, con los ojos vidriosos. La boca de Zoe se abría y se cerraba, arrojándole palabras que no hacían contacto en su mente. Parecía insustancial, irreal, muy lejana, mientras que la cocina parecía cerrarse sobre él y luego retroceder al compás de unos golpes en su cabeza como redobles de tambores primitivos.

Se acercó a ella.

—¿Dónde está Rose?

La pregunta, que había hecho gritando, le pareció poco más que un susurro. Ella se encogió temerosa apartándose de él, apretándose contra el horno, preguntándose si podría pasar de lado y dirigirse hacia la puerta. Intentó dar un par de pasos, pero él alargó las manos y la agarró rápidamente por los hombros. El contacto con ella le produjo un breve sentido de la realidad. La voz de la razón, hablando con claridad sobre la cacofonía de su cabeza, le previno para que se retirase. Para que parase. Casi le hizo caso.

Ella sintió cómo los dedos, clavados en sus hombros, se relajaban ligeramente y luego volvían a apretar más fuertemente de modo que no pudiera moverse. Se sintió débil. Indefensa. Ninguna palabra podía rasgar el aire para calmarle.

Preguntaba de nuevo:

—¿Dónde está? ¿Qué sucedió aquí? ¿Dónde está Rose?

Finalmente ella perdió el control y le gritó presa del pánico:

—¡No sé dónde está la mala puta... no lo sé... no lo sé!

Se produjo un silbido de leche hirviendo derramándose por la cocina detrás suyo y consiguió ladearse y coger el cazo. Su objetivo

era darle en toda la cara con el líquido hirviendo, pero no pudo por la forma en que él la sostenía, pero un poco le salpicó la cara.

El dolor repentino y abrasador, inesperado y agudo, le indujo a un torbellino de furia incontrolable. Sus manos deformes eran torpes en su garganta y esta vez, mientras ella luchaba, dando patadas y boqueando, era piel sobre piel, no un ataque de fantasía que no hacía daño alguno. Apretó con toda su fuerza, empujándola hacia el suelo, mientras una estridente parodia del nocturno sonaba fortísimo en su cabeza.

Lowell no recordaba haberse marchado de la casa algo después y haberse metido en la furgoneta. Había un período en blanco, sin memoria, como un sueño negro, sin sueños, seguido de un lento despertar a hechos demasiado horrorosos para ser contemplados. Así que no pienses. Solo sé.

Ahora estaba lo suficientemente sobrio para saber que era necesario conducir con un cuidado especial, pero sin que se le viera demasiado cuidadoso. No iría bien que le hicieran la prueba de la alcoholemia. Sus emociones estaban metidas en distintos compartimentos y cerró aquellos que podían impedirle una vuelta sin peligro a la casa. Era consciente de haber encontrado tráfico en los alrededores de Bristol y trechos de carreteras peligrosas en el campo de Gloucestershire. Era consciente de sentir frío en la furgoneta y del desagradable olor a gasolina. El antivaho del parabrisas no funcionaba y tenía que esforzarse para ver.

Llega a casa, se dijo. Concéntrate.

No se permitió pensar en Zoe hasta que llegó al campo de la entrada de la casa. Y el pensamiento fue incoherente. Algo acerca de la gran extensión del cielo nocturno. Una incredulidad en la mortalidad. El remordimiento era un dolor físico. Inexpresable.

Cuando bajó de la furgoneta sintió un suave ronroneo y la cálida caricia de un gato frotándose contra sus piernas. Middy, solitario, había ido a darle la bienvenida. Lo cogió y lo mantuvo cerca. Necesitando amor. Dándolo. El gato ya no era la criatura huesuda de cuando Rose se lo dio. Estaba flaco y hambriento. De repente recordó la comida en la furgoneta.

—Hoy —le dijo—, comerás.

A la luz de la linterna sacó algunos de los artículos de lujo de la caja de cartón y metió la leche. Era tentador llevar a la casa uno de

los sacos de leña y tener una última noche de calor... Una tentación que no podía resistir. Vaciando a medias uno de los sacos sobre el suelo de la furgoneta vio que podía arrastrarlo con su mano derecha y coger la caja con la izquierda. Con la linterna equilibrada en la caja podía ver adónde iba.

La palabra «supervivencia» le vino a la mente. La casa era un santuario. Si pudiese llegar a él sin tirar nada... Si el gato se apartase de sus pies...

La fucsia de al lado de la verja rota derramó unas cuantas flores muertas al pasar rozándola. Las malas hierbas del camino, quebradizas por la escarcha, eran montecillos blancos y resbaladizos en la oscuridad que conducía hasta la puerta. Dejó en el suelo el saco de leña, puso la caja a su lado y buscó la llave. Al abrir la puerta, el olor familiar de la casa le tranquilizó.

Haz un fuego, se dijo. Enciende velas. Ten una hoguera grande y brillante. Ya no es preciso ser cuidadoso con la pequeña provisión de leña. Utilízala toda. ¿Por qué no?

La amontonó en la chimenea, añadió un poco de combustible más ligero y con cuidado hizo una pirámide de carbón encima. Cuando el fuego prendió las paredes de la casa bailaron con sombras color azafrán. Encontró más velas, una docena sin usar en una caja. No tenía soporte para todas. Usa, pues, cualquier cosa: jarras, hueveras... Ponías en una bandeja para recoger las gotas.

Luz. Necesitaba luz.

Finalmente, abrió la caja de cartón y puso las latas y los paquetes sobre la mesa. Las latas de sardina, salmón y cecina los colocó al final. Aquello era de Middy. El resto era solo comida que podía mirar y no querer.

Middy, impacientándose, maullaba de hambre.

—¡Está bien —dijo de mal humor—, está bien, está bien!

Llevó la lata de sardinas hasta el cobertizo, la abrió y vació su contenido en el plato del gato. Middy pasó empujándole las piernas cuando se inclinó, casi tirándole.

—¡Maldito seas, ten calma!

Sintió una necesidad repentina de lavarse las manos en agua caliente, pero no pudo encontrar cerillas para encender el fuego. Buscó el encendedor en el bolsillo y sus dedos tocaron el duro cuadrado de un sobre. De repente los acontecimientos de las últimas

horas le agarraron en un espasmo violento y desesperado. Casi operando con control remoto lo sacó, lo miró y recordó que lo había encontrado sobre la estera en aquella otra casa, en aquella otra vida. Una vez más le proporcionó una sensación de identidad, pero esta vez no era tranquilizador. Era mejor ser una no-persona. Dejar de ser.

Se lavó las manos intentando olvidar la carta. Extinción era un concepto imposible. Su cuerpo estaba incómodamente vivo. Sentía comezón en sus manos. Y había una ampolla en su mejilla donde le había salpicado la leche hirviendo.

Si ella no hubiese hecho aquello...

Si hubiese permanecido tranquila...

Si yo... si yo...

Hacía un rato que estaba sentado junto al fuego cuando decidió abrir la carta.

Leeson había protegido la fotografía con dos trozos delgados de cartón blanco, sujetos con una goma. La nota, escrita en una gran hoja de papel, había sido metida bajo la goma y no doblada.

No había saludo, solo unos garabatos inseguros.

Si el dejarte la ropa de la chica es una molestia, lo siento. Se la olvidó en el estudio cuando vino y no tengo ni su nombre ni su dirección. Jane y yo salimos para Italia, para un encargo fotográfico, si no la hubiésemos guardado. Jane me ha prometido darle a Zoe una explicación discreta. Como no tiene una brillante inventiva no sé qué le dirá. Hemos tenido una constante discusión sobre esto, pero ya que no conocía tampoco la dirección de tu casa, no he podido pensar en ninguna otra alternativa. Estaremos fuera hasta el veintisiete. Ven a verme al estudio cualquier día después de esa fecha y te regalaré un par de botellas libres de impuestos para compensarte si es que hay pelea.

Adjunto encontrarás la fotografía original que me trajiste hace tiempo, a la que le hice la ampliación. Te la hubiese devuelto antes, pero la información que descubrí era, como poco, inquietante. Mi reacción, bastante cobarde, fue meterla en un cajón e intentar olvidarla. Su nombre era Anne-Marie Tarrant. Si todavía no has escuchado los detalles de su historia, te informaré de ellos cuando nos encontremos.

Firmaba la nota con sus iniciales: E. L.

Lowell, con la mente demasiado destrozada emocionalmente para entender la primera parte de la carta, fue puesto en acción de inmediato por el segundo párrafo. Sacó la goma de las dos cartulinas y allí, encerrada entre ellas, estaba Rose. Su deliciosa, hermosa, no-muerta y maravillosa chica. Sintió la misma punzada de excitación, la misma conciencia sexual acusada que había sentido cuando por primera vez había sostenido aquella fotografía color sepia en los primeros días del verano. Los labios eran divertidos, y ahora conocía su sabor, su textura. Los ojos sondeaban a propósito, de un recordado y profundo azul oscuro. La voz, su voz, estaba pronunciando dulcemente su nombre con un acento familiar. El tiempo era una confusión, una extraña mezcla del Después y el Ahora. Tocó su rostro con mucha ternura y creyó notar la cálida carne. Y casi lloró de placer.

Un breve examen del segundo párrafo, de nuevo, se llevó algo del brillo. ¿Anne-Marie Tarrant? Aquello era una tontería. Leeson lo había entendido mal. «Como poco, inquietante». ¿De qué demonios hablaba? Esta era Rose. Perfecta en su imperfección.

Antes de que la carta pudiera contaminarle de razón, la echó al fuego y contempló cómo se quemaba.

Durante mucho rato sostuvo la fotografía, tocándola suavemente, con cuidado para no marcarla, y luego la pinchó en la tabla de corcho sobre la pared. Como anteriormente, sintió la necesidad de un retrato mayor de ella, tan grande como el que Zoe había destruido. Le había roto los ojos con saña, recordó.

Ojo por ojo, Zoe. Me siento menos culpable al recordar eso.

Unas cuantas palabras de la carta de Leeson entraron en su mente... La ropa de una chica que se la había dejado en el estudio... ¿Qué chica? ¿Rose? Pero ¿por qué? Algo de una dirección. Debería haber guardado la carta. Leerla con más calma. Parecía estar ofreciendo una explicación de algo. Pero fuera lo que fuese, era demasiado tarde.

Cogió las latas de comida por el cobertizo y las amontonó sobre el pasadizo. Luego volvió a la sala y empujó la mesa hasta la pared bajo el retrato.

Reúne todas las velas para que la luz dé sobre ella. Es una luz suave, una luz de vela. Puedo verla sonriéndome a través de ella.

Colocó la silla de manera que pudiera estar sentado junto al

fuego y mirarla. Su presencia le ayudaría en las horas de espera de la noche. Tendría que decirle mañana a la policía lo del asesinato de Zoe, pero hoy tenía unas cuantas horas de paz. El gato le saltó sobre las rodillas y mientras le acariciaba el pelo notó que el corazón le latía muy deprisa, casi imperceptiblemente, como el discreto tic tac de un reloj.

14

—LA MARIHUANA ES UNA COSA —dijo Greg—, pero no estoy por los alucinógenos.

—Barato —respondió Rose, citando al camello—. El precio de unos cuantos litros de gasolina y directo al paraíso.

Estaban sentados sobre la cama del apartamento de Greg en Gloucester, en un segundo piso. Abajo, la fiesta que acababan de dejar, estaba haciendo retumbar el edificio. Aquella nueva Rose que había descendido sobre él se había unido al llamativo tropel, por razones que no quería revelar, y había perdido algo de su individualidad. Con pinturas de guerra como el resto de ellos, se había mezclado con la subcultura.

Él no quería una novia punk.

Él quería a Rose.

Ella notó su desaprobación y no le importó. En aquel momento de crisis no podía soportar un limbo tranquilo. Tenía que afirmarse en voz alta, temerariamente. Un cambio de aspecto era como poner una redecilla sobre un espejo; tenía los mismos ojos, pero se consolaba viéndose a sí misma de forma distinta. Esta es la que soy. Cómo soy. Esta soy yo, ahora.

Había ido a su encuentro cuando la metamorfosis se hubo completado a su entera satisfacción: no solo el corte de pelo punk, corto y de punta, teñido de rojo y horroroso, sino también el maquillaje, una máscara de dominó color naranja y una curva ocre sobre las mejillas, y la ropa, estrecha, chillona, lo más distinta posible a la imagen de la época victoriana. No esperaba que él la

recibiese con exaltada alegría, sus emociones no eran tan extremadas como las de Lowell, gracias a Dios, pero tampoco esperaba que se sintiera desconcertado.

Se dio cuenta de que era más fácil vestir el cargo que desempeñarlo. Las pastillas deberían ayudarle.

Rose sostuvo dos de ellas en la palma de la mano.

—Una para ti, una para mí.

Había pasado unos cuantos días en un hotel barato cerca del muelle de Bristol, demasiado herida mentalmente como para pensar en ir a ninguna parte. Finalmente, forzada por la necesidad de comprar cosas básicas, había encontrado al camello en los lavabos de uno de los grandes almacenes. Siempre se había imaginado que la venta de drogas era un negocio dominado por los hombres y se sorprendió cuando una rubia de aspecto formal, vestida con un abrigo tres cuartos color azul marino se le acercó. El sexto sentido de la mujer, o el radar por el que funcionaba, le había llevado directamente allí y el trato se había cerrado sin discusión.

Greg, aliviado de que el ácido no hubiese sido obtenido en la localidad, no estaba sin embargo contento. Nunca había tenido contacto directo con los camellos, los estudiantes que compraban la droga la compartían, y si no le ofrecían, pasaba sin ella.

—Te arriesgaste mucho.

Ella se encogió de hombros.

—Abajo están fumando hierba... También eso es peligroso.

—¿Sabe tu abuelo que estás aquí?

—Le llamaré mañana, si decido quedarme.

Su suposición de que él quería que se quedara era correcta, a pesar de las evidentes dificultades. Una amiga ocasional llamada Gail era una de ellas. Un baño compartido con otros tres estudiantes, todos aves de rapiña, era otra.

—¿Por qué has venido? —Se lo había preguntado antes y su respuesta había sido evasiva.

Ahora también lo fue.

—Gracias por tu entusiástica bienvenida.

—Me alegro de tenerte.

—Por tu aspecto, se diría que rebasas de alegría —le dijo ásperamente.

—Te lo digo de verdad. Tira esas pastillas al *water* y ven a la

cama conmigo.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Necesito evadirme... mentalmente. Luego... No puedo ahora... Ahora no te deseo. —Cuando me tocas pienso en Lowell. Necesito hacerle desaparecer. Aniquilarle. Hacer que se vaya.

Era lo bastante perspicaz como para saber que sufría por algún tipo de herida emocional que no tenía nada que ver con él. ¿Con Marshall, quizás? Si aquel tío raro le había dado una patada, estupendo. Había acudido a él, aún mejor. Así que dale tiempo.

Se oyó un estruendo abajo, porque alguien había volcado el tocadiscos, a lo que siguieron unos minutos de silencio. Luego la música volvió a sonar.

Las tabletas de L. S. D. eran dos gotas menudas en la palma de su mano.

—Supongo que deberíamos tomárnoslas con agua.

Rose fue hacia el lavabo y enjuagó un vaso. Tenía marcas de dentífrico. Lo volvió a enjuagar y se lo dio a él.

—No —le dijo.

—Por favor —Su voz era persuasiva—. Estaré muy sola por ahí sin ti.

Fue una locura peligrosa. Luego no pudo justificar su debilidad y no lo intentó. Fue la más extraordinaria experiencia sensorial que había sentido nunca y una experiencia que no quería volver a repetir jamás. No había materia en la cama en la que se tumbó apretado contra Rose. La pared a su espalda flotaba a su alrededor con la suavidad de una pluma. Creyó que se había levantado y sintió sus pies hundirse a través del suelo, mientras la música de abajo subía como el vapor y era respirada más que oída. Ansiaba encontrar algo firme a lo que asirse, pero no había nada sólido en ninguna parte. Todo era blando, viscoso, oliendo a agrio. Se agarró a sus brazos, pero sus dedos traspasaban la carne como si fuese un hombre ahogado deshaciéndose en una terrible disolución. Según se iba pasando el efecto del ácido, su cuerpo, como una película que fuese hacia atrás, de la muerte a la vida, se volvió sólido de nuevo. Pudo notar los huesos de las piernas, sus brazos, sus dedos... Según su esqueleto se iba volviendo a juntar.

Su recreación, como la creación de Adán el primer día, había tomado algún tiempo. La fiesta de abajo había terminado. La

habitación estaba silenciosa y oscura. Había estado fuera durante algunas horas. Si la experiencia de Rose había sido la misma, pensó amablemente, necesitaría una de sus costillas para endurecerse. Le ofreció una, muy en serio, en la oscuridad. Ella no respondió. Alargó la mano para tocarla. No estaba allí.

La calle de las afueras, estrecha y desierta, parecía extenderse delante hacia un cono de luz que nunca se agrandaba ni disminuía. Rose, exhausta de correr, aminoró un poco el paso y tomó grandes bocanadas de aire. Por fin tuvo el aliento suficiente para hablar:

—Yo no maté a mi hijo. Era un feto, unas cuantas células... Aún no era un niño. No sentí nada.

La enfermera, en algún lugar donde no se la veía por la noche, se deshizo de los restos sangrientos, que tampoco se veían. Su voz, apenas algo más que un susurro, era clara:

—El aborto es un asesinato.

Rose empezó a correr de nuevo, con pasos irregulares como latidos de corazón aterrorizados.

—Tenía catorce años, era demasiado joven, el doctor estuvo de acuerdo. No sentí nada. Nada.

Era necesario seguir repitiendo aquello. Las palabras daban vueltas alrededor en círculos como aros echados a rodar por un pasillo, un pasillo largo de paredes pintadas de blanco, con una puerta al final.

La puerta debía permanecer cerrada.

Más allá estaba el dolor.

Una gran caída en la oscuridad.

La voz acusadora estaba cambiando, asumiendo un timbre distinto con resonancias amenazadoras. La acusación no era de asesinato de un niño nonato. No se le pondría un sombrero negro a una promiscua chica de catorce años. Ahora era una mujer, responsable de sus acciones. Era asesinato en primer grado. Había matado a sangre fría.

—¿Pero a quién? —gritó—. ¿A quién?

La pregunta, incontestada, reverberó como si su cráneo fuese una caverna llena de un mar furioso. El mar, como las lágrimas, era caliente sobre su rostro. Había ratas en el agua, con la barriga hinchada, ahogadas. Cuando el mar llegase a lo más alto de la cueva... a sus narices...

Tomó una bocanada de aire con estremecimiento.

Aquello le sucedía a Alicia. Su padre le leía la historia, hacía mucho tiempo. Y estuvo ahora con ella, brevemente: «Deja de llorar, Rose. Alice no se ahogó. Creció. Tenía el cuello torcido... como una serpiente». Se volvió hacia él en busca de consuelo. No estaba allí.

Bajas corriendo una calle larga y silenciosa. Sola. Las sombras son como fosos negros y la luz del alumbrado es demasiado brillante. Brillante como el sol. Pero es de noche. Medio de noche, medio de día. ¿Pero cuál de los dos?

Le llaman amanecer.

¿Cómo conoceré al amanecer cuando llegue? La luz está encendida toda la noche. Así que ¿cómo lo sabré?

Sigue corriendo, como el mundo se inclina hacia el día, corre más deprisa. Haz que siga estando oscuro, obliga a que siempre sea de noche, no dejes que la mañana llegue.

Iba corriendo locamente cuando los dos estudiantes de la facultad la vieron y la reconocieron de la fiesta como la novia de Greg. Se imaginaron que estaba teniendo un mal viaje y se acercaron rápidamente antes de que pudiera hacerse daño. Ella sintió unas manos que la sujetaban firmemente y uno de ellos le puso la bufanda sobre la boca para ahogar su grito.

Se sintió morir.

Se dieron cuenta de que estaba perdiendo el conocimiento.

La llevaron entre los dos al piso de Greg, que estaba un par de calles más allá. Si aquello era mescalina o algo así, era poco probable que la volviera a probar. Se encontraron con que Greg también estaba flotando, pero se iba normalizando gradualmente, así que era su deber quedarse por allí. Era más fácil poner a Rose sobre el sofá de la sala donde habían hecho la fiesta después de haber apartado los restos a patadas, que llevarla arriba. Se sentaron y la vigilaron mientras Greg daba vueltas por la habitación con pisadas exageradamente fuertes.

—El mundo —dijo sonriendo locamente—, es duro.

—Condenadamente duro —asintieron.

Rose, al oírles a través de la espesa y profunda oscuridad, tenía demasiado miedo de abrir los ojos. No sabía dónde estaba y estaba deseando estar de nuevo en la casa en la que se encontraba segura.

Habló con los ojos fuertemente cerrados:

—Quiero irme a casa —dijo.

Las velas comenzaron a fundirse poco después de las tres de la mañana. Lowell, vagamente consciente de que la luz no era tan fuerte como antes, dejó de luchar contra el sueño y se adormeció. Middy se arrimó más a él y su sombra era un pequeño bulto en la sombra de Lowell sobre las antiguas paredes, de modo que parecían fundirse como en un embarazo grotesco.

Rose no podía racionalizar su impulso de volver a la casa. No podía racionalizar nada. Se sentía como si estuviese suspendida sobre un abismo entre un pasado oscuro y aterrador y un futuro que inexorablemente la atraía. Se había ido para escapar de Lowell, pero la casa era parte de ambos y requería su presencia. Tenía que ir allí... y pronto.

Tenía algo que ver con la inocencia. Y con una acusación que no entendía.

Los dos estudiantes que la estaban vigilando le dijeron muy sensatamente que si intentaba conducir el coche probablemente se mataría. Cuando Greg se ofreció para conducir le hicieron una advertencia similar.

Durante aproximadamente la última media hora ella había estado paseando por la habitación como un animal enjaulado, insistiendo en que la puerta debía permanecer entreabierta y la ventana abierta de par en par. No, dijo, no tenía claustrofobia. Bueno, normalmente no. En su viaje había estado en una habitación demasiado pequeña, eso era todo.

El viaje, le dijo uno de sus guardianes, podía durar un poco. El ácido producía cosas extrañas en la mente. Conducir un coche durante el amanecer no era prudente. Espera unas horas. Mejor espera todo un día.

Todo un día era demasiado esperar, incluso unas cuantas horas sería demasiado tarde. No podía explicarlo, así que no lo intentó.

—Tengo que ir a casa.

Greg entendía que «la casa» era la finca, y Ballater. Aún estaba demasiado confuso para cualquier clase de careo con el viejo. Cuando intentaba construir unas cuantas frases en su mente, excusándose a sí mismo, excusando a Rose, no sonaban lúcidas. Él se había emborrachado una o dos veces, pero aquello era diferente.

El alcohol era soporífero, el cerebro se programaba a cero, se hacía un ovillo y dormía. El ácido era una bandada loca de pájaros que no podían ser camelados para descansar, hasta que estaban dispuestos.

—Yo no creo que esté completamente en mis cabales —dijo plácidamente—, ni tú tampoco, Rose. Podrías hundir el acelerador en el suelo.

En un suelo inmaterial, recordó, con la cualidad de la esponja.

Volvió a expresarlo:

—Podrías conducir demasiado deprisa.

Una brisa del sudeste llevaba el repique de las campanas de la iglesia hasta la casa. Lowell las había oído unas cuantas veces anteriormente, cuando la vida era normal y eran solo música de fondo y el comienzo de un día ordinario.

En muchos aspectos aquel día también parecía ordinario.

Las funciones corporales seguían. Fue por el jardín hasta el retrete y se dio cuenta de que sus zapatos estaban húmedos de rocío. Una araña había tejido una tela entre una pala y la pared contra la que se apoyaba. La naturaleza, guasona, tiraba pequeñas hojas muertas a su alrededor. Sintió una en su pelo y la quitó. Era marrón y estaba seca. Limpia.

Los árboles llevaban el asunto de la muerte muy bien. Morían en una explosión de gloria. Las flores se secaban, y también la gente.

Antes de marcharse del retrete lo desinfectó con líquido de pino. Un nombre inapropiado. Un bosque de pinos olía a savia verde, a un suelo de toscas piñas sobre la tierra húmeda y dulce.

Sería agradable en esta agradable y gélida mañana deambular por los campos y escuchar las campanas.

¿Por qué no hacerlo?

Porque este día no es como otro. Cuando las campanas dejen de repicar tienes que planear tu próximo paso.

Palabras que su padre le había dicho poco antes de morir le vinieron a la memoria:

—Todo está en orden, Lowell. Encontrarás todos los papeles necesarios en una serie de sobres de papel de Manila en el cajón de arriba de la derecha del escritorio.

Un sistema de archivo extremadamente simple.

Lowell volvió a la casa y se quedó mirando el retrato de Rose. Él no tenía archivo. Ni sobres de papel de Manila. Ni deseos de

ordenar su vida para que pudiese ser entregada a otra persona.

Tenía el nocturno inacabado y el retrato.

Si ellos, quienesquiera que fuesen, intentaran cogérselos, les mataría.

Era una afirmación de hecho, una fría declaración de intenciones.

15

ROSE DETUVO SU COCHE detrás de la furgoneta de Lowell en el preciso instante en que las campanas dejaron de sonar.

No recordaba claramente el viaje. Todo lo que podía recordar era el frío. Había conducido con todas las ventanas abiertas y el viento había azotado el interior del coche, helándole las manos, los tobillos. Estar encerrada era insoportable. Era mejor helarse que ahogarse. Restos del viaje del ácido cruzaban todavía sus pensamientos como una cuerda deshilachada. Hasta que no estuviese libre del recuerdo no podría pensar con claridad. El que hubiese llegado sana y salva a su destino se debía, creía, a reflejos bien entrenados. Y a la suerte. No estaba en estado de cuestionarse qué clase de suerte. Estaba allí porque tenía que estar.

Estaba rodeada de extensos campos, de un reluciente verde plateado a la luz de la mañana. Había nubes que cruzaban rápidamente el profundo azul del cielo. La libertad era una simple cuestión de respirar, de moverse.

Según se acercaba a la casa vio que una oscura espiral de humo salía de la aislada chimenea. La presencia de Lowell era inaceptable, pero por algún tiempo tenía que ser aceptada. Se había metido en su dominio, se había apoderado de su casa. Se habían amado sexualmente y había estado bien, hasta que había intentado convertirla en algo que no era.

Y la dejó sin saber quién o qué era.

Al ir allí ahora estaba buscando su identidad, aunque ella no se lo dijo con esas palabras. Ella era Rose, se repetía a sí misma. Y no

se sorprendió de la necesidad de que se lo dijeran. Estaban a finales del siglo xx. ¿Entonces? El viaje del ácido había sido fuera del tiempo. No encajaba en ningún lugar de la historia. Así pues, ¿por qué aquella fuerte sensación de pasado? Una sensación que se hacía más y más fuerte según iba andando por el sendero hacia la puerta.

—Se pueden poner límites, también se pueden ignorar —dijo «ella». Hacía ya algún tiempo que «ella» había aprendido cómo hablarle dentro de su cabeza. Su expresión, divertida, sonriente, no cambió perceptiblemente. Habían vuelto a la antigua relación, la de antes de que ella se encarnase. También entonces tenían discusiones, pero la unión de las mentes no había sido tan completa. Él notó ahora que el dominio de «ella» se hacía mayor, un dominio al que daba la bienvenida. Desde que mató a Zoe no sabía muy bien qué hacer. Cuando las campanas dejaran de sonar, y lo acababan de hacer, se suponía que debía hacer algo, ¿pero qué? La respuesta de «ella» era clara y consoladora.

Recordó que había traído una botella de *whisky* de la casa y que estaba en la caja de cartón en el cobertizo. Fue y se puso un poco en un vaso, no mucho, y le añadió agua. Lo consideró como una bebida de celebración, el paso con éxito de un límite. Pero el asesinato no era algo que celebrar. Cuando no podía ver el retrato en la pared salían sus más oscuros pensamientos. Era como ir de la luz a la sombra.

—¡Lowell! —La voz era muy clara. Encantado de ser llamado a la luz, la obedeció.

Y vio a la extraña. A la parodia.

Rose había entrado silenciosamente y estaba acurrucada junto al fuego calentándose. Tenía los muslos con piel de gallina mostrados a través del corte de su falda de terciopelo negro. Sus dedos, que le dolían por el repentino calor, se iban poniendo gradualmente de un color más normal. No se había lavado la cara desde que se la pintó para la fiesta y las lágrimas que había derramado durante el demente terror del viaje habían emborronado la máscara naranja alrededor de sus ojos de forma que le bajaba grotescamente por las mejillas. Su pelo, azotado por el viento, parecía clavado sobre su cabeza como lanzas ensangrentadas. No tenía ni idea de cuál era su aspecto y no podía entender el silencio de Lowell. Estaba de pie junto a la puerta mirándola fijamente como si fuese una aparición.

Le dijo bruscamente que había estado conduciendo mucho rato y que tenía frío.

—Al menos por una vez tienes encendido un buen fuego, y me iría bien beber algo caliente.

Su voz era la voz de Rose. Sus rasgos eran los rasgos de Rose, pero grotescos. Las palabras de Leeson cuando vio la fotografía por primera vez le vinieron a la mente. Había dicho que parecía una puta. Aquella criatura parecía una puta. Su blusa de satén rojo estaba abierta hasta casi el ombligo.

Ella vio la dirección de su mirada.

—Sí —admitió—, es una forma estúpida de vestirse en un día frío, pero vine corriendo. Tenía que llegar aquí.

Ella se dio cuenta de que la mano que sostenía el vaso de *whisky* temblaba y se preguntó si estaba borracho. ¿O aquella era una explicación demasiado sencilla? En los pocos días que hacía que se habían visto él había cambiado ligeramente. Sus ojos no eran los ojos de Lowell que recordaba, llenos de amor por ella. Su impetuosa afirmación de sí misma parecía una discreta postura comparado con el cambio ocurrido en él. Notó un trauma más profundo que el suyo propio.

Dijo su nombre, convirtiéndolo en una pregunta:

—¿Lowell?

Él miró a la fotografía de la pared para guiarse, pero había un silencio desnudo en su cabeza. Cruzó la sala y puso el vaso de *whisky* sobre la mesa. Las velas se habían consumido y las colocó en fila sobre la bandeja. Si hacía cosas con las manos su cerebro podría comenzar a trabajar de nuevo. No sabía cómo llevar la situación. Se esperaba que dijese algo, pero no sabía qué palabras decir.

Rose, para romper el silencio, le preguntó cómo estaban sus manos.

Lo bastante fuertes como para matar, recordó. Desordenó la hilera de velas, volviéndolas a colocar. ¡Sus malditas manos!

—¿Lowell! ¿Por qué demonios no me hablas?

Ecos de la antigua Rose. Los recuerdos emergieron. La había desnudado cerca del fuego: su pelo largo había brillado a su luz.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —le preguntó casi en un susurro, de pie, medio de espaldas a ella.

—Me lo he cortado —dijo secamente—, como puedes ver.

Su mente, obnubilada por el ácido, se estaba aclarando y se dio cuenta de la extraña forma en que había arreglado la habitación. Parecía haber hecho una cripta de ella. ¿Cuál era el propósito de poner la mesa contra la pared? Con todas las velas gastadas encima parecía un tosco altar pequeño. El punto focal era una pequeña fotografía color sepia.

Se levantó y se acercó para verla.

El reconocimiento fue seguido por una violenta ira que le hizo latir violentamente el corazón. Aquel era el retrato original, el retrato del que le había hablado el fotógrafo. Estaba mucho más claro que el del «Illustrated Police News». Aquí el parecido era tan grande que podría estar mirando su propia imagen en un espejo. Pero los ojos eran distintos, se dijo. Diferentes. Lo que fuera que hubiese detrás de los ojos de aquella mujer de otro tiempo no estaba en los suyos ahora.

Yo no soy tú, le dijo a la fotografía en silencio.

Yo no fui acusada de matar a puñaladas a mi amante. Y a nuestro hijo. A nuestro niño de un mes. ¡Dios! ¿Qué clase de monstruo sería yo? ¿Qué clase de monstruo eras tú? Tú. A mí no me llevaron, enferma y aterrorizada, a aquella terrible habitación aquella horrible mañana. Ni me colgaron por el cuello hasta morir. Fue a ti, a ti, no a mí. A ti.

La sonrisa de la otra mujer era burlona.

Rose se dio la vuelta, temblando.

—Intentaste convertirme en ella.

—Ella es Rose.

—¡No seas tan condenadamente imbécil! —No sabía si pegarle o llorar.

Él le dijo amablemente que se sentara, que le haría algo caliente, como le había pedido antes.

—No hay necesidad de afligirse por nada.

Las palabras iban acudiendo a su mente con facilidad, como si un apuntador le estuviese dictando las palabras apropiadas. Se dio cuenta de que aquella pequeña y grotesca parodia debía ser tratada amablemente, hasta que supiese algo más de ella.

Ella no estaba segura de poder confiar en su cambio de humor. Era demasiado rápido, demasiado amable. Sus ojos tenían una mirada poco franca, como si desconfiase de revelar sus

pensamientos.

Sus propios pensamientos se hicieron más disciplinados. El L. S. D. le había hecho sentir culpable por el aborto. Las palabras de la enfermera, oídas por casualidad, de que el aborto era un crimen, siempre la habían inquietado, le habían ocasionado pesadillas. Y por eso su mente había reconstruido la escena de la ejecución que había leído en el fotógrafo. Todo parecía muy sencillo y verosímil. Siempre había sido fácil para ella solucionar sus problemas allí en la casa. Ahora la estaba curando, como sabía que lo haría. Calmándola de nuevo. Nada terrible le había sucedido a la gente que había vivido allí en el pasado. Habían vivido vidas ordinarias, ni demasiado buenas, ni demasiado malas. El olor de la casa era su olor, una mezcla de lo agradable y de lo desagradable: hongos, flores, sudor, humo de la leña. Los sonidos de la casa eran sus sonidos: risa, suspiros, un pequeño llanto, una pequeña discusión. Allí había habido amor, y ternura y dolor. Era un lugar de heridas y de cicatrización. Aquella mujer de la fotografía nunca había vivido allí. Cerca del pueblo de Mardale, decía el informe de la policía. Y luego en Londres. Allí no. Nunca allí. No tenía nada que ver con la casa, ni con ella. Ignórala. Olvídala.

Pero no podía.

Lowell abrió una lata de sopa y la calentó. Había suficiente para dos, pero él no quería. Puso la mitad en una jarra y se la llevó. La intrusa entretanto había ido a su dormitorio, había encontrado un viejo suéter y se lo había puesto. ¿Qué intentaba hacer?, se preguntó. ¿Simplemente calentarse, o establecer alguna clase de vínculo entre ellos?, ¿o ambas cosas? Sintió una ligera agitación sexual, pero no lo suficientemente fuerte como para establecer un puente con el pasado cercano. Ella era aún una extraña, una chica que había entrado, no alguien a quien había amado con pasión y ternura. No era Rose.

Ella le cogió la jarra y puso las manos a su alrededor. La sopa olía apetitosa y sabía a cara, no a raciones de hambre.

—¿Cómo te las estás arreglando para la comida?

—Me aprovisioné cuando fui ayer a casa.

—¿Viste a tu mujer?

Una ligera vacilación, una mirada hacia la fotografía, y luego, con aire despreocupado:

—Sí, vi a Zoe.

Tu matrimonio es cosa tuya, pensó Rose, y evidentemente estás cortando cualquier discusión sobre ello. Bueno. Vuelve con ella. Sal de mi casa. De mi vida. De repente decidió hablarle de Greg, mostrándole como algo más de lo que era.

Él la escuchó en silencio, con la mente en otra parte. No le importaba con quién se acostaba aquella putilla. A quién quería o a quién no quería. Se estaba acordando de Zoe, de sus manos alrededor de su cuello. De la sensación del pulso fuerte y débil. La policía descubriría pronto su cuerpo, había sido un loco no escondiéndolo. Era necesario actuar mientras aún tuviera libertad para hacerlo. El instinto de conservación había estado muy abajo en la lista de prioridades. Ya era hora de ponerlo en primer lugar.

O eso le decía la voz de su cabeza.

Consideró las posibilidades.

Había comida suficiente en la furgoneta para ir tirando, pero no mucha gasolina. No tenía objeto irse con ella. No iría lejos. Necesitaba protegerse allí.

¿Pero cómo?

Rose cogió la jarra y se la llevó para lavarla. Vio el plato de Middy en el suelo y los restos de lo que parecía salmón en lata. Las dificultades financieras de Lowell parecían haber terminado.

Él la siguió al cobertizo y ella le señaló una lata de gambas.

—¿Para Middy?

—Sí.

—Lo alimentas con lo mejorcito.

—Lo alimentaba.

Ella percibió una expresión atenta en su rostro. Era extraña. Se persuadió de que la estaba imaginando.

—¿Qué quieres decir?

Él no respondió directamente.

—¿Hay zorros por ahí?

—Sí, a veces. ¿Por qué?

—¿Qué se hace con ellos? ¿Se envenenan?

—Claro que no. Craddock, el vaquero, los despacha con un rifle. Mató un par el año pasado. Eran animales hermosos.

No podía comprender su interés y le miró con inquietud.

—Middy era un hermoso animal.

Él vio su expresión y por un momento la otra voz se desvaneció y le permitió unos momentos de cordura. No le hagas daño. Esa chica que está a tu lado es de carne y hueso, es Rose. Sal de tu abismo, extiende tu mano hacia ella.

Puso su mano suavemente sobre la suya, pero ella dio un paso atrás, y la mano cayó.

—¿Qué estás intentando decirme, Lowell?

Roto el contacto, la voz volvió con fuerza.

—Encontré el cuerpo de Middy esta mañana. Había sido atacado por un animal grande, probablemente un zorro. Necesito un rifle para un par de días. ¿Podrías conseguirme uno de la finca?

Se creyó lo que le decía y le dio mucha pena. Middy había estado allí al principio de su relación cuando la excitación de hacer el amor con él estaba en su cenit. La muerte del animal parecía subrayar aquella separación. Acentuaba el final.

—Lo siento.

Unas semanas antes hubiera corrido a sus brazos. Ahora no.

El año anterior había visto las entrañas esparcidas de un corderito. El recuerdo, superpuesto al recuerdo de Middy, era nauseabundo. La muerte sangrienta del gato era probablemente la causa del extraño comportamiento de Lowell. El *shock*, la ira y el alcohol habían destruido la razón de su mente.

¿Lowell con un arma? Era un músico, no un suministrador de muerte. Ni siquiera podía poner una ratonera sin cortarse. Parecía sensato disuadirle.

—No creo que mi abuelo te preste un rifle, no tienes permiso.

—No tiene por qué saberlo.

No, pensó, no tiene por qué. Los rifles no estaban bajo llave. No sería difícil entrar en la finca sin que la vieran y coger uno. Pero pronto notarían la falta.

—¿Sabrás cómo utilizarlo?

—Sí. —Había algo de nerviosismo en su voz. Estaban perdiendo el tiempo discutiendo.

—No me gusta matar —replicó—, ni siquiera para vengar a Middy, ni suponiendo que el animal vuelva, que probablemente no volverá.

—¿Crees que a mí me gusta matar?

Sudaba por el esfuerzo que hacía para controlarse. ¿Qué

intentaba hacer, obligarle a estar allí discutiendo la ética? Recordaba claramente a Zoe, extendida boca abajo sobre el suelo de la cocina, con los dedos tocando un charco de leche derramada, oliendo a agrio.

Ella se encogió de hombros.

—De acuerdo. Si debes hacerlo... Te enseñaré donde los guardan.

Después, decidió, sería asunto suyo. Tanto si devolvía el rifle como si no, lo haría él solo. No quería saber nada más de él. Ni allí ni en ninguna parte.

Se miró la cara en el pequeño espejo que había encima del fregadero. ¡Dios santo, tenía un aspecto espantoso! ¡Como una piel roja loca! No podía ir a la finca con aquel aspecto.

Puso agua del cubo que había bajo la bomba en una palangana y encontró el jabón de Lowell que era del más basto de cocina. Se enjabonó las manos y luego se frotó las mejillas. El agua de la palangana se volvió de un tono canela oscuro. Puso más, se enjuagó la cara y luego, de espaldas a él, pidió una toalla.

Él no se movió. Todo lo que ella hacía parecía un acto deliberado para detenerle. El temido y conocido redoble comenzaba a sonar de nuevo en su cabeza y las paredes se le acercaban.

Ella se volvió a tiempo de ver su expresión; los ojos entrecerrados, los labios firmemente apretados. Parecía no respirar.

Y luego expulsó suavemente el aire.

La voz era tranquilizante. Tómatelo con calma, Lowell. Hay tiempo. Ve a la finca con ella. Tranquilízate.

Le alcanzó una toalla y consiguió sonreír.

—Iremos a buscar el arma ahora.

El viento doblaba la hierba desigual de los bordes del sendero y el sol, oscurecido intermitentemente por nubes que corrían, enviaba rayos sobre el verde grisáceo de los lejanos prados. Aquí afuera, lejos de la casa, el día tenía la vitalidad de la juventud. Una bandada de estorninos volaba y se lanzaba y se elevaba y luego, juntos, se alejaban rápidamente sobre el campo del ganado *Charolais* como si fueran aviones en miniatura.

Rose miraba a Lowell dando zancadas delante de ella. No hacía tanto tiempo habían paseado por allí, el uno al lado del otro y con las manos cogidas. Sus momentos de verdadera tranquilidad eran

raros, pero él los había encontrado con ella. Recordó cómo dormía brevemente después de haber hecho el amor y luego se despertaba lentamente y la buscaba para asegurarse de que aún estaba allí.

O de que aquella otra mujer estaba aún allí.

Parecía haber estado comunicándose con la fotografía. Incluso cuando él no la miraba ella notaba su conciencia de la imagen. Era más real para él que ella misma. Estaba libre de él. Era una buena sensación ¿verdad? No tendría que mimarlo más. Ya no tendría que vigilar más su lengua. La última cosa rara que tenía que hacer para él era buscarle un rifle. Y no lo haría si podía.

Apretó su paso para ir con él. ¿Por qué andaba tan deprisa?

—Lowell, ve más despacio, no puedo seguirte.

Se detuvo, no respondió y siguió caminando.

—Muy bien —le espetó—, sigue. Yo voy a descansar.

Se fue a sentar en el muro que rodeaba el campo de ganado y se aflojó los zapatos. Zapatos baratos. Plástico verde oscuro con tacones altos y delgados y hebillas plateadas. Bonitos. ¿Cómo reaccionaría su abuelo ante su nueva imagen?, pensó. Los pocos días que había estado separada de la finca y de él, la habían llevado a la libertad. La diversión ya no era lo que más le interesaba. Más de una vez en el pasado le había ofrecido pagarle los estudios en una escuela para señoritas, le había sugerido Suiza, o quizás Francia. Su negativa sería ahora menos enérgica. Valía la pena intentar algo, cualquier cosa que fuera diferente.

Echaría de menos la casa, pero no la finca.

Desde aquel lugar estratégico sobre el muro podía ver claramente la casa: melancólica, antigua, tranquilizadamente familiar. Era evidente que hubo un tiempo en el que había sido parte de la propiedad de los Ballater. Le había preguntado la historia a su abuelo, pero se había negado a explicársela. Nadie más parecía saberlo, o no querían decirlo. Si su abuelo la compraba para hacer un acceso a la carretera la tendrían que derribar. No debía suceder. Quizás más tarde, cuando tuviese su herencia, podría hacer una mejor oferta y comprársela a Lowell.

Él iba hacia ella, con la cara roja de cólera.

—¡Por Dios! ¿Se puede saber que haces ahí, sentada?

—Estoy cansada. Los zapatos me hacen daño.

Los miró. Eran ridículos. Ella era ridícula. Su blusa carmesí era

una pequeña franja de rojo bajo el suéter donde se juntaba con su corta falda negra. Su pelo corto y tieso brillaba chillonamente al sol. Parecía un payaso, incluso con la cara limpia. Era una burla detestable, una caricatura de Rose hecha con veneno, un pintarrajo de algo hermoso.

Inquieta por su expresión, se volvió y miró hacia el campo donde pacía el ganado. Una pequeña criatura negra iba urdiendo su camino a través de la hierba, una compleja pauta de movimientos: un resbalón hacia un lado y un poco en semicírculo. Una burla de algo. Una burla del toro *Charolais*.

Desde aquella distancia se veía como un pequeño caniche negro. Los perros eran lo bastante cortos como para acosar a animales que podían desquitarse. Seguramente debía de ser un perro. Un gato tendría más sensatez.

Rose se puso los zapatos y se subió a una piedra plana encima del muro para poder ver con más claridad.

Era un gato. Middy.

La alegría de que el gato estuviese vivo fue seguida por la inquietud de que pronto no lo estaría. César avanzaba patosamente, con dificultad, pesadamente, como un boxeador borracho por los golpes preparándose gradualmente para la acción.

Lowell también había visto a Middy. ¡Maldito sea por reaparecer en el mal momento! Murmuró algo sobre el gato que había encontrado malherido, que había tomado por Middy, la próxima vez podría serlo. Aún necesitaba el arma.

Rose no le escuchaba. Middy de vez en cuando se portaba insensatamente, pero nunca se había portado así antes. Sus travesuras eran extraordinarias. El toro era bastante manso en circunstancias normales, ella siempre había podido controlarlo, pero su paciencia tenía límites.

Iba avanzando muy lentamente con una incredulidad casi cómica hacia su atormentador. Middy pasó como un rayo delante de sus pezuñas y luego, como una goma elástica estirada al máximo y soltada repentinamente, volvió de un salto haciendo un arco que le llevó hasta las ancas del toro. Le hincó las garras en la carne bajo los espesos rizos blancos y le hizo sangre.

Rose, sin saber qué hacer, pero consciente de que debía hacer algo antes de que mataran a aquel estúpido animal, saltó al campo.

Middy estaba de nuevo sobre la hierba, corriendo y dando vueltas alrededor del toro. César le miró moviendo su gran cabeza de un lado a otro.

Rose se adelantó con cuidado y luego se agachó, lista para coger al gato en donde creía que sería su ruta de vuelta. El gato la vio y se desvió. Los círculos cambiaron para convertirse en un zigzag como los rayos de un relámpago ahorquillado, desde donde estaba Rose corriendo rápidamente hacia adelante en dirección al toro antes de que ella pudiese cogerlo. Los zigzags se hicieron más cortos, atrayendo el toro hacia ella. Por dos veces casi cogió a Middy; el gato estaba tentadoramente cerca. La próxima vez cogería a aquella criatura idiota, y la apartaría del peligro.

Y luego volvió de nuevo a cambiar de dirección, y salió corriendo hacia la alta hierba que bordeaba el seto lejano.

El toro, absorto en algo que ya no estaba allí, alzó su cabeza y buscó otra presa.

Rose se quedó quieta mientras los ojos del toro se quedaban fijos en los suyos.

Había estado cerca de él en otras ocasiones, pasándole los dedos por el pelo, cuidándolo, sintiéndole afecto. Nunca le había hecho daño. Y seguramente no se lo haría nunca. Necesitaba ser aplacado, tranquilizado.

Pero en aquel momento sus ojos, alerta, inyectados en sangre, eran amenazadores, y por primera vez sintió una pequeña punzada de miedo. Ya no era su animal, sino una criatura de una gran fuerza a la que habían sacado de quicio. Su César se había hecho imprevisible.

Sería sensato retirarse. Lentamente. Cualquier movimiento debía ser tranquilo y sosegado. Dio un paso atrás. El toro bajó la cabeza y su pezuña derecha arrancó un terrón del suelo formando una nítida franja. El aire olía fuertemente a abono y al aliento de los animales.

Contó despacio hasta cinco y dio otro paso atrás.

—¡Quieto! —le ordenó suavemente, moviendo apenas sus labios. No se movió.

Dio otro paso atrás, y otro.

Pudo oír una voz lejana, la de Craddock. Él entendía al animal casi tan bien como ella. Si Lowell iba a pedirle ayuda, ella y Craddock podrían manejar entre los dos a la bestia.

Dejó de mirar al toro y vio que Lowell estaba en el campo. ¿Qué demonios pensaba que podía hacer allí? Quería gritarle que se alejase y fuese a buscar a Craddock, pero no podía arriesgarse a levantar la voz. En los pocos segundos que había dejado de mirar a los ojos al animal había perdido algo de dominio sobre él. Si empezaba a moverse perdería todo el control. Era vital imponerle su voluntad, mantenerla hipnóticamente.

Empezó a sudar por el esfuerzo.

Mírame, César, maldita sea.

Quédate quieto.

Quédate... Mírame.

Tranquilamente, César.

Mírame... Aquí.

Tranquilo... Calma.

¡Bestia!... Aquí... Mírame... Maldita sea... ¡Mira!

Repitió una y otra vez las confusas palabras, conteniendo el pánico. El toro miraba a Lowell. Lowell iba hacia él. ¿Qué cojones se creía que estaba haciendo? Déjame a César. Yo puedo manejarlo. Le conozco. No te metas en esto. No te inmiscuyas.

Estaba intentando apartar al animal. ¿No sabía que lo estaba confundiendo más? ¿No sabía nada de la naturaleza de las bestias?

El toro estaba empezando a moverse. No hacia Lowell. Sus ojos volvían a estar fijos en los de ella, pero esta vez el poder hipnótico estaba en el toro.

Dio varios pasos rápidos hacia atrás y el tacón de su zapato se partió y le hizo perder el equilibrio. Se cayó torpemente y se quedó muerta de miedo en lo que parecía un bosque de maleza verde y tupida, que se iba oscureciendo lentamente hasta hacerse negra. Pudo oír el golpe sordo de las pezuñas y sentir el peso aplastante de Lowell al echarse protectoramente sobre ella. Las pezuñas se convirtieron en latidos de corazón. Y después, esos también se silenciaron.

En los pocos momentos antes de morir, Lowell estaba echado abrazándola en la pálida media luz de un momento, tiempo atrás. Ella era pequeña y frágil en su desnudez... su piel era cálida y perfumada... su largo, rizado y oscuro pelo, abundante y hermoso. En la cuna al lado de la cama un niño lloriqueaba dulcemente.

El dolor fue vivo, un golpe rápido entre los omoplatos, una

perforación de pulmón. La almohada ribeteada de puntillas se estaba salpicando de sangre, y también el rostro y el pelo de ella. Le estaba mirando, o estaba mirando al otro detrás suyo, con los ojos azules ciegos e inexpresivos. No los podía leer. Estaba mortalmente herido para intentarlo. Quería besarla, pero tenía sangre en la boca. Sabía a sal. Como las lágrimas.

La quería a ella, y al hijo de ambos, más de lo que nunca había amado a nadie en su vida. E intentó seguir abrazándola. Pero ella le estaba apartando.

Epílogo

LA AUDIENCIA DEL JUEZ de primera instancia estaba muy concurrida para la encuesta *postmortem*. La muerte, en circunstancias poco usuales, de un músico famoso en tiempos fue extensamente publicada en la segunda página de la mayoría de los diarios. Un catedrático de música, un excolega de Lowell, le rindió un homenaje en la sección necrológica del «Daily Telegraph». Se discutió la posibilidad de un oficio en recuerdo suyo.

Teniéndolo todo en cuenta, pensó Zoe, había hecho bien en ir. Llevaba su abrigo de visón. Un pañuelo de Dior en tonos púrpura y gris cuidadosamente colocado alrededor de su cuello disimulaba la gran magulladura. Unas gafas negras camuflaban sus emociones. La viuda debía parecer afligida.

El que fácilmente hubiese podido haber una doble investigación si las manos de Lowell hubiesen estado menos deformes y hubiesen sido capaces de ejercer la suficiente presión, era algo que no debía publicarse nunca. Si hubiera estado menos bebido podía haberse dado cuenta de que no estaba muerta y haberla liquidado de algún otro modo. Igualmente, si hubiera estado sobrio, quizás no hubiera sucedido.

Fue casual que Ben la encontrase a tiempo. Había oído marchar la furgoneta, le dijo después a ella, y había ido para invitarla a cenar algo, a beber algo, a tener compañía. Las luces brillaban en todas partes y la puerta de atrás estaba abierta. Con mucho tacto había dicho lo menos posible sobre haberla encontrado semiinconsciente, y haberla resucitado, pero su disgusto y su cólera

eran evidentes. Cuando algo más tarde ella fue capaz de hablar, dolorosa y no muy coherentemente, le impidió que llamase a la policía. Aquello era un asunto de familia, insistió. El tío de Lowell, *sir* Howard, debía ser informado, pero nadie más. Lowell podría tener que ser internado en un hospital psiquiátrico. Si así era, cuanto menos se dijese, mejor. El que la vergüenza familiar debiera ser evitada tan dramáticamente fue un respiro bien acogido. Fue lo bastante sensata como para no decirlo.

Ben, sentado a su lado, la miraba con ansiedad. Había intentado disuadirla de asistir a la investigación judicial, allí no se la necesitaba y había sido demasiado herida física y emocionalmente para poder soportar mucho más. Pero parecía sorprendentemente tranquila. En ningún momento de la recuperación había llorado. La reacción de Louise había sido mucho más emocional. Un amigo había muerto y le lloraba. Su ataque a Zoe era horrible, dijo, pero no podía culpársele enteramente.

—Se fue furtivamente a aquella casa como un cangrejo ermitaño, porque no era feliz en casa. Si no hubiera ido allí, si hubiera ido a alguna otra parte, hubiera estado bien. Aquella horrible pocilga le influyó de algún modo.

Ben le dijo que el colapso mental de Lowell era debido a una serie de factores que le causaban estrés. El catalizador fue la chica. La chica de la que había hablado a gritos con Zoe. La que había hecho de él un héroe. Rose. La exquisita ironía no se le escapaba. Tenía curiosidad para escuchar su testimonio y se preguntó cómo reaccionaría Zoe. Pero el turno para subir al estrado de los testigos le tocaba primero al vaquero.

Craddock, viéndose y sintiéndose incómodo en un traje azul marino que no le sentaba bien, fue lacónico. El gato había desenterrado un avispero y las avispas le habían picado. De mala manera. Por un momento había corrido como un loco alrededor del toro, molestándole. La señorita Ballater debió dejar solos a ambos animales. No era prudente intervenir. El señor Marshall estaba intentando apartar a la señorita Ballater cuando el toro embistió. No tuvo suficiente tiempo. Se mató.

Se sonó la nariz en su pañuelo caqui, se lo volvió a poner en el bolsillo, y esperó con rigidez a que le interrogaran de nuevo.

El juez de primera instancia, un hombrecito pacífico de

marchitos ojos azules y pelo rojizo, tenía parientes agricultores. Un toro, del tamaño y del peso del Charoláis, tenía tendencia a usar los músculos más que los cuernos. En aquel caso, el pinchazo del cuerno había sido tan cortante como una daga. Y no había sido seguido de ninguna brutalidad; ni lo había aplastado, ni lo había lanzado por el aire, solo había retrocedido. Según el informe de la autopsia, sin embargo, no había ninguna duda de que el pulmón de Marshall había sido perforado por el cuerno.

Le preguntó al vaquero si había algo que quisiera decir, como único testigo cercano de la embestida.

Craddock hubiera podido decir mucho, pero por respeto al coronel Ballater era mejor permanecer callado. Desde luego, eran habladurías. Cuentos de viejas. El juez le diría que decía tonterías, como él les había dicho a los del pueblo cuando fue a tomar una cerveza con ellos la otra noche. Anne-Marie se aparecía en el aniversario de su ejecución. Era un tiempo de violencia. Demasiadas tragedias, como la muerte del músico, habían sucedido en el pueblo en aquella fecha para que fuesen coincidencias. Había sido condenada con pruebas circunstanciales. Quizás equivocadamente. La sangre inocente buscaba la sangre de los inocentes.

Craddock había oído historias similares a la señorita Marshall cuando le compraba hierbas medicinales para sus verrugas muchos años atrás. Anne-Marie Ballater podía haber hecho un mal casamiento cuando se casó con Tarrant, un labriego, le dijo, pero durante el tiempo que vivió en la casa con él y con su niña pequeña ella había sido feliz. Había sido una casa feliz.

Entonces, ¿por qué les había dejado para acostarse con su amante en Londres? Craddock se burló. ¿Podía la bola de cristal de la señorita Marshall decírselo?

Si ella se había molestado por su escepticismo, no lo había mostrado. Pero tampoco le había respondido. ¿Cómo iba a hacerlo? En lugar de eso, había hablado mucho sobre la vuelta de los muertos a lugares de mucho dolor, o de una gran felicidad. Los que tenían poderes psíquicos, y algunos niños, lo sabían. Allí no había sentimientos de gran dolor, había insistido. Ni de una gran maldad, a pesar de lo que algunos de los del pueblo decían. La casa era apacible. Segura. Un buen lugar en el que estar.

Y luego le habló de Rose. A la niña le gustaba ir allí. Cuando la

veía jugando por la casa sentía la presencia de la otra. Había un vínculo de sangre. No le había dicho nada a la niña, por descontento. La misma criatura parecía ignorarlo.

El juez seguía esperando una respuesta.

—¿Tiene usted algo más que decirnos que haga al caso, señor Craddock?

Craddock miró a la sala, hacia donde estaba sentado el Coronel. Sus ojos se encontraron brevemente. Se volvió al juez y negó con la cabeza.

—No señor —dijo.

Su vaquero se había portado muy bien, pensó Ballater. No había hablado demasiado. Esperaba que su nieta se comportase con el mismo buen juicio. Su apariencia, al menos, era intachable. Se había lavado aquella porquería del pelo e iba vestida de forma apropiada. Después del día de hoy, estaba seguro de que dejaría de llevar el traje de *tweed* para ponerse algo más chillón. Un despilfarro caro, pero no importaba. Estaba prestando juramento en voz baja y clara. Él escuchaba con inquietud. La verdad de Rose tenía muchas facetas.

Zoe, que esperaba que la fulana de Lowell fuese totalmente distinta, se sorprendió de ver una chica joven, una quinceañera, de cabello corto y bien arreglado, sin maquillaje, y con una chaqueta y falda a juego en un tono azul discreto. Una chica del campo. Inocente. Respetable. Desde luego no la chica de la fotografía, cuyos ojos había hecho pedazos con tanto ahínco... La chica a quien pertenecía el vestido Victoriano por el que Lowell se había vuelto loco... La chica que había arruinado el matrimonio. La imagen de la debilidad de Lowell, la fuerza de la otra mujer, se desvaneció. No podía haber sido de aquel modo. Seguro que Lowell fue el seductor, si aquella era la chica. El odio hacia la Rose desconocida que había ido creciendo, como el agua contra una presa, empezó a desaparecer lentamente. Se sintió defraudada. Era necesario odiar. Se tocó el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y se lo aflojó ligeramente. Tosió y sintió dolor. Por primera vez desde la muerte de Lowell estaba a punto de llorar. Era increíble que Lowell hubiese intentado matarla por aquella chica.

Cuanto más escuchaba Zoe el testimonio de Rose, más increíble le resultaba.

El señor Marshall poseía la casa cercana a la finca de su abuelo, le dijo Rose al juez. Le había visto ir y venir. Había un derecho de paso por el terreno de la finca que el músico a veces utilizaba. Ella iba a casa atravesando el campo donde estaba el ganado *Charolais* cuando el toro se volvió peligroso. El señor Marshall estaba al otro lado del muro. Se había dado cuenta y había ido en su ayuda, y también el vaquero y dos peones más de la finca, pero cuando llegaron al campo el señor Marshall ya había sido corneado. Había sido muy valeroso por su parte el protegerla de aquella forma. Era una deuda que nunca podría pagar.

La deuda que nunca podría pagar era una frase hecha bien buscada. La deuda, si había existido alguna vez, estaba siendo pagada en aquel momento. Su abuelo no le había dado instrucciones exactamente, pero le había advertido que otras personas, además de ella, podrían resultar perjudicadas. Sé prudente, le había dicho.

Estaba siendo muy prudente. Era tentador parar y arrojar una bomba en la satisfacción de todo el mundo. Echó una mirada a la audiencia. Excepto a su abuelo y a Craddock, no conocía a nadie. Montones de rostros curiosos. Una mujer envuelta en visón. Vaya una forma rara de pasar el rato en un caluroso día de otoño. Sería divertido hacer que el entretenimiento fuese realmente caliente. Nos acostamos, les diría, Lowell y yo. Era un amante fantástico. Pero al final estaba loco. Intentaba engañarme para que le consiguiera un arma. ¿A quién se imaginan que quería disparar? ¿A su mujer, quizás? ¿O a mí? Y por todo eso del heroísmo... No se engañen con eso. Tropezó y se cayó encima mío cuando César embestía... Bueno, eso es lo que parecía. Aunque durante los pocos momentos de oscuridad podía haber sido de otra forma. Y ellos se habían amado antes.

El juez le dijo con un amable interés que la muerte del músico no debía inquietar su conciencia. Él había actuado voluntariamente. No tenía ninguna culpa.

Ninguna culpa de nada, pensó ella. El aborto cuatro años antes había sido necesario después de haber hecho el amor por primera vez con un chico que apenas conocía. Necesario, pero a los catorce años, un cierto sobresalto. Había tenido un cierto cuelgue con eso. Y aquello era todo, ¿no? Bien, ¿no lo era? Lowell con su extraño

comportamiento había abierto una oscura puerta en su mente y le había hecho ver las cosas ordinarias misteriosamente, de forma distinta. Su muerte la había cerrado de nuevo. Muy bien. Fin. Se acabó. Todo es normal.

El veredicto fue muerte accidental. Rose, a quien no agitaban recuerdos antiguos, antiguos terrores, de Anne-Marie, sonrió al oírlo. Muy pronto pasearía a la luz de una maravillosa tarde de otoño. Joven. Libre. Con todos los años por delante y encantada de estar viva. ¿Qué más podía desear?

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
NO
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA
Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *EL MAÑANA,*

CONTRA

William P. McGivern

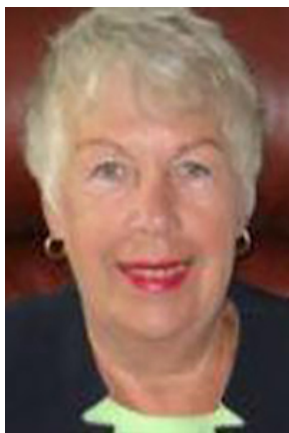
9. *EN EL DIQUE,*
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA,*
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA,*
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS,*
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO,*
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO,*
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE,*
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL,*
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA,*
LA
Charles Williams
19. *MORTAL,*
CHANTAJE
Elmore Leonard

20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDEÉS,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. *¿ QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?,*
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*
DETECTIVE
JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*
LA
CASSIDY
David Goodis
33. *MORTAL,*
CAÍDA
B. M. Gill
34. *PELIGROSOS,*
SECRETOS
William P. McGivern
35. *DEL MATADERO,*
CAMINO
Ruth Rendell
36. *CON ESA MUJER,*
CUIDADO
David Goodis
37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*
UN
QUEEN
Ellery Queen
38. *MUERO POR CONOCERTE,*
ME
B. M. Gill
39. *Y EL JOCKEY,*
SU
ALTEZA
Peter Lovesey
40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*
EL
Anthony Berkeley
41. *DESPEDIDA,*
ETERNA
Ruth Rendell
42. *VIUDA,*
LA
Nicholas Freeling

43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



BARBARA MARGARET TRIMBLE

(1921-1995)

fue una escritora británica de novelas de crimen y suspense.

Nació en Holyhead, Anglesey, Gales y escribió bajo los seudónimos

B. M. Gill

y Margaret Blake.

Empezó a escribir desde muy joven, sin embargo, no fue hasta que su último marido la convenció para hacer algo al respecto, que se puso a escribir en serio. Se convirtió en poco tiempo en una de las más celebradas autoras británicas.

Ganadora con su novela El jurado número 12 (The Twelfth Juror) del premio Gold Dagger en 1984, y nominada en dos ocasiones para el premio Edgar de los Mystery Writers of America, raro privilegio para un autor británico, ha publicado en español, entre otras: Crímenes infantiles las atroces perversidades de una peligrosa mente infantil, El club del crimen una magnífica lección magistral de deducción en el más puro estilo británico y Me muero por

conocerte.